VIAJES A VARIAS PARTES DE COSTA RICA
INSTITUTO FISICO-GEOGRAFICO NACIONAL

VIAJES

Á VARIAS PARTES DE LA

REPUBLICA DE COSTA RICA, A. C.

POR EL

Dr. Bernardo A. Thi
(Obispo de Costa Rica)

1881-1896

Tipografía Nacional
SAN JOSÉ
1896
NOTA PRELIMINAR

El señor Obispo de Costa Rica, Dr. B. A. Thiel, ha hecho en diversas épocas extensos viajes por las partes menos conocidas del territorio de la República, con el loable objeto de suministrar á los indios las enseñanzas morales de la religión cristiana y de dar á los sacerdotes sus subordinados saludables ejemplos de abnegación y valor. Aunque las relaciones que de esas expediciones se han publicado, se contraen por lo general á asuntos que no pueden ni deben entrar en el cuadro de los "Anales del Instituto físico-geográfico" no dejan de contener además datos preciosos acerca de la topografía, de los nombres locales, y de las lenguas y costumbres de los naturales en las regiones visitadas.

Desde un principio hemos tratado de recoger y publicar en los "Anales" todo cuanto se relaciona con la exploración de la República de Costa Rica. Ya hemos dado á luz á varios trabajos traducidos de idiomas extranjeros y tenemos otros listos. El mismo propósito nos ha impulsado á hacer, con el auxilio y el correspondiente permiso del Dr. Thiel, el siguiente extracto de las relaciones publicadas por él. Hemos anotado el texto cada vez que la inteligencia de lo escrito lo hacía menester.

H. Pittier.

19 de noviembre de 1896.
1881—Primera visita á Térraba y Boruca, y travesía de la cordillera de Talamanca (La Gaceta n° 1014, de 12 de julio de 1881).

1882—Enero 2—9—Primera visita á la costa de Pirris ó territorio de las antiguas doctrinas de Pacaca y Aserrí, en compañía del Licenciado don León Fernández. Además de sus fines eclesiásticos, esta expedición tenía por objeto recoger los últimos vestigios del idioma guatari; pero, en este sentido, el resultado fué del todo negativo.

1882—Primera visita á los palenques de Chirripó (León Fernández, Docum. Ined. III pp. 334 ss.—(Por inadvertencia, la relación de este viaje, en la presente edición, sigue á la de la primera visita al territorio de los guatusos, la que fué posterior en el orden cronológico).


1882—Junio—Segunda entrada al territorio de los guatusos, con mejor éxito que en la anterior. Los indios se resolvieron á entrar en relaciones con la gente del interior de Costa Rica y desde entonces han seguido llegando constantemente á San José, á visitar á su venerado protector el señor Obispo.

1882—Agosto—Setiembre—Segunda visita á Talamanca y á la costa atlántica. En este viaje el Dr. Thiel concluyó sus apuntes sobre los idiomas de la región y recogió los cánticos de los tsúkur ó cantores. También trató de destruir la influencia del usékur ó gran sacerdote e investigó las prácticas de los ayuí, á quienes encontró en posesión de piedras encantadas curando todas las enfermedades, de polvos volviendo infecundas á las mujeres, y otras supercherías de la misma índole. En San José Cabécara, los indios huyeron al aproximarse el señor Obispo, pero por eso no dejó la excursión de ser interesante: se reconocieron las ruinas de los antiguos establecimientos españoles y los restos de extensos pastos y plantaciones.

De Talamanca, el Dr. Thiel pasó á Limón por vía de la Estrella; del puerto, siguió por la costa hasta lle-
gar á Parismina y Tortuguero, concluyendo el viaje con
una visita á los nacientes caseríos á lo largo de la vía
férrea en construcción (Mensajero del Clero, nº 4, 1882).
1883—Enero—Tercera entrada al territorio de los guatusos.
Estos indios, más confiados ya que en las expediciones
anteriores, se mostraron más tratables. No se publicó
la relación de este viaje.
1884—Febrero—Cuarta entrada al territorio de los guatusos,
desde Las Cañas.
1884—Mayo—Visita á Golfo Dulce y segunda entrada á los
pueblos de Térraba y Boruca, por vía de Boca Zacate.
No se publicó relación de este viaje por haber sido ex-
trañado el Obispo poco tiempo después de su regreso.
1889—90—Setiembre—Febrero—Segunda travesía de la cor-
dillera de Talamanca, con entrada por el antiguo cami-
na de Cartago á Talamánca (El Eco Católico, 1892,
pp. 162—233).
1892—Abril—Junio—Cuarta visita á Térraba y Boruca. En-
trada por el antiguo “camino de los pueblos” esto es
de San Marcos á Boca Culebra, de allí por la costa
hasta Punta Mala, siguiendo hasta Lagarto, puerto de
Boruca, por vía del Diquís. Después de visitar los tres
pueblos de Boruca, Térraba y Buenos Aires, el señor
Obispo pasó al General y de allí salió otra vez á la
costa á Punta Dominical, donde se embarcó para Boca
Vieja de Paquita, efectuándose el regreso al interior
por San Marcos de Dota. Se publicó una relación ex-
tensa, pero referente solamente á asuntos religiosos é
incidentes de viaje, en El Eco Católico, 1892, nos.
235—242.
1895—Mayo—Tercera entrada á los palenques de Chirripó.
Con fines exclusivamente sacerdotales.
1896—Febrero—Marzo—Quinta entrada al territorio de los
guatusos (Unión Católica. Año VII, nos. 1087 y ss.).
Viajes á varias partes de la República de Costa Rica

I

TRAVESIA DE LA CORDILLERA DE TALAMANCA

Mayo—Junio de 1881.

El señor Obispo de Costa Rica, celoso siempre de los intereses espirituales de sus diocesanos, había prometido á las autoridades del valle del Diquís (Río Grande de Térraba) prover á sus pueblos de sacerdotes. Pero, al llegar los indios para llevar á estos últimos, los que se habían comprometido á hacer con ellos el viaje, se negaron tenazmente á cumplir con su palabra, alegando pretextos de poca seriedad. Con el propósito de atenuar en lo posible la decepción de los enviados y de causar una agradable sorpresa á los que con ansia esperaban la llegada de los reverendos padres, el señor Obispo resolvió dar á su clero un ejemplo energico; acompañado del presbítero don Manuel Hidalgo, se puso él mismo sobre la marcha el día 6 de mayo de 1881, siguiendo el antiguo “camino de los pueblos”, hasta Bocas y Térraba.

En aquellas poblaciones como en todo el trayecto de San José á la primera de ellas, los dos eclesiásticos se entregaron con actividad á sus piadosas faenas, y la relación escrita para la Secretaría de Culto omite entrar en pormenores acerca del viaje, emprendido casi en la peor estación, ni del estado material en que se encontraban á la fecha, los dos antiguos asientos de los Franciscanos y la anciana aldea de Buenos Aires en la sabana del Hato Viejo.

Concluidas sus tareas, el señor Obispo resolvió pasar á Talamanca. Dos rutas se ofrecían: comunicando la una las cabeceras del río Ceibo, afuente del Diquís, con las del Coén y el valle de Cabecara, la otra el valle de Cabagua con las sal- vajes y ásperas montañas del Arári. Esta última es incompa- rablemente más pesada y sin embargo la escogió el Dr. Thiel.

El día 26 de mayo, á la cabeza de todos los habitantes de Térraba, que les hicieron cortejo hasta el paso del Diquís,
nuestros viajeros emprendieron la marcha, acompañados de treinta y cinco indios, brunka, têrraba y viceitas. Pernoctaron en San José de Cabagra, pueblecillo de unos cincuenta habitantes, situado frente a Têrraba, en las lomas de la margen izquierda del río Grande. El viernes 27, llegaron á hora del almuerzo á Ygunmín, [1] pequeño valle en que se ven dispersos algunos ranchos de los indios Bribri, y del cual siguieron adelante hasta Mueca. [2]

"El sábado 28 almorzamos en la cabecera á fuentes del río Cabagra, y en la noche llegamos hasta la sabana de Ulan. El día siguiente por la noche llegamos á Corí. "Todos estos lugares se hallan en la vertiente occidental de la gran cordillera que mira al Pacífico. El lunes 30 se llegó al punto más alto de esta cordillera: allí se erigió una cruz y se dió al cerro el nombre de "Cruz del Obispo". Se almorzó al otro lado de la cordillera, ya en la vertiente oriental, y llegué tarde á Lari."

"El martes 31, llegamos hasta Dibus. Los trabajos en estos últimos días fueron muy grandes: desde la fuente de Cabagra todo el camino se hizo á pie venciendo dificultades con increíbles fatigas".

"El miércoles 1º de junio, cumpleaños del Presbítero don Manuel Hidalgo, se celebró la misa y los indios se manifiestaron muy alegres. Se almorzó en Iberí (3) y en la tarde llegué con un sólo Viccita á Bribri, bajo un copioso aguacero".

"Los indios hicieron alguna dificultad en recibirme; pero cedieron al fin al carroño con que pude insinuarme. El resto de la comitiva llegó á las siete de la noche. Bribri es un pueblo como de cincuenta palenques diseminados y cuenta de quinientos á seiscientos habitantes."

---

(1)—En mis notas tengo siempre Isamín. Visité este lugar el 5 de marzo de 1891.—H. P.

(2)—Entre las notas que tomé en mi primera exploración del curso inferior del río Cabagra, encuentro lo siguiente:

"Marzo 6 de 1892. . . . . . . . . . Se gastan cinco días para ir de aquí (Cabagra) á Bribri en Talamanca. La primera dormida es Mina, la segunda Urán, la tercera Corí (r intermedias entre 1 y 2), la cuarta Dibus y la quinta Bribri.—Mina, Urán y Corí están en la vertiente del Pacífico. Dibus en la del Atlántico". Por otra parte, el 23 de marzo de 1895, hallándome en Tísumá, en Talamanca, apunté lo siguiente: "... Los indios hacen la travesía de Tísumá á Térnica, por vía del Arí, en una semana, yendo el primer día hasta Bribri, el segundo hasta Dibus, el tercero hasta Corí: el cuarto hasta Urán, el quinto hasta Mina, el sexto hasta Cabagra, y llegando á Térnica temprano el séptimo día..." La coincidencia de los nombres de las dormidad, recogidos con tres años de intervalo, me hace creer que se han deslizado algunos errores topográficos en la relación del señor Obispo.—H. P.

(3)—Probablemente Iberí de ié, nombre de un árbol y di, agua. Comparése Iñati, en Pittier, "Nombres geográficos de Talamanca (Annales VI p. 102)."
"El jueves 2 de junio almorzamos en el río de Depare (1) llegando a pasar la noche en Cururichc en el cerro del Palmital (2). En este día fui tal mi cansancio que me sentía completamente agotado."

''El 3 de junio, almorrzamos en Cururichca, (3) hacien-
da del Cacique de Talamanca en el valle nombrado Cuibo. En esta hacienda hay diez cabezas de ganado. Por la noche llegamos a Duríian (4). En el camino nos encontramos un indio, enviado por el Cacique que nos ofreció algunos alimentos. El sábado 4 de junio, llegamos a Lari: el Cacique ó Jefe Político vino á encontrarnos con dos caballos hasta el río; ent- rémon Lari en la única mula que pudo atravesar la cordillera. En la tarde del mismo día, visitó al señor Lyon, norte-ame-
cano, Secretario de la Jefatura Política. Indígenas de varias partes vinieron á verme: al principio parecieron muy re-
servados; pero poco á poco se fueron animando y tuvieron más confianza."

El día 5 de junio, el Dr. Thiel y compañeros pasaron á Sepurí, el 7 del mismo se embarcaban en el Urén y de Cua-
bre alcanzaban á Old Harbour en el día. El 8 se hicieron á la vela con dirección á Cahuita y Limón, llegando á este puer-
to el 9 á las 6 de la mañana.

Terminaremos este resumen de la relación del primer gran viage pastoral del señor Obispo, citando todavía textualmente los siguientes párrafos:

"La Talamanca está dividida en dos departamentos: Lari ó la Gran Talamanca, y la Estrella. La Gran Talamanca comprende tres palenquerías ó poblaciones dispersas, á saber: Bri bri, Urén y San José de Cabécara, que, en diversas direc-
diones distan del punto central de Lari, dos ó tres días de camino. Las vías de comunicación son muy penosas por los ríos y los muchos accidentes del terreno. Las tres palen-
quérias se hallan en los declives de la cordillera. Lari está situado en las llanuras que se extienden hasta las costas del mar, á dos ó tres jornadas. La población de la Gran Tal-

---

(1)—El Depare, una de las ramas principales del Ararí—H. P.
(2)—Cururichca no tiene la fisonomía de un nombre bri bri. Puede ser Kukurichka, de tukn, palmera (de coco), n, agua quebrada, y chuk, que indica un conjunto de varios objetos de la misma clase. La denominación de Cerro del Palmital sería entonces la mera traducción del nombre bri bri. H. P.
(3)—Kurichca, de kur, un árbol, tucha, m.ck.
(4)—Debe ser Duríian, esto es la boca de la quebrada de Durí, en este punto se halla el asiento primitivo de los Durí-us. Una de las diez familias del tronco Talor-usk. Véanse Nombres geográficos de Talamanca, artículo Bri bri-usk. Anales VI, p. 99. H. P.
manca asciende próximamente, á dos mil quinientos habitantes,
que como se ha dicho, viven en casas dispersas, distantes unas
de otras, hasta dos y tres horas de camino. Cultivan ellos el
maíz, el plátano, los frijoles, el arroz, la caña de azúcar, y
muchos se ocupan en explotar la zarza y el hule, que se pro-
ducen espontáneamente en aquellas montañas. El ganado es
coco.

"A más del Cacique y de los extranjeros que tienen algun-
as, son pocos los indios que tienen reses. Caballos apenas hay
ocho en toda la Talamanca. Los ríos grandes son navega-
bles hasta la mar; pero la corriente es rápida, y la navegación al
bajarllos, dura tan sólo de siete á ocho horas. Aguas arriba
es penosa y, se invierte en ella dos días. Hay en la Tala-
manca médicos que tratan las enfermedades con piedras, la-
pas, monos, etc., y soplando á los enfermos á quienes pres-
ciben dieta. Hay también cantores para las exequias de los
muertos, según sus tradicionales ceremonias....."

"En cuanto á la Estrella, poco puedo informar por no
haber estado en aquella parte, pero sí se me dijo que sus ha-
bitantes tienen las mismas costumbres que los de Talamanca,
viven de los mismos recursos, y ascienden próximamente á
mil y trescientos."

II

ENTRADA AL TERRITORIO DE LOS GUATUSOS

Abril—Mayo de 1882.

Entre las diferentes tribus indígenas que ocupan el territo-
rio de nuestro suelo patrio, la que ha sido menos conocida hast-
a el día, es la tribu de los indios guatusos, que viven disper-
sos en las faldas del Cerro Pelado, del Tenorio y en la orilla
de los afluentes del río Frío, principalmente entre el Pataste,
la Muerte, la Cucaracha y el Venado. Desde tiempos ante-
riores se han hecho varias entradas en el territorio de estos
indios, con el fin de civilizarlos y ganarlos al cristianismo;
entre estas tentativas, la más memorable es la que hizo en el
mes de febrero de 1782 el incansable obispo de Nicaragua y
Costa Rica, don Esteban Lorenzo de Tristán. Esta tentativa
ó expedición no tuvo resultado alguno, habiendo sido heridos
en ella, dos sirvientes del obispo, y muerto á flechazos, de parte
de los indios, uno de los sacerdotes que lo acompañaban; des-
de entonces hasta el año 1856, quedaron los indios enteramente tranquilos. La tradición refiere que en diferentes épocas tres sacerdotes nicaragüenses, entraron en su territorio, sin lograr ningún resultado. En tiempo de la guerra de los filibusteros, fueron algunos soldados en busca del castillo del río San Juan; atravesaron parte del territorio de estos indios, y, habiendo sido recibidos á flechazos, se retiraron, siendo heridos algunos de ellos que viven todavía. En este siglo, don Trinidad Salazar, comandante de la fortaleza de San Carlos, entró por el río Frío con gente armada; pero fue derrotado por los indios, habiendo sido gravemente herido el mismo Salazar y la mayor parte de su gente. En el año de 1869, el coronel don Concepción Quesada entró por las faldas del cerro Tenorio en el territorio de los guatusos; llegó hasta el Venado, recorrió una parte de sus palenques y plantaciones, y, viéndose atacado por los indios, con el fin de no causarles daño alguno, se retiró por el mismo camino. Abundan en nuestros días diferentes relaciones nada fundadas sobre el origen, carácter y costumbres de los indios guatusos, á las cuales se añaden las relaciones de los pocos viajeros que se habían internado en su país; y de este modo, la mayor parte de los habitantes del interior se había formado un falso concepto de esta parte de los aborígenes de nuestro suelo.

Algunos años ha, desde que se concluyeron los árboles de hule en las orillas del San Juan y sus afluentes inmediatos, los huleiros nicaragüenses se internaron en el territorio de los guatusos, atraídos por la abundancia de árboles de hule que allí se encontraban, ya en la montaña, ya en los grandes platanares de los indios. Al principio encontraron una resistencia seria de parte de éstos. Con este motivo se reunieron en gran número, los atacaron y vencieron, matando á su cacique. Desde entonces han quedado los indios sin autoridad, y viven en diferentes grupos, los unos independientes de los otros. Los huleiros no encontraron ya dificultad ninguna de internarse en el país de los guatusos y atropellaron mucho á los indios, faltando principalmente á las mujeres. Algunos robaron hijos de las indias, llevándolos al fuerte de San Carlos. Encontraron personas que compraran estos indios, y, entonces, llevados por la codicia, establecieron un comercio de esclavos, principalmente de niños, que robaron con mil atrocidades á los pobres indios. Se llevaron á Nicaragua más de 500 indios á indias, de los cuales más de la mitad sucumbieron á consecuencia de los maltratamientos y del cambio de clima. Mientras escribo estas líneas puede haber todavía unos 150 á 200 indios en diferentes puntos de Nicaragua. El precio de
uno de ellos es de 40 a 50 pesos. Ahora que el hule ya comienza a escasear, el tráfico de carne humana ha tomado algún incremento. Los indios están enteramente atemorizados. No tienen ni armas para defenderse contra los huleiros nicaragüenses, ni más lugar seguro en su territorio, se va para sí, se va para sus hijos. Los grandes palenques que antes tenían y en los cuales vivían con toda comodidad, los han abandonado, retirándose a los bosques y viviendo en chozas pequeñas. Un gran número de ellos ha muerto en los últimos años, especialmente en los meses de lluvias, porque, expuestos a todas las variaciones del clima, sin tener casas en que vivir, han sucumbido pronto a las calenturas y fiebres. El diario de mi viaje a los guatusos suministra abundantes pruebas de todo lo que acabo de referir.

Desde el momento en que la divina Providencia me ha puesto a la cabeza de esta diócesis, he pensado seriamente en atraer a la civilización y religión a los indios salvajes que se encuentran en nuestra República. Por esto, después de haber recorrido los diferentes palenques de los indios talamanca, chirripo y la costa de Pirris, me resolví a hacer una entrada en el territorio de los guatusos, a los cien años cabales de haberlos visitado el obispo Tristán. Considerando los diferentes caminos que se me presentaban para llegar al país de los indios guatusos, resolví salir de la boca del río Peje, uno de los afluuentes del San Carlos.

La entrada por el río Frío, adoptada por el obispo Tristán, tenía grandes inconvenientes: había que ir al territorio de la República vecina, en donde los víveres y demás cosas necesarias para el viaje, se dificultan mucho; y más me atemorizó la navegación por el río aguas arriba, que es bastante larga.

La entrada por el lado del cerro Tenorio, ofrece igualmente muchas dificultades, por lo quebrado del camino, y por esto, resolví escoger el camino arriba indicado.

Uno de los vecinos de San Carlos, el señor don Ramón Quesada, se encargó de abrir una vereda desde la confluencia del río Peje con el río San Carlos, con dirección al Noroeste; vereda que debía conducir infaliblemente a los palenques de los indios.

Abierta la vereda y hechos todos los preparativos del viaje, designé para día de salida el lunes de Pascua, 10 de abril; llegó en la tarde a Alajuela con el señor Licenciado don León Fernández; se hicieron los últimos arreglos, y el martes, después de haber dicho la misa a las tres de la mañana en la iglesia parroquial, salí a las cinco de la mañana.
Los sucesos del viaje los apuntó fielmente el secretario de la visita, Presbítero don Francisco Pereira, cura y vicario de Alajuela, apuntamientos que me permito trascibir.

**Entrada en el territorio de los Guatusos.**

A las doce y media del día trece de abril nos pusimos en marcha, saliendo de San Carlos; pasamos los ríos Peje y San Carlos y llegamos a las cuatro de la tarde al río Peñas-Blancas, en donde encontramos un rancho de huleros, en el cual pasamos la noche.

El viernes 14 de abril salimos a las 7 de la mañana, después que S. S. I. celebró la misa, y llegamos a las dos de la tarde al río Arenal; el camino es bastante llano y no ofrece dificultades de ninguna especie, sólo en algunas pequeñas quebradas y fangales hubo que andar con algún cuidado; en la tarde llegó el resto de la comitiva que se había quedado en el río San Carlos, y entonces mandó S. S. pasar revista a todas las personas que debían acompañarle. La comitiva se compone de treinta y siete personas: el Licenciado don León Fernández, que se encargó de la parte científica; don José María Figueroa, de Cartago, que se encargó de la parte geográfica de los lugares por donde habíamos de pasar; el infrascrito Secretario; nueve personas de San Carlos, entre ellos don Ramón Quesada, su hijo Mercedes y varios individuos de su familia; dos jóvenes de Grecia, Ernesto y Jenaro Pinto; tres jóvenes de Curriravá, Joaquín y Jesús País, y Jesús Gutiérrez; y el acompañamiento militar que el Excelentísimo señor Presidente de la República, Benemérito General don Tomás Guardia, a instancias de varias personas de San José y de Alajuela, creyó necesario dar a S. S. Los militares estaban a las órdenes del Coronel don Concepción Quesada; eran diez soldados rasos, un corneta y un ordenanza. Se encontraban, además, en compañía de S. S. tres indios de Tucurrique, armados con flechas y lanzas, para proveer a la expedición de pescado fresco, que abunda en todos estos ríos; un indio guatuso, que debía ser el interprète; un hulero conocedor de los caminos y veredas de los indios y dos muleros de Alajuela; total treinta y siete personas. Se contaron las bestias, diez y siete de silla y ocho de carga. Las armas eran doce rifles Remington, dos Winchester y doce escopetas, total veintiséis armas de fuego. Para resguardarnos de algún ataque nocturno, llevamos seis perros acostumbrados a la montaña.

El sábado 15 de abril salimos, después de la misa, a las siete de la mañana, y llegamos como a las tres de la tarde, a
lo alto de una colina, punto llamado por los huleros el Mirador. Resolvimos quedarnos allí en un rancho de huleros. En el día no encontramos otras dificultades que la subida del Arenal, en donde tuvimos que rectificar la vereda para franquear el paso a las mulas de carga, y, no obstante todos los cuidados, rodó una de ellas; en esta rectificación perdimos como tres horas, y por esto no anduvimos más en todo el día que tres millas, poco más o menos. En el Mirador pudimos, por última vez, ver los pastos y desmontes de San Carlos, desde el río Platanar hasta el pie de La Vieja.

El domingo 16 de abril salimos, después de la misa, como a las ocho de la mañana, con dirección al Noroeste, como cinco millas y media, hasta uno de los afluentes del río Sabugat, llamado por los huleros el Purgatorio; durante este día se enfermó uno de los soldados, y debido a los cuidados que todos le prodigaron, sanó a los dos días.

Tuvimos que abrir nuevas veredas; pasamos por diez ó doce quebradas, de las cuales una solamente ofreció dificultades serias, y hubo que hacer un puente como de cinco varas, que se hizo en un instante, poniéndose todos a trabajar, aun S. S. I.

El lunes 17 de abril salimos, después de la misa, como a las siete y media de la mañana; a las nueve llegamos a un rincón, al que los huleros han dado el nombre de Infiernillo. Desde la madrugada estaba lloviendo, y como el terreno se había blandado, encontramos bastantes dificultades en la bajada y subida de esta quebrada. Desde las diez en adelante se aclaró el día; a las once encontramos los primeros trillos de los indios, probablemente veredas ó caminos de caza; uno de los jóvenes Pinto, tiró un zahino que, acosado por los perros, se lanzó por el camino y donde todos venían; pasó entre los pies del Ilustrísimo señor Obispo, recibiendo varios machetazos de parte de los soldados. A poco rato encontramos un rancho, en donde almorzamos con carne fresca. A las cuatro de la tarde llegamos al río Putaste, uno de los afluentes del río Frío, en donde resolvimos pernoctar, habiendo caminado en todo el día nueve y media millas; el camino no ofreció serias dificultades, fuera de la quebrada del Infiernillo. Las quebraditas ó arroyuelos que pasamos eran de ocho á nueve.

El martes 17 de abril, después de la misa, salimos como a las siete de la mañana. S. S. resolvió ir á pie, como lo había hecho el día anterior, tomando un machete y acompañando á los ocho individuos que se ocupaban en ampliar y rectificar la vereda; hubo que cortar algunos árboles con el hacha, pero sólo en los carrizales encontramos mayores trabajos; la mayor
parte de la vereda esta casi limpia; caminamos ese día ocho mili
llas y media y llegamos a las cuatro de la tarde al primer pla
tanar de los indios, sembrado en la propia orilla del Pataste.
Aqui encontramos los primeros hoyos que los indios acostum
bran hacer para cazar los animales montaraces; algunos esta
ban abiertos y otros tapados con tal esmero, que uno de la
comitiva hubiera caído en uno de ellos, si otro más avisado
no le hubiera prevenido. S. S. mandó destapar uno de
estos hoyos para medirlo. Tenía tres y media varas de hon
do; la apertura tenía media vara de diámetro, aumentándose
el ancho de arriba para abajo hasta tener vara y media de diá
metro; encontramos la mayor parte de estos hoyos al rede
dor del árbol llamado ojochie, cuya fruta sirve de alimento a
muchos animales de monte. Algunos hoyos encontramos en
medio de los trillos. Resolvimos dejar todas las bestias, tanto
de carga como de silla, en este lugar, y continuar el día si
guiente el camino a pie. S. S. llamó a este lugar la Esperanza.
Las bestias encontraron en los gamalutales y platanares bas
tante pasto.
El miércoles 19 de abril dispuso S. S. irse con diez perso
nas adelante, con el fin de buscar los primeros palenques y
mandar enseñar a un aviso a los demás para que le siguiessen.
Después de dos horas de camino llegamos hasta el punto adon
de había llegado la expedición que había abierto la vereda; y
pasando enseñada a la ribera derecha del río Pataste, que
tiene poco más ó menos ocho varas de ancho y vara y media
de profundidad, sirviendo de puente un palo delgado, que pa
samos á hortalizadas, por ser muy delgado, encontramos tres
veredas de indios igualmente trafiadas. S. S. dispuso irse con
el Coronel Quesada y otro de la comitiva más adelante, por
el camino de la izquierda; á la media hora de camino se en
contró un pescadero de los indios á orilla del Pataste, y al
otro lado varios ranchos grandes con unos veinte fogones y
huellas frescas de los indios; volvió S. S. al encuentro de los
otros compañeros que habían explorado la vereda de la dere
cha que, según la opinión de los indios tucuriqués, era la ve
reda que debía llevar á los palenques de habitación. Después
de haberse confortado con un ligero almuerzo de bizcocho seco
y agua, todos resolvieron que debía seguirse el camino adop
tado, con varios cortes sobre los árboles, teniendo uno la des
dicha de darse una herida bastante profunda; después de hora
y media de camino encontraron algunos árboles de pejiballe
que les indicaron que los ranchos debían estar muy cerca; al
pasar por una quebradita encontramos las huellas de indios
que acababan de pasar, y subiendo una pequeña colina des-
montada, vieron, de muy cerca, los primeros tres grandes palenques. S. S., con el intérprete guatuso, seguía adelante por si hallaba los indios para hablar con ellos, caso de encontrarlos; todos observaron un silencio profundo, y no oyendo ningún ruido en los palenques, juzgamos que la gente se había retirado: efectivamente los encontramos sin habitantes; el intérprete pronto nos explicó la ausencia de los indios, que no era otra que la falta de agua, habiéndose secado la pequeña quebrada que se encuentra al lado de los palenques; por esto los indios habían ido a establecerse sobre la orilla del Pataste. Inmediatamente S. S. resolvió reunir la gente en estos palenques y envió dos correos a llamar á los otros; en seguida todos se pusieron á examinar los utensilios de los indios. Encontramos redes grandes, canastas llenas de guacales, ollas de una vara de alto enterradas hasta la mitad; algunas bien tapadas, llenas de chicha de plátano maduro; otras muchas ollas apénsa secas y no quemadas todavía; en cada fogón palos para sacar fuego, flechas, arcos; machetes de madera y mil otros utensilios é instrumentos de los indios y algunas hamacas bien trabajadas. El indio guatuso, que nos servía de intérprete, se puso al instante á sacar fuego al modo de los indios, por medio de fricción de un palo con otro. Siendo las tres de la tarde resolvió S. S. no perder este día sin hacer otra expedición; se fué con algunas personas siguiendo el camino por el cual se habían retirado los indios. Un cuarto de hora después llegaron á orillas del Pataste, y pasando al otro lado, encontraron inmensos platanares; hasta las cuatro y media ancluvieron en ellos, y entonces tuvieron que retirarse á la casa para llegar antes de anochecer; llegaron como á las seis á los tres palenques grandes, y encontraron á todos reunidos y contentos por haber hallado, después de tantos días de trabajo, un lugar cómodo para dormir. Todos estaban admirados de la laboriosidad de los indios, que se nota especialmente en el modo de hacer el techo de los ranchos, fabricado con hojas de cola de gallo; los tres palenques tenían una extensión de veinte varas en cuadro; se contaban como veinte fogones, por lo cual el indio guatuso y el huilero deducían que igual número de familias debían vivir en estas casas; están rodeadas de grandes plantaciones de yucas, plátanos, maíz y caña de azúcar.

El jueves 20 de abril, después de haber dicho la misa, salió S. S. con algunas personas para seguir la exploración comenzada el día anterior; después de media hora de camino, encontraron otros cuatro ranchos sobre la orilla del Pataste, y, pasando al otro lado del río, hallaron platanares inmensos,
grandes plantaciones de yucas, caña de azúcar y cacao, dos ranchos bien formados y grandes, como los tres primeros; siguiendo siempre el camino más tráfico, se encontró otro lugar con tres ranchos igualmente abandonados por falta de agua; como el camino estaba seco; era muy difícil encontrar las huellas más frescas; pero el huleño, que era muy práctico en caminar entre los indios y encontrar el lugar de sus habitaciones, aseguró que debían estar sobre la orilla del Pataste y que él percibía el olor de indios que recientemente debían haber pasado; y efectivamente, siguiendo el camino que él nos indicaba, encontramos a poco rato, en un platano recién sembrado, los cabellos que un indio se habíal cortado, llegamos otra vez al río Pataste, hallando un puente bastante tráfico; pasamos al otro lado, y a poco rato, hallamos el lugar de habitación de los indios; unos diez ranchos pequeños, hasta treinta fogones, la mayor parte encendidos; gran acopio de plátanos, maduros y verdes, y huancazas; al entrar en los ranchos huyó el indio que los demás habían dejado de vigía; le llamamos en su lengua, que se acercara, fué imposible, desaparición. Ya eran casi las doce del día y por esto, después de haber almorzado algo, resolvimos volver al lugar de la anterior dormida, adonde llegamos como a las cuatro de la tarde; después contamos a los demás compañeros el resultado de nuestra exploración, y se resolvió que algunos diez debían irse a dormir al lugar en donde los indios tienen un campamento de verano, pensando que en la noche volverían de seguro a este punto con el fin de buscar sus provisiones; los que fueron señalados se trasladaron al instante al lugar indicado, pero los indios no se atrevieron a llegar.

El viernes 21 de abril resolvimos trasladarnos con toda la gente al mismo lugar en donde los indios tenían su campamento de verano, porque el agua que se encontraba en la cercanía de los tres ranchos era impotente y temíamos por nuestra salud; llegamos con toda la gente a las nueve al campamento, y resolvimos, en atención a la facilidad del agua, la abundancia de víveres y lo fresco del lugar, quedarnos en este punto y hacer desde allí nuestros viajes al territorio de los indios. Mientras todos se arreglaban, buscando cada uno su lugar para la dormida, instalándose lo mejor que se podía, S.S. llamó a los dos indios tucurriques para hacer una exploración; eran las diez de la mañana cuando salió y volvió sin almorzar, muy rendido, a las siete de la noche; caminó dos horas en dirección al Sud-Este hasta encontrar los pescaderos de los indios, en donde vieron sus huellas frescas, y también la huella de un tacón de zapato; siguió las huellas hasta las tres y
media de la tarde, internándose en la montaña que separa el río Patalate del río La Muerte, y como no habían comido este día, tuvieron que satisfacer el hambre con palmitos y pacayas que encontraron en el camino, y la sed con el agua que encontraron en los tubos de la caña hueca, que abunda en toda la montaña; al regreso, como a las cinco y media de la tarde, y encontrándose con un gamalotal grande, oyeron todos, los gritos y cantos de los indios que estaban de fiesta, tocando el tamborillo y bebiendo chicha; otros estaban por acercado el mastate a poca distancia de ellos; el indio que estaba de espía corrió por el gamalotal y desapareció. S. S. viéndose solo con los dos tucurriques no jugó prudente acercarse á los indios, que tal vez le habrían recibido mal, y determinó tomar el camino del campamento, a donde llegó ya cerrándose la noche; comunicó a todos los resultados de su expedición y en seguida tomaron la resolución de enviar en la mañana siguiente, una parte de la gente al lugar en donde los indios habían celebrado su fiesta, y otra parte debía irse directamente al río La Muerte.

El sábado 22 del mismo mes, S. S., acompañado del Licenciado Fernández, del Coronel Quesada y otras cuatro personas, se fué al caño la Muerte; atravesando ininterminables platanares, y, después de tres horas de camino, llegaron á la Muerte, en donde encontraron el almuerzo de los indios que estaban trabajando en él; y en poco rato vieron dos indios enteramente desnudos, altos y robustos, que cruzaban el río para tomar la otra ribera, y señalaban con la mano el lugar en que nos encontrábamos; al instante se echaron tres al agua para encontrarse con los indios, pero fué imposible alcanzarlos. Seguimos nuestra marcha y hallamos otro lugar de habitación de verano, gran número de ranchos, acopio de plátanos, verdes y maduros, chicha fresca en abundancia, veintiún fogones encendidos, guacales llenos de hojas verdes de tabaco cocidas con aji, al lado de cada hamaca. Quedamos algún tiempo en este lugar y al rato seguimos las huellas de los indios; después de una hora de camino llegamos á una quebrada profunda en donde las huellas se perdían en cuatro direcciones; y, siendo ya las cinco de la tarde, volvimos al campamento de los indios, donde pernoctamos. Al acercarnos al campamento, encontramos el espía que los indios habían puesto y que tomó al instante la montaña, sin hacer caso de los llamamientos repetidos que le hicimos, gritándole que éramos hermanos y amigos; á las diez de la noche oímos á los indios acercarse, pero no se atrevieron á llegar. Esta noche la pasamos casi todos sin dormir por la muchedumbre de zancudos que no nos permitían descansar un momento.
Las expediciones de los últimos días nos probaron que era imposible acercarnos a los indios, ni siquiera hablar con uno de ellos; y ya todos se entregaban a una profunda tristeza, desesperando del feliz suceso de la expedición que tantos sacrificios y gastos había causado. Nos era imposible comprender el motivo de la constante fuga de los indios, cosa que S. S. nunca había encontrado, ni entre los vecinos ni los chirripóes; y ya nos resolvimos volver a San Carlos.

El domingo 23 de abril, S. S. y demás compañeros, muy de mañana se fueron al campamento primero. En el camino encontramos la otra expedición que se había dirigido al lugar en donde S. S. el viernes había oído los cantos y la música de los indios. Estos habían sido más felices en su expedición, pudiendo tomar dos indios. Grande era la alegría de todos al ver los primeros guatusos. Ya había esperanza de entrar por medio de ellos, en contacto con los demás indios. El uno de los indios es padre de tres hijos; una partida de huéleros lo habían tomado en la boca del Pataste con el fin de venderlo en el fuerte de San Carlos; pero al oir que el obispo de Costa Rica estaba cerca, se lo entregó voluntariamente. Al otro lo encontró la expedición que S. S. había enviado al palenque en donde los indios habían celebrado su fiesta. Estaba pescando en el río Pataste y al verle los nuestros le llamaron, y como corrió, todos lo siguieron hasta alcanzarlo. De regreso todos al campamento, S. S. preguntó por medio del intérprete a los indios si querían acompañarle a su casa, y que les regalaría machetes y hachas y todo lo que desearan; dijeron que bueno, que lo acompañarían por un mes, y con esta condición tomamos la resolución de guardarlo. Uno de los dos indios nos contó los grandes trabajos que pasan todos, por los maltratamientos de los huéleros; que un huéler le había matado su padre: que su padre estaba cortando un árbol de hule del platanar que le pertenecía, con el fin de hacer de la corteza un vestido, cuando uno de los huéleros se acercó secretamente y le partió de un machetazo la cabeza; que todos se veían obligados a huir al monte al acercarse los huéleros, dejando sus casas y sus provisiones y viviendo de raíces, de palmitos y de pacayas; que los huéleros los habían robado muchísimos niños; que además muchos niños habían muerto en la montaña huyendo de aquellos, y que unos habían sido devorados por los tigres, y otros habían muerto mordidos de culebras; que además muchos hombres y mujeres, ya grand s, habían muerto a consecuencia de las enfermedades que habían contraído cuando estaban obligados a vivir en el monte durante los meses de lluvia, sin ranchos y sin comida.
El lunes 24 de abril resolvimos hacer una salida para encontrar los demás indios, sirviéndonos de guía los dos que habíamos tomado. Se negaron éstos á llevarnos á sus casas, alegando que sus paisanos los matarían infaliblemente á palos; que nosotros éramos muchísimos y que al ver tanta gente se asustarían sus compatriotas; entonces para inspirarles confianza, S. S. se llevó los dos indios, dejando dispuesto que algunos debían seguirle á corta distancia; apenas había salido el obispo con los dos indios, éstos hicieron una tentativa de huirse; empujaron fuertemente al obispo, que casi cayó en tierra, el uno tomó la montaña y al otro lo detuvo S. S., quien tuvo bastante presencia de espíritu en este momento; al ruido vinieron todos los demás y después de un cuarto de hora tomaron al indio que había huido. Desde entonces tuvimos más cuidado con los presos, única esperanza que teníamos para obtener un resultado feliz en nuestra expedición. Los indios nos llevaron todo el día por caminos poco tráficos, evitando aquellos que conducían á los ranchos; nos engañaron completamente, y á las cinco de la tarde, cuando algunos de los nuestros reconocieron una cruz que S. S. había plantado en días anteriores, nos encontramos en un lugar distante tres horas del campamento. Todos estaban muy irritados contra los guías; nos resolvimos á volver á campamento, caminando durante la noche en la montaña. A una hora de distancia del campamento hicimos algunos tiros, que fueron contestados por los que habían quedado en el; á media hora oímos el son de la corneta; y así pasando y cayendo sobre palos, bejucos y rafces, algunos armados con tizones encendidos, atraviesan sobre palos las quebradas y el río Pataste, llegamos á las ocho y media al rancho, rendidos y agotados de la marcha continua de casi doce horas.

Martes 25 de abril.—Los sucesos del día anterior nos habían convencido de que era imposible servirnos de nuestros dos presos para reconocer los palenques; y por esto, no habiendo ya más motivo de demorar entre los guatusos, se resolvió hacer en este día los preparativos para el regreso, que debía efectuarse el miércoles siguiente. S. S. con algunos otros individuos quisieron aprovechar este día para hacer una expedición en la dirección Este; uno de los huérfanos ofreció acompañarlos, y se recorrieron como catorce palenques grandes; en uno encontramos dos sepulturas. Al llegar al último de los palenques, oímos gritos y voces en diferentes direcciones; llegados al palenque, vimos que los indios habían estado aquí celebrando su fiesta y que debían haberse ido rápidamente; resolvimos seguirlos por un ca-
mino en el que encontramos plátanos maduros regados; y al cuarto de hora hallamos una partida de huleiros cargados de plátanos verdes y maduros que habían tomado del palenque, ahuyentando sus habitantes. Encontramos en este palenque todas las diferentes armas de los indios: sus plumajes, los remedios que toman, aceite de greda (tiza) que comen en terrones por falta de sal, sus remedios envueltos en hojas, los instrumentos para la labor de la tierra, como macanas, machetes de madera para cortar los plátanos, tabacos secos, los cuales por curiosidad fumamos; algunos machetes de hierro quebrados, que los indios probablemente habían robado á los huleiros, y para que estos sirvieran para dos, los habían partido. Es increíble lo que trabajan estos infelices. Hemos encontrado muchos árboles de vara y media de diámetro que, con miles de machetazos, habían derribado; algunas veces, siendo la circunferencia, al pie del palo, demasiado grande, construyen andamios á la altura de tres ó cuatro varas. Los plataneros los trabajan los indios en común, reuniéndose de cuarenta á cinquenta individuos. Se dividen en dos partidas, trabajan siempre dos horas, y otras dos descansan alternativamente. Su comida la hacen los hombres; ésta consiste en plátanos cocidos ó asados, yucas, maíz tostado, carne de monte y frutas; sus bebidas son chicha de maíz y plátano maduro, de yuca y de pejibále, y la macheta, que toman á cada hora. Las mujeres deben traer la leña, hacer las canastas, redes y hamacas, ellas elaboran las ollas; los hombres duermen en la hamaca y las mujeres en la tierra. Encontramos en este día mucha caña de azúcar de cinco varas de alto, y arbustos de algodón. Al regreso, llegando al palenque en donde en la mañana habíamos encontrado las dos sepulturas, mandó S. S. abrir una de ellas con el fin de conocer el modo como entierran sus muertos. El entierro no tenía todavía mucho tiempo, por esto no era posible examinar la sepultura del todo. Siempre vimos que en el fondo del hoyo que cavaban para la sepultura, ponen palos, en éstos extienden hojas sobre las cuales colocan el cadáver envuelto en hojas y mastate; en seguida extienden una cama de palos, sobre los cuales ponen hojas; y después llenan el hueco de tierra, evitando de este modo que el cadáver esté en comunicación directa con la tierra y formando una especie de ataúd. De regreso al campamento, encontramos á los que se habían quedado, tratando con los huleiros del viaje por el río Frío al fuerte de San Carlos; el señor Licenciado Fernández y los demás tenían bastante interés en que S. S. conociera el lago de Nicaragua, las orillas del San Juan y San Carlos; S. S. al fin consistió en hacer el viaje por el río
Frio, llevado de la esperanza de encontrar algunos indios gau- tusos, robados y vendidos por los hueros. Vencidas las exi- gencias exorbitantes que hacían éstos, convinieron en pres- farnos su bote, obligándonos a devolverlo del fuerte de San Carlos hasta la boca del río Putaste.

El miércoles 26 de abril nos despedimos mutuamente los once que debíamos irnos por el río Frio y los demás que de- bían regresar por tierra para aguardarnos una parte de ellos en la aldea de San Carlos. S. S. con sus diez compañeros, marcharon á pie hasta la desembocadura del río Putaste en el río Frio, adonde llegamos al medio día. A las dos nos embarcamos en el bote; el indio tucuririque fue designado piloto y Mercedes y Baltasar Quesada tomaron los canoletes; éramos once personas y la carga bastante pesada, de modo que los bordes del bote quedaron sólo dos pulgadas fuera del agua. No era pequeña empresa navegar por un río enteramente desconoci- do, sin tener un practico, ni marinos acostumbrados, en un bote sobrecargado y que al más ligero movimiento que uno hacía se llenaba de agua; pero S. S., acostumbrado ya á nave- gar por los ríos de la Talamanca y el río Grande de Térraba, animó á todos, y así, confiando en Dios, comenzamos nuestra marcha; los marinos improvisados trabajaron con fuerza y valor y rápidamente bajamos el río. Vencidos ya los prime- ros pasos malos que ofrecían algunos palos, sobre ó por debajo de los cuales había que pasar forzosamente, todos nos llenamos de confianza. A las cinco hiciémos alto, habiendo escogido para la dormida un lindo de arena; después los unos se fueron á pescar, los otros á preparar la comida.

El jueves 27 del mismo mes salimos á las seis de la ma- ñana, pasando por la boca de varios pequeños caños á ambos lados, todos afluentes del río Frio; pescando igualmente en el lugar en donde almorzamos, que fué en la confluencia del Caño-Negro. A las dos de la tarde pasamos la boca del río Sabogal, uno de los afluentes principales del río Frio. Deja- mos á la izquierda una laguna llamada las Playuelas, y á la derecha otras lagunas llamadas la Lagartera; á las cuatro de la tarde llegamos á un punto que llaman las Lagunas de Chile, distante unas seis millas de la boca del río Frio: aquí en- contramos casas á uno y otro lado del río y una hacienda, y fuimos bien recibidos por los habitantes. Resolvimos enviar un aviso en nuestro mismo bote para hacer saber al Coman- dante y al Cura de San Carlos la llegada de S. S. Dos mozos de la hacienda se ofrecieron voluntarios á ir en el bote á San Carlos. Zancudos habia tantos, que tuvimos que comer an- dando, y casi todos nos quedamos sin dormir en esta noche.
El viernes 28 dijo S. S. la misa á las cinco de la mañana y á las ocho nos embarcamos para continuar nuestro camino. La gente de la hacienda nos prestó un bote más grande que aquel que habíamos tenido el día anterior, y así anduvimos contentos, esperando descansar algún tanto en el fuerte de San Carlos, de los trabajos de los días anteriores. A un cuarto de hora de camino, encontramos un bote en el cual venía la señora, dueña de la hacienda, con el fin de asistir á la misa del Obispo. Nos comunicó que en San Carlos todos estaban alojados por la llegada del Obispo y que el Comandante había mandado gente para encontrarnos: uno de los mozos al quien habíamos enviado en la tarde del día anterior, nos informó que habían dado de alta á todos los hombres, capaces de llevar las armas; y que les habían tomado declaración jurada, sobre todo lo que habían visto en nuestro bote. Bajábamos el río; y cinco minutos después de haber caminado en todo como tres cuartos de milla, encontramos otro bote, en el cual venían varios hombres con vestidos militares, se armaron á nosotros inspeccionando todo lo que teníamos; á sus preguntas les explicamos el fin de nuestro viaje, y nos convidaron á continuar con ellos; hicieron como cuatro tiros al aire que consideramos como signos de alegría, como se acostumbra á la llegada de un Obispo á un pueblo; á la primera vuelta del río, como cinco minutos después de haber encontrado el primer bote, hallamos otro bote igualmente con hombres armados, de los cuales uno llevaba la bandera de Nicaragua y un corneta. Se arrimó este bote igualmente al nuestro, y uno que se llamaba mayor y que nos fue presentado como segundo Comandante de la fortaleza de San Carlos, nos preguntó de nuevo el fin de nuestro viaje; y después de haber satisfecho las preguntas nos convidó á continuar el viaje; hicimos á los de ambos botes un pequeño obsequio, como lo permitían las cortas provisiones que teníamos, y todos aceptaron. El corneta tocó la marcha y los soldados gritaron "viva el gobierno de Nicaragua!"; en seguida el corneta tocó varias señales militares, y nuevo hicieron tiros al aire los nicaragüenses, y como nosotros pensábamos que eran tiros de alegría, les contestamos; á poco tiempo encontramos un tercer bote igualmente lleno de soldados armados de Chassepot; ya nos parecía esto algo ridículo y por ello resolvimos dejar á los señores nicaragüenses tranquilos. En la punta del tablazo, en donde encontramos el tercer bote, vimos un cuarto bote con soldados armados, que estaba emboscado en un caño, y que á la llegada de los otros botes, continuó con ellos; después de un cuarto de hora llegamos á un punto llamado Colorado, que se halla á dos millas de la ri-
bera del lago, y considerando este lugar como límite entre Costa Rica y Nicaraagua, S. S. dijo que debíamos pedir permiso para pasar adelante. Aquí había algunos soldados en tierra; los botas nicaraguenses armaron á tierra y nosotros nos quedamos en medio rio, pidiendo el permiso en voz alta de pasar adelante. A poco rato nos contestó aquel que se llamaba mayor, "¡Pásen U.U.! y otros gritaron "paseen." Entonces S. S. dio orden de pasar adelante; de nuevo se unieron todos los botas nicaraguenses, y nos dijeron que éramos muchos y que para avanzar más, sería bueno que algunos de los nuestros pasaran á los botas de ellos, sin vacilación aceptamos esta invitación, y cuatro o cinco de los nuestros se embarcaron en los botas nicaraguenses, en donde venían los soldados; entonces venía una lancha y el mayor dijo á S. S. que se pasara á esa lancha. S. S. le contestó que estaba bien, que no le preciso hasta llegar á San Carlos; repitiendo la gente sus instancias y diciéndole un oficial que era necesario pasar á la lancha; dijo S. S. "vaya, pues, demótese gasto," y con otro compañero se embarcó en la lancha. Al llegar á la boca del rio Pito, los nicaraguenses hicieron un quince o veinte tiros al aire, y después de veinte minutos llegamos al muelle del fuerte de San Carlos; en la ribera encontramos mucha gente, el cura y varios caballeros del puerto.

S. S. dijo al cura: háganos el favor de llevarnos á una casa grande en donde hospedarnos. Nos llevó á la casa de un señor Manuel Granizo; mandamos traer el equipaje á esta casa. Toda la gente se arrimaba á S. S. con el fin de besarle el anillo pastoral. Como S S. vio entre la gente á muchos que tenían el tipo de los indios guatusos, les dirigió algunas palabras en su lengua, cosa que recibieron con entusiasmo, y á poco rato se vio rodeado de guatusos, la mayor parte niños y niñas de seis á catorce años. Les preguntó que cuántos de ellos había en el fuerte de San Carlos y le dijeron que como de cincuenta á sesenta; entonces S. S. preguntó al dueño de la casa que estaba sentado á su lado, al cura y á varios caballeros, si era cierto que había tantos indios guatusos, y le contestaron que sí y que tal vez había más de sesenta en el fuerte de San Carlos. Una señora, que seguía la conversación, dijo: "¡Oh, señor Obispo, son muchísimos!" Un pequeño indio, como de cuatro años de edad, no quiso separarse del señor Obispo; á una muchacha como de unos quince años, que decía que era hermana del chiquito, le preguntó el señor Obispo cómo habían llegado á San Carlos; entonces le refirió su historia: "que un día los hombres se habían ido á trabajar á un platanar, quedando las mujeres y los niños en el palenque, cuando
de repente llegaron los huleros; que ella no quiso huir con los demás por amor á su hermanito, que entonces tenía apenas unos cuatro meses, y que así la habían capturado con su hermanito y la habían vendido en el fuerte de San Carlos." En seguida S. S. preguntó á varios indios cómo los habían tomado, y todos refirieron la historia de sus sufrimientos. A las doce y media del día entró en la casa un oficial con una carta para S. S.; la leyó y dijo al oficial que después mandaría la contestación al señor Comandante, continuando en seguida su conversación con los indios hasta la hora del almuerzo. Durante el almuerzo comunicó en francés el contenido de la carta al Licenciado Fernández, suplicándole la contestara verbalmente al señor Comandante.

El señor Licenciado Fernández fue á la oficina del Comandante para decirle que le parecía un acto ilegal llevarnos presos á Granada; refirió al Comandante detalladamente todas las circunstancias y por menores de nuestro viaje, para convencerlo de que nuestra expedición era enteramente pacífica y que no podía haber ningún motivo de alarma; manifestó al Comandante se serviese mandar registrar nuestro equipaje y que entonces más se convencería de la verdad de su palabra; encontraría el altar, misas, los santos óleos y demás utensilios eclesiásticos que llevaba S. S., y que el resto del equipaje era nada más que las cobijas y útiles necesarios para dormir, un poco de ropa y algunos víveres; que las tres armas de fuego las llevaban para defenderse en la montaña contra un ataque de los animales feroz y para cazar. El señor Nemesio Martínez, comerciante de San Carlos y amigo del Licenciado Fernández, le ofreció depositar al instante en la Comandancia mil quinientos pesos como garantía, y se propuso al Comandante que diera á nuestras expensas una escolta de soldados hasta la boca del río San Carlos; y también esto fue en vano. S. S. I. comunicó el contenido de la carta á todos los que componían la comitiva, quedando todos sorprendidos de una orden dada tan sin razón; preguntamos á varios vecinos de San Carlos que estaban presentes, qué sospechas había respecto de nosotros, y nos contestaron que desde la noche anterior el pueblo había estado muy alarmado, temiéndose un ataque del lado de Costa Rica; que había corrido la voz de que el Obispo que iba, no era más que un General disfrazado, y el sacerdote un Capitán; y que se había dado de alta á toda la gente capaz de llevar las armas. No poca risa nos causó esta respuesta, recordando varios episodios muy conocidos de *Don Quijote de la Mancha*; realmente nos parecía que aquí otro Cervantes habría encontrado nuevos tipos originales para otra obra por el
estilo de la de don Quijote. Al fin resolvimos que el señor Licenciado Fernández fuese otra vez donde el Comandante á ver si de algún modo se podría enderezar este turismo; a poco rato volvió con la respuesta de que el señor Comandante tenía órdenes expresas del señor Presidente de la República de Nica- ragua, y según éstas debíamos marchar sin dilación al interior. Entonces seNov S. S. con dos personas á la oficina del señor Comandante para protestar contra la orden que había dado. Señor—le dijo—no he venido para pedir favores, sino para protestar contra la orden dada, y la tropelía que U. comete contra ciudadanos de una República vecina y además contra el Obispo de la iglesia católica de Costa Rica. U. comete un acto que deshonra sobre manera á Nicaragua y tendrá cuidado de ponerlo en conocimiento de todo el mundo civilizado. U., señor Comandante, puede registrar nuestro equipaje para ver si llevamos algo de peligro para la tranquilidad de Nicaragua; pero no tiene el derecho de tomarnos prisioneros y mandarnos al interior de la República; siento profundamente este acto que tiene mucho de arbitrariedad y raya en barbarismo; lo siento por las cenizas de uno de mis antecesores, el inviolable Obispo de Nicaragua y Costa Rica, don Esteban Lorenzo de Tristán, que hace cien años, saliendo de este lugar, hizo una expedición al territorio de los guatusos, sufriendo mil trabajos de parte de estos indígenas, y yo, su sucesor, me veo atropellado por aquellos que debieran seguir sus virtudes. Con que, señor Comandante, adiós." Le dió la mano y salió de la oficina. El Licenciado Fernández se quedó algunos momentos para hacer su protesta por escrito, pidió papel y sellarlo y le dijeron que no había. A las cuatro, estando todos reunidos en la casa del señor Granizo, vió el Contador del vapor para comunicarnos que ya era la hora de embarcarse. S. S. le preguntó si tenía orden del Comandante, y como no pudo enseñarla, fue despedido; lo mismo sucedió á otro que vino en seguida, diciéndonos de parte del Comandante que debíamos embarcarnos. Por último envió al mismo oficial que había traído la nota, repitiéndonos terminantemente la orden del Comandante de embarcarnos, por bien ó por la fuerza, á bordo del vapor. Comunicó el Contador á S. S. que él y su comitiva eran pasajeros de segunda; pero que, no obstante, el Capitán del buque permitía que ocuparan la primera clase. A la hora de la comida convocó á S. S. y á otros dos á participar de su cena. A las ocho de la noche llegamos á San Miguelito; vinieron á bordo el cura y varios de los habitantes del pueblo para visitar á S. S. y expresarle sus sentimientos de compasión, reprobando con las palabras más expresivas lo que
había sucedido; dos comisarios del mismo lugar ofrecieron a S. S. los fondos que pudiese necesitar; el señor Obispo les rindió las gracias por su generosa oferta.

A las diez del sábado 26 de abril llegamos á Granada.

A poco rato vino el Prefecto de Granada, y comunicó á S. S. que acababa de recibir una noticia del Comandante de San Carlos, en la cual éste le participaba suiciente todo lo acontecido. El Prefecto dijo que consideraba la prisión del señor Obispo y de su comitiva como una deshonra para Nicaragua, y añadió que S. S. y todos los de su comitiva estaban en completa libertad.

El miércoles 3 de mayo nos embarcamos á las 7 a. m. con dirección al fuerte de San Carlos. Esta vez nos llevaron en primera clase.

El jueves 4 de mayo llegamos como á las ocho de la mañana á San Miguelito. A las dos de la tarde llegamos á San Carlos. S. S. se fue con su comitiva de nuevo á la casa del señor Granizo. Los san-carleños nos recibieron en esta ocasión con más entusiasmo que pocos días antes.

Una india de 18 años vino á contarnos todos los sufrimientos que su gente soportaba en Nicaragua, y que muchas personas les maltrataban; que los trataban de monos, de animales montaraces; que más de la mitad había muerto á consecuencia de estos maltratos. S. S. le dijo que se viniera con nosotros para Costa Rica; y como el estado de su salud no permitía esto, el Obispo le entregó una cantidad de dinero para efectuar después su viaje. El Obispo le preguntó por otra india mayor de edad que había visto en la confirmación, y dijo la india que ésta deseaba mucho venir á Costa Rica; entonces la mandó á llamar al instante el Obispo. Vino la india con un chiquito, llorando, y se informó pronto el Obispo del modo como habían vendido á esta mujer por cuarenta pesos. La india nos enseñó las señas que tenía de los maltratamien- tos y había recibido de su patrón. Esto bastó para llenarnos de compasión y resolvernos á llevarla, á todo trance, aun sin la voluntad de la mujer que la había comprado; desde entonces la custodiábamos. Vino la mujer que se decía dueña de la tierra, reclamando doscientos pesos por ella, cuarenta de la compra y ciento sesenta por la mitación, en los cuatro meses, desde diciembre. S. S. le dijo que todo este dinero le sería respetado y que lo pagaría al Gobierno de Nicaragua. A las once de la noche nos embarcamos para pasar á bordo del vapor que nos debía conducir á casillio, llevándome la india con el fin de devolverla á su pueblo natal y á su familia, de la cual con crueldad había sido separada.
A las 9 salió el vapor y a la una llegamos al castillo.
A las 4 salimos en dos botes del castillo. A las 8 de la noche llegamos a un punto llamado Patricio, donde pernoctamos.
El domingo 7 de mayo pasamos la boca de Tres Amigos, como a las 2 de la tarde, y como a las 5 p. m. nos quedamos en un banco de arena.
El lunes 8 de mayo encontramos el bote del Comandante de San Carlos, don Juan Barth, con varios de los vecinos de la aldea de San Carlos, que venían en busca de nosotros.
Esta noche no nos dejó dormir la lluvia, pero el sol del día siguiente pronto nos secó.
El martes 9 pasamos por las bocas del Arenal y Peñas Blancas, y llegamos a las 6 de la tarde al muelle de San Rafael. Subimos así el río en tres días tres horas. No hay duda que el río de San Carlos es transitable aun por vapores y destinado por la Providencia a ser uno de los caminos comerciales más importantes de Costa Rica; pero el río que más se presta a la navegación, es sin duda el río Frío, el cual carece enteramente de corrientes y tiene en todas partes suficiente profundidad. Se puede decir que es un canal hecho por la naturaleza. Una cuadrilla de ocho hombres podría mantener el río limpio de los palos. El territorio por el cual pasa el río Frío, es tal vez el más fértil de toda Costa Rica; en las bajas pueden formarse grandes haciendas de ganado como las tiene Nicaragua en la vecina costa de Chontales, a tres días de su boca, en la confluencia con el Palaste y la Muerte, hay un clima igual al de Alejuela; terrenos enteramente planos, cruzados en todas direcciones por un sin número de ríachuelos. Los grandes plataniros que tienen a los indios en este lugar, el algodón, la caña, la yuca y el cacao que tienen sembrado, prueban la fertilidad de estos terrenos. De aquí sale el terreno paulatinamente hasta el Cerro Pelado, Tenorio y Miravalles. En las alturas de estos cerros se darán sin duda alguna todos los productos de clima frío. De este modo aquella inmensa comarca, con una vía de comunicación natural, que es el río Frío, y sus afluentes el Sibogal, el Palaste, la Muerte y el Venado, está llamada a desempeñar un día gran papel en nuestro país.
Continuando la vereda que se mandó abrir de San Carlos, está uno en día y medio en el departamento de Liberia.
Fumamos bien recibidos en el muelle de San Rafael por el señor Comandante, y pasamos allí la noche.
El miércoles 10 de mayo nos fuimos a la hacienda de don Ramón Quesada, que dista dos horas del muelle.
El jueves 11 salimos de San Carlos y el sábado 13 del
mismo mes, llegó el Ilustrísimo señor Obispo con sus indios guatusos á San José, como á las siete y media de la noche.

---

III

VISITA A LOS PALENQUES DE CHIRRIPÓ

Enero—Febrero de 1882

Concluida la visita pastoral de la provincia de Cartago, se dirigió S. S. I. al territorio que habitan los indios chirripóes. Estando en Orosí, donde se ocupó, en los momentos libres, de la antigua lengua, que es la misma que actualmente hablan los viceitas, se encontró con el Licenciado Fernández y don José María Figueroa, que se habían propuesto acompañar á S. S. en el viaje á Chirripó.

El jueves 26 de enero se fue S. S. á Tucurrique, atravesando los bajos de Ujarrás y pasando el río Reventazón por el puente de Fajardo. En Tucurrique hizo la visita canónica, primera que había visto este pueblo. El tiempo que sus ocupaciones espirituales le dejaran libre, lo empleó en estudiar la lengua de los Tucurriques, que igualmente es, con pocas diferencias, la misma que la de los Viceitas. Concluidos todos los preparativos del viaje, salió el viernes 27 de enero, como á las cuatro de la tarde, para la hacienda de la señora doña Ramona Jiménez, cerca de la confluencia del río Reventazón, y llegó á las cinco y cuarto á la hacienda referida, en donde fue cordialmente recibido por la familia de Jiménez.

El sábado 28 de enero á las ocho, se puso en marcha con sus compañeros. Pasaron por la hacienda de don Francisco Bonilla, en Atirro, en donde almorzaron, y allí se proporcionaron dos caballos. S. S. I. encontró entre las piedras del corral una muy preciosa que representaba un antiguo ídolo. El lugar debe abundar en estas piedras, que en su mayoría representan divinidades del sexo femenino. En el camino pasaron al lado de los restos de la antigua iglesia parroquial de Atirro y su panteón. El pueblo de Atirro se ha extinguido por una peste en el siglo pasado; los sobrevivientes fueron trasladados á Ujarrás. Los caminos eran bastante malos, llenos de lodo; varias veces se quedaron las bestias pegadas en el fango. Como á la una de la tarde llegamos á la hacienda de
El domingo 29 a las siete salimos, y durante media hora caminamos río arriba; después entramos en la montaña. El camino es bastante bueno. Las cuestas no son muy grandes; se pasaron las quebradas del Tigre, Danta, Piso de Bonilla y de San Francisco; lo mismo la del Conojo y la del Sonador, que desembocan en el río Tula. Almorzamos en la quebrada Cabeza de Buey, teniendo por asiento un palo caído. Poco rato después del almuerzo, encontramos unos dos indios que el cacique de Chirripó había enviado adelante, aguardando al mismo con otros diez indios cerca del río Pucará. S. S. saludó a los dos indios en lengua viejita, preguntándoles de dónde eran y qué estaban haciendo. Uno de ellos que comprendía la lengua viejita, le contestó claramente a todas sus preguntas en español; del otro, que no hablaba probablemente el viejita, recibió la contestación que hizo a ir a todos: “Yo no hablar inglés”; dio a los indios que aguardasen a los demás píones para limpiar el camino y cortar las ramas. Después de dos o tres horas de camino, llegamos a las orillas del Pucará, en donde los huéreos tenían dos grandes raorchos; ya queríamos instalarnos allí para pasar la noche, cuando vino el cacique con los demás indios y dijeron que el punto era mal y el paso del río muy peligroso; que el conocía otro lugar mejor, a distancia de media hora. Todos nos fuimos a este lugar, río arriba. En el paso se encontraron muchas dificultades, se pegaron las bestias en el lado y se desbarranaron una. El lugar indicado por el cacique está en la misma orilla del río, cerca de la desembocadura del río Sharry; hubo algún pasto para las bestias. Aquí nos instalamos del mejor modo que se pudo. Los indios se fueron á pescar y trajeron cuatro hermosos bobos. Las indias, que eran cuatro, se vistieron de gala; dos con enaguas y las otras con su traje nacional, con cintas, etc., etc.

El lunes 30 de enero salimos a las siete de la mañana. El paso del río es bastante ancho, como de ochenta varas, y es bastante hondo. El camino para Moravia, es igualmente accidentado. Las subidas no son muy fuertes. El punto más alto se llama El Santuario, en donde se ven claramente los restos de varias casas antiguas del tiempo de los indios, con fundamentos de piedra bastante conservados; igualmente hay a poca distancia un antiguo cementerio de los indios, que varias veces ha sido explorado por las personas curiosas. Como ya antes llegamos a Moravia, punto llamado así, en honor del antiguo Presidente don Juan Rafael Mora, por don Francisco...
Gutiérrez, de Cartago. Ahora existe en este lugar una casa grande, redonda, hecha al modo de los palenques de Bribri y Urén. Su altura puede ser de unos sesenta pies; es grande y pueden caber en ella de ochenta a cien personas. Fue construida por Francisco López, indio de Chirripó, que ejerce cierta autoridad al estilo de los antiguos caciques. Tiene a su lado un nado de paz que obedece sus órdenes, y tiene una casa a unos veinte minutos de distancia. El lugar llamado Moravia es una llanura bastante espaciosa, que se extiende al lado derecho del río Shaní. El clima es bastante frío, poco más o menos como Cartago. El río crece mucho en la estación de aguas e inundada toda la orilla. En estas crecencias se han perdido a veces las cosechas de maíz, caña, plátanos y otras plantaciones. El indio López tiene unas cincuenta o sesenta cabezas de ganado, plantando y canaveral cercados. En su casa se notaron, mesadas sillás, loza, herramientas para la agricultura, como palas, hachas, picos, y una escopeta de dos cañones bastante buena. Todos estos instrumentos los compró en Limón, vendiendo zarzaparrilla y hule. Lo más que se gusta para llegar al puente del ferrocarril sobre el Matrín, son dos días. Como treinta indios se reunieron en la casa de López. El indio nos trató muy bien; mandó traer dos vacas lecheras; nos ofreció una docena de huevos y quesos fabricados por él mismo.

El martes 31 de enero salimos de Moravia, á las ocho y media de la mañana; atravesamos la planicie de Moravia durante hora y media; la planicie está cortada por unos seis ó siete ríachuelos. Pasamos por la casa del juez de paz, cuya mujer nos ofreció chocada. El chocada es una bebida hecha de plátano maduro cocido. Se cuecen los plátanos sin cáscara en una olla, después con un mazo se machacan, y en seguida toman los indios una parte de la masa, la ponen en guacal de echan agua tibia y la remueven con la mano. Pasada la planicie se ofrecen algunas subidas, no muy grandes; pasamos por el río Chipírí ó Sípírí (platanillo), en donde almorzamos. En el Chipírí hay otra subida más fuerte aun; al lado del camino se ven yajones grandes, restos del antiguo camino de Cartago á Chirripó y á Talamanca. En el punto más alto descanzamos media hora; en seguida se presentó una bajada muy fuerte y larga, como de una hora, hasta llegar á la confluencia del río Buraní con el río de Chirripó, en donde hay dos casas pequeñas. Nos quedamos en la casa más cercana al río. Llegamos á las cinco de la tarde. Varios compañeros llegaron más tarde. Este punto es bastante central en Chirripó. En frente, al otro lado del río, se levanta el cerro llamado
Tabábata, o Cerro del Panteón, en donde los indios entierran sus muertos. Los demás indios viven a distancia de cuatro, cinco, ó más horas del punto Bururí, en las diferentes quebradas de la cordillera. Al principio nos faltaron los víveres, pero al otro día, trajeron bastante lomo, tepescuintle, bobos, del río Chirripó, plátanos, tacacas, mals (negro y de clase inferior), y Yuca buena, naranjas dulces, limones y gallinas. Ellos tienen además, cerca de sus casas, puerros y un poco de ganado.

El día primero de febrero nos quedamos en Bururí. Interin, se reunieron los indios de todas partes, de Chicquirí, de los orígenes del río Chirripó y de otros puntos. Se juntaron como veinticinco familias, hombres, mujeres y niños, de unas setenta a cien personas; cada una llevó sus perras de caza, que molestaron bastante; después de la comida, como á las cuatro y media de la tarde, reunió el señor Obispo á todos los indios hombres y les mandó sentarse al rededor, desde el primero hasta el último. Escogió entre los tucuriques á dos que hablaban bastante bien el español y la lengua de Chirripó, y principió la explicación de la doctrina cristiana, sirviéndose de las pocas palabras que había podido aprender en el día; les dijo que para ellos era una gran felicidad su venida, y que no pretendía otra cosa sino sacarlos de la ignorancia en la cual estaban, y darles la feliz nueva del evangelio; los indios escuchaban con mucha atención; algunos decían que ya sabían muchas de estas cosas; y cuando les preguntó S. S. si querían admitir la religión cristiana, y bautizarse, después de estar instruidos en todo, entraron en conferencia entre ellos mismos. A poco rato, dijo uno en nombre de todos, que tenían mucho miedo de aceptar el cristianismo, porque les habían dicho que, siendo cristianos, debían dejar el lugar donde han nacido y que se pretendía llevarlos á Moravia, lugar muy malo para ellos, porque los plátanos se producen mal en él; que ellos aceptarían el cristianismo, quedándose en sus casas. S. S. les dijo que quién les había dicho que se pretendía sacarlos de sus casas; que él nunca había pensado trasladarlos del lugar en donde habían nacido, y que él vería como mandarían un padre que les enseñara la religión para bautizarlos. Todos los indios quedaron satisfechos. Algunos pidieron ya ser bautizados, pero S. S. se negó, por no encontrar padres ni madrinas como en Térraba y Borucas. Terminada la instrucción que duró como hora y media, les preguntó el señor Obispo el modo cómo ellos explicaban la creación del mundo. No querían decir nada al principio; pero viendo el modo cariñoso con que les preguntaba, uno de
los más ancianos, que tenía un doble collar de colmillos de tigre, y á quien todos, como se notaba, tenían cierto respeto, se animó, y parándose en medio de todos frente á S. S., dijo en lengua de Chirripó que, según la doctrina que le habían enseñado los ancianos, "en toda la tierra no había al principio, más que grandes pedrones (hac, hac), y extendió el brazo hacía los cuatro puntos cardinales, diciendo hac, hac, hac, hac; y que así había sido mucho tiempo, hasta que un murciélagos muy grande salió de entre las piedras, voló al cielo y quedó suspenso en los aires. De sus excrementos, que cayeron sobre las piedras, había Dios formado la tierra vegetal, creando las plantas, árboles y todo lo demás."

Los indios de Chirripó son más bien formados que los indios vicecondes; todos decentemente vestidos con camisas y calzones; las mujeres tienen camisas y enaguas; algunas de las mujeres y niños estaban pintados: tenían dos rayas horizontales de color negro debajo de los ojos y sobre los pómulos; el cabello lo conservan bastante largo; unos pocos lo tienen trenzado, como los viejos de Térraba y varios indios vicecondes. Los cabellos los dividen por mitades. Casi todos los indios hicieron algunos regalos á sus huéspedes; y al ofrecer estos, decían "carro" en español. S. S. les regaló plata, tabaco, sal, etc., etc.

El jueves 2 de febrero á las seis salimos. Después de dos horas de continua subida, llegamos á la cima; tomamos algún alimento en Chipiri y llegamos á las once y media á la casa del indio López en Moravia; éste y su familia habían ido á pescar y volvieron como á las tres de la tarde con unos diez bobos. Los otros compañeros de S. S. llegaron á las cuatro y media de la tarde; el resto del día se dedicó á estudiar la lengua de los indios y á catequizarlos.

El viernes 3 del mismo mes á las siete salimos. A las diez en punto llegamos á Pacuare, en donde se tomó el almuerzo, y á las cinco y media de la tarde á Tul, en donde era imposible quedarnos, porque en la casa se encontró una vaca muerta; por esto nos vimos obligados, no obstante el cansancio que todos sentíamos, á marcharnos á Atirro, á donde llegamos á las seis y cuarto de la tarde, y como las cargas no llegaban, tuvimos que dormir con mil incomodidades.

Hasta Moravia hay camino á caballo que ofrece algunas dificultades, principalmente en la bajada al rio de Pacuare; de Moravia á Chirripó hubo necesidad de andar á pie.

El camino que conduce de Tucurrique al Pajivalle, es bastante bueno, aunque quebrado; y se encuentran á ambos lados de él algunas habitaciones y potreros; los terrenos párás-
cen ser feraces, aunque un tanto cenagosos. El camino después del río Pejivalle hasta Atirro, es una simple vereda por entre bosques y bastante difícil a causa del mucho fango. Las planicies en que se hallan los potreros del Pejivalle y Atirro, parecen ser antiguas lagunas, formadas por el río Reventación. Atirro fue una antigua población de indígenas, desde el tiempo de la conquista española; fue despoblado y repoblado varias veces; su administración espiritual la ejercía el mismo Cura doctrinero de Tucurrique; pero la insalubridad del clima hizo huir a sus habitantes, y desde entonces quedó despoblado.

El camino de Atirro a Tuis es plano y se encuentran restos de plantaciones de caña abandonadas. Todos estos terrenos están destinados exclusivamente a la crianza de ganado vacuno. En Tuis hubo también una antigua población de indígenas; que desapareció como la de Atirro, a causa de la insalubridad del clima.

El camino desde Tuis hasta Moravia, va por entre bosques, sin encontrarse en todo el trayecto ninguna habitación, pasando siempre por la cima de la cordillera y presentando el mismo aspecto que los caminos de Alta Talamanca; terrenos muy quebrados, pero montañosos y fértiles en su mayor parte.

El camino que de Tucurrique conduce a Tuis es el que antiguamente se llamaba de Tierra Adentro.

La planicie de Moravia, regada por el río del mismo nombre, es en extremo fría, y parece extenderse, sin interrupción, hasta los ríos Barbilla y Matina. Todos los productos de las zonas templadas, se darían allí muy bien; y tanto por su salubridad, como por su proximidad al ferrocarril del Atlántico, no queda duda de que sería el lugar más a propósito para el establecimiento de una colonia europea.

El día siguiente, sábado 4 de febrero, salimos de Atirro, pernoctamos en Tucurrique y el domingo siguiente llegamos a Cartago.

---

IV

SEGUNDA VISITA A CHIRRIPÓ Y SEGUNDA TRAVESÍA
DE LA CORDILLERA DE TALAMANCA

_Diciembre 1889—Febrero 1890_

Este nuevo viaje, el más pesado talvez de los emprendidos, por el señor Obispo de Costa Rica, es de especial interés,
en el punto de vista del mejor conocimiento del país, por los numerosos nombres locales que se encuentran en la relación del señor Pr obitero Arroyo, la que se halla reproducida á continuación con ligera alteraciones de forma y unas cuantas abreviaciones.

Desde el día 9 de diciembre habían venido dos comisiones de los indios de Terraba y Boruca con el fin de acompañar á S. S. I. en el viaje. El lunes 16 de diciembre salimos de San José á Cartago y pasamos la noche en el Paraíso. El martes 17 llegamos á Tecurrique como á las cuatro de la tarde. El camino estaba ya muy malo, pero felizmente no llovió este día. El miércoles 18 salimos muy temprano con los indios de Terraba y Boruca y 3 guías de Tecurrique; almorzamos en la orilla del Pejuyate y llegamos temprano á Tusí pasando por la montaña de Jurcy y los llanos de Altirro. Durante este día el tiempo se mantuvo bueno, pero llovió algo en la noche. El jueves salimos de Tusí como á las 7 de la mañana; siguiendo el río aguas arriba hasta el alto Tuisiquipá; atravesamos la quebrada de San Francisco y subimos la pesada cuesta del mismo nombre. Almorzamos en una quebrada y después de subir la loma de Cabeza (1) pasamos la quebrada de Huiceré y el alto de Cabeza de buey. En la bajada tuvimos algunas dificultades por los árboles caídos y llegamos como á las cuatro de la tarde á la orilla del Pueucare (Hucoil). Felizmente no llovió esta noche, de modo que el río no creció. El viernes 20 de diciembre, nos alistamos á pasar el Pueucare en el punto llamado Namariño (2) lo cual efectuamos con algún trabajo, pues el río estaba bastante cargado de agua. Seguimos nuestro camino cubriendo el Namari hasta llegar al alto de Hacung (Copal), donde se encontraron las primeras huellas del ganado de los indios de Moravia. Llegamos á Moravia á las dos de la tarde. La gran casa del indio Chico López se hallaba vacía; suponemos que su dueño había muerto y que su familia vivía en la casa vecina del indio Nicolás, juez de paz de Moravia, en la que nos hospedamos. Nicolás, sus hijos y varios de la familia habían ido á Matina con una partida de marranos guados con el fin de venderlos y comprar cacao. Un indio de Tecurrique nos informó que Nicolás, junto con el hermano y los demás miembros de la familia del difunto

(1) Cabeza, de Kábé, carrizo y bata loma.—H. P.
(2) Namariño—Namari, de misma poje, y ri, agua, quebrada; hucó, boca, desembocadura.—H. P.
Chico López, estaban alistándose para celebrar en grande el entierro del último, según sus ritos y costumbres antiguas. Habían desmontado y sembrado dos manzanas de maíz que ya estaba de sazón para preparar la chicha; habían engordado gran cantidad de marranos y tenían destinadas unas diez cabezas de ganado para la fiesta, y precisamente para comprar el cacao, que no debe faltar en las ceremonias de entierro, Nicolás se había ido á Matina. También habían pasado invitaciones á todos los indios de la montaña hasta la Talamanca, y contratado varios aboís (brujos) y teucur (1) (cantores) para dirigir la fiesta. En vista de los preparativos, calculaban los indios entendidos en tales clases de fiestas que la que se preparaba duraría por lo menos un mes ó cinco semanas. Los indios no suspenden sus fiestas hasta que toda la chicha, la carne y demás provisiones hayan desaparecido, y siguen comiendo, bebiendo y bailando día y noche, interrumpiendo su órga sólo cuando caen al sueño rendidos del suso, del cansancio y de la bebida. (Gran fiesta van á tener los chirripós y de seguro, como sucede casi siempre, algunos entre hombres y mujeres se morirán á consecuencia de sus desarreglos.

No estando el juez de paz (cacique) en Moravia, tuvimos mucha dificultad de reunir en un sólo lugar á los indios de los diferentes parajes. Los indios de Moravia tienen el deseo de hacerse cristianos, más ahora están absortos en la preparación de su fiesta. Resolvió S. S. I. irse de Sharií (2) á Moravia á la orilla del Chirripó, lo cual ejecutamos el sábado 21 de diciembre. Salimos á las 7 a. m. dejando atrás las bestias de silla y carga; atravesamos los llanos del Sharií que son bastante barrios y cruzados por multitud de pequeñas aguas que, empozándose en muchas partes, hacen la travesía muy penosa. No faltaron brincos y saltos divertidos, metidas en los atascaderos hasta la rodilla, torneos en las vigas y palos, etc., etc. Finalmente, llegamos á la cuesta del Sibiri: en la quebrada del mismo nombre almorzamos, y como á la una del día estábamos en el punto más alto, en donde comienza la bajada al Chirripó. En la noche anterior había llovido bastante, así es que el suelo estaba muy resbaladizo. La bajada al río, sumamente dificultosa, duró como dos horas; en partes era inevitable la caída, tanto por lo resbaladizo del camino, como por la rapidez de la pendiente. Al fin llegamos al bajo, en donde se encuentran tres palenques á la orilla de la quebrada.

(1) Entre los bribíes, los and no intervienen en las fiestas; éstas están ordenadas y dirigidas por los bidabro ó mayordomos.—H. P.
(2) Karri. — Compárese con Snare.—H. P.
Bururí (Agua del cócique), en una distancia de diez minutos del célebre río Duida o Chirripó. Los indios nos recibieron muy bien, ofreciéndonos chicha y plátanos maduros. Reconocieron inmediatamente al Ilustrísimo señor Obispo, quien en la expedición del año de 1882, había permanecido tres días en Bururí. En la tarde del sábado se despacharon correos a los diferentes palenques de Chirripó, con el objeto de anunciar la llegada del señor Obispo y convidar a los indios a que se reuniesen en Bururí. Los correos no pudieron llevar a cabo su misión porque el río estaba muy crecido. Un indio se atrevió a pisar, pero pagó caro su valor, las aguas lo arrastraron y en un instante se le vió treinta varas abajo, en donde pudo atravesar de unas ramas, salvando así su vida. El pobre quedó más muerto que vivo del susto que había pasado.

En la noche del sábado al domingo llovió continuamente, el domingo 22 de diciembre, siguió la lluvia; con todo, algunos de los indios de Haitatí, Narti, (1) Duida (2) y Sinoli (3) vinieron a visitarnos. No podíamos comprender cómo habían pasado el río. Todos se mostraron muy contentos de ver de nuevo al señor Obispo, quien les animó, en el idioma chirripó, a que se hiciesen cristianos y adoptasen una vida más civilizada.

En la noche del domingo al lunes continuó lloviendo. El lunes por la mañana se recorrió la orilla del río en busca de un paso favorable, sin encontrar ninguno. El río nos inspiraba verdadero horror; tiene una aguja fría y pesada que baja con una rapidez extraordinaria, debido a la fuerte pendiente; está lleno de piedras grandes cubiertas de una bajá viscosa que sale de los musgos que abundan en el agua; de ahí la dificultad de afirmar bien el pie al vadear ésta. En medio cauce se levantan fuertes olas (cándamo) coronadas de blanca espuma, produciendo un bramido sordo y que dejan pensativo al hombre más fuerte y acostumbrado a pasar estos ríos. Con todo, tres indios de Chirripó, habituados a atravesar el río desde su juventud, se lanzaron al agua armados de grandes bordones; escogieron un paso donde el río se divide en dos brazos formando una isleta. Era imponente el verlos; los bordones cambran, los músculos de los brazos y del cuerpo temblaban con movimientos convulsivos, aunque el agua, por su profundidad, no les llegó más que hasta la cadera; con todo, las oleadas les cubrían la espalda hasta los hombros. Al fin

---

(1) Probablemente Narti, quebrada suca, de ña, sucio, y ri.-H. P.
(2) Duida, pejivalle?
(3) Sinoli, Sinori, de sino, perico ligero y ti, ri.- H. P.
pasaron, pero a nosotros no nos quedó gana de imitarlos. Volvimos al palenque en la esperanza de que el río hubiese bajado al día siguiente. En efecto, como no llovio en el resto del día lunes 23, ni en la noche del martes, encontramos al día siguiente á las 10 de la mañana que el agua había bajado como tres pulgadas.

En la tarde del lunes recibieron los guías de Tucurrique su paga, y regresaron contentos. Faltándonos ya la carne, pues era mucha la gente que había que mantener, se compró un marrano, que los indios no vendieron sino después de repetidas suplicas, y naturalmente á doble precio que en el mercado de la capital. Recibieron su dinero en plata blanca recién acuñada, con la que se divirtieron la tarde mirándola y contándola innumeridad de veces.

El martes 24 de diciembre á las 10 de la mañana bajamos al río para emprender la temida travesía. Muchos indios de los alrededores se habían reunido con el fin de auxiliarnos. Montados en las espaldas del indio más alto y formando los demás una cadena para sostenerle y cortar con sus cuerpos el empuje de las olas, pasamos el primer brazo. Era preciso dar á los indios un rato de descanso antes de lanzarnos al segundo brazo, pues habían quedado completamente exhaustos. Al fin pasamos del mismo modo el segundo brazo, y ya nos vimos al otro lado del pesado Chirripó. Cada uno de los indios que habían ayudado en el pasaje recibió su paga en monedas nuevas y lucientes de á cuatro reales, quedando ellos muy satisfechos por haber ganado en pocos momentos lo que no ganan en todo un mes. Después de haber descansado un rato y arreglado las cargas, seguimos el camino. Pronto se nos ofreció una cuesta empinada; continuamos trepando por aspero y dificultoso camino hasta las 2 de la tarde. En la cumbre ya, encontramos plataneros y varios ranchos abandonados; á las tres llegábamos á Chiquiriá, en donde hay un palenque grande habitado por tres familias. Allí nos quedamos para celebrar la pascua del Niño. La gente que se había reunido era mucha y todos muy contentos y festivos; á cuya alegría contribuyó no poco el haber pasado todos, sanos y salvos, el temido Chirripó. Al anochecer comenzó á llover, pero á media noche se aclara el cielo y pudimos celebrar sin tropiezo las ceremonias con que se conmemora el nacimiento de Cristo.

Concluida la función religiosa, cayó un fuerte aguacero que nos obligó á refugiarnos precipitadamente en el palenque. Se distribuyó chocolate, café, galletas y tabaco á los indios, que prorrumpieron en alegre y animada conversación, comu-
nicándose las impresiones que les habían quedado de la fiesta del día.

El día de la pascua del Niño siguió lloviendo casi sin interrupción. El suelo quedó muy flojo y barroso, de modo que era imposible salir. Durante el día habló S. S. I. á los indios, ya reunidos, ya á cada uno en particular, de la necesidad de hacerse cristianos y adoptar un modo más civilizado de vida. Los chirripóes conocen bastante la religión cristiana: sus antepasados eran cristianos, hasta habla entre ellos una capilla en la quebrada llamada Sibuna (Sibú=Dios, y va ó va= lugar ó gente) (1), lugar de Dios ó iglesia; pero desde principios del siglo pasado, no pudiendo los misioneros franciscanos continuar sus entradas á la montaña, los indios cayeron nuevamente en sus supersticiones paganas, que desde entonces quedaron mezcladas con multitud de usos cristianos. Una indígena anciana refirió que por tradición recibida de sus abuelos, se decía que ciertos indios paganos que vivían en las cabeceras del Chirripó, habían matado al último padre franciscano en Sibuna y quemado la iglesia, quedando desde entonces el lugar abandonado. Según las indicaciones de la indígena este hecho sucedió hace como 200 años (2).

El principal obstáculo que aparta los indios de Chirripó del cristianismo es el miedo que tienen á los alcáires (alcaldes) de Cartago. Varios de los más ancianos indios dijeron: “pues si nos hacemos cristianos nos mandan un alcáire y éste nos maltrata ó nos obliga á abandonar el lugar en que hemos nacido y á trasladarnos á los valles de Cartago (La Unión, Tobosi, Orosí, etc.), y esto no queremos.” Ya en la visita anterior se había S. S. I. esmerado en destruir esta preocupación de los indios; pero, como se ve, sin fruto alguno. En los siglos anteriores se acostumbraba sacar á los indios de la montaña para darles habitación en los lugares vecinos á los centros en donde habitaban los blancos. De ahí viene la expresión sacar á mecte. Los orosis tienen todavía como honor grande el que no han sido sacados á mecte, sino que han salido voluntariamente. El mismo honor reclama los indios de Tucurrique. Los antiguos franciscanos tenían por principio sacar en lo posible á los reducidos convertidos, del lugar de su nacimiento, y trasladarlos á lugares de igual clima pero más vecinos á los centros.

(1) Más probablemente Sibú-te; la v no existe en los idiomas afines al chirripó y no (escrito por Gallo Mad) es la palabra correspondiente á trino, gente y por extensión á lugar. — H. P.

(2) Esto sucedió en 1709, cuando se levantó toda la Talaumance. En Chirripó mataron á los indios á Fray Antonio de Zamora, dos soldados, una mujer y un niño.
de civilización. Pero ellos se valían de la convicción. Por ejemplo, cuando la tribu de los Tërvis se había convertido, a fines del siglo XVII, y las tribus vecinas de los Changuenas y Briters siguieron molestando a los Tërvis, los franciscanos les propusieron trasladarse al otro lado de la cordillera a las llanuras del Hato Viejo, hoy Buenos Aires. Los tërvis enviaron una comisión para reconocer el lugar y gustándoseles el sitio se trasladaron en 1790, formando el pueblo actual de Tërriba. Los chirripós y sus vecinos, los indios de la Estrella, de Cabecer y de Telúri se habían mostrado siempre hostiles. En el gran alzamiento de Cabecer habían matado a muchos españoles, razón por la cual el Gobierno de Guatemala ordenó su traslado a otras partes. En estas entradas a las montañas, con el fin de sacar indios, se cometieron por los soldados muchas injusticias y hasta crueldades. Los indios actuales de Chirripó cuentan que los olaveres habían mandado en la cuesta de San Francisco cortar los tendones a todos los indios cazados y que a otros habían maltratado de diferentes maneras. Estas tradiciones, que han quedado grabadas en la memoria de los indios, explican su aversión contra la gente blanca, y por qué huyen de su contacto.

La tribu de Chirripó no es numerosa. Le pertenecen 27 palenques con 145 individuos de ambos sexos. Los palenques están muy distantes y se encuentran en su mayor parte a ambos lados del río Chirripó. En cada valleco lateral del río hay uno, a lo más dos palenques, colocados cerca del agua de una quebrada o de un río pequeño; al otro lado del agua; donde los chanchos no pueden llegar, están las plantaciones de maíz, yuca, etc. Todos se dedican a la cria de chanchos, que corren libremente por la montaña; para acostumbrarlos a la casa los llaman dos veces al día y les dan alguna comida. Con el fin de tener sus animales bien separados de los de otro vecino y para evitarles disgustos, ellos colocan sus palenques a grandes distancias. Los palenques actualmente habitados en Chirripó son los siguientes: En la orilla del Sharai (Moravia), los dos palenques del finado Francisco López y de Nicolás. De allí a una distancia de cuatro horas, a la izquierda, viniendo de Cartago, se encuentra el palenque de Galería, en donde vive el ahúa de los chirripós. Cerca se encuentra el palenque de Ziniquicha (el hule) (1). El primer palenque a la orilla izquierda del Chirripó es Burrú, el antiguo lugar del cacique. En Burrú hay además dos palenques pequeños. En la misma orilla, aguas arriba, siguen

(1) Sinnchicha, de sinn, hule (Castillo, sp.) y chicha, rizo.
Sibaya que está ahora abandonado; Sinari (quebrada del perico ligero), Talthari (quebrada del guarumo), Jera (casas), Culbiri, Cuari (quebrada de la lapa), Surperi (quebrada del gaviñacho), Uvari (quebrada de la caña) Curardi; Haqui (quebrada escondida). Haqui es el lugar más alto en la orilla izquierda. En la orilla derecha del río Chirripó se encuentran: en frente de Burué, el palenque de Nari (quebrada sucia); Haceri (Aseri), Chiquiarí y Chiquiaritea. Más arriba del Nari vienen Jerti en donde vive el indio más rico de Chirripó; tiene unas ochenta cabezas de ganado; Shurachiqué (murtal ó turrusal), Dacía (pital), Sinoli (árbol quizzará), Shimuri (guíno), Haquitohí, Cangchequi (platanillo) Hóbatá, Dutari, Psiquitá, Laú, Suñibata. Este último lugar se encuentra ya muy arriba en la cordillera. Para llegar á él se gastan tres días desde Burué.

De Cangchequi conduce un camino á las cabeceras del Tarire. Las fuentes de los ríos Tarire y Chirripó están muy cerca una de otra. En las cabeceras del Tarire vive una tribu de indios enteramente salvajes. Según datos que dieron los indios de Chirripó tienen 8 ó 9 palenques y hay 25 hombres de guerra. Ellos no visten otra cosa que mastic y tienen hasta de los indios vecinos de Chirripó, y Talamanca. Son descendientes de los indios de Cabecar que se refugiaron en las escarpadas montañas de la cabecera del Tarire, hace más de 200 años, huyendo de los españoles. Entre estos indios vive ahora elKalbara ó gran brujo de todos los indios de la Talamanca. Cuando S. S. I. visitó Cabecar en el año 1883, trató el náhuatl de envenenarle, junto con todos sus compañeros. Desde entonces no se creyó seguro en su casa de Cabecar y huyó á las cabeceras del Tarire. De Cangchequi se llega en medio día á Bac-chí; de Bac-chí á Dopalli otro día de camino; de Dopalli se llega en un día á Burnquín (el higuéron), donde están los palenques de estos indios. Por el Sur hay otro camino para llegar á estos palenques, que comienza en Chichás cerca de Cabecar, y tiene cuatro jornadas regulares.

El jueves 26 de diciembre salimos como á las 7 de Chiquiarí, para atravesar la alta cordillera que separa las aguas del Chirripó y de la Estrella. Bajamos á la orilla del río Chiquiarí, en seguida seguimos subiendo bajo el agua todo el día hasta las dos de la tarde. La montaña es muy alta y fría, por la calidad del terreno bastante árida. En el punto más alto, llamado Cisquiché (el roble) encontramos un pequeño rancho que sirve á los indios en sus cacerías. A las cuatro comenzó á llover de nuevo, y la lluvia duró toda la noche.

El viernes 27 salimos muy de mañana. El camino nos
condusca sobre montañas y por pendientes; no encontramos agua en el camino. Una cuebra grande, de tres vares, nos asustó, un poco, estaba en la orilla del camino, pasaron dos hombres sin que se moviera, y al llegar el tercero se movió para morder; felizmente fue vista y se evitó una desgracia. A la una y media de la tarde llegamos al río Estrella en un punto llamado Haen [casa de piedra]. Hay aquí en la orilla del río un peñasco imenso. El río es aún muy pequeño y se puede pasar fácilmente á vado. En la noche cayó un aguacero muy fuerte y desde entonces siguió lloviendo durante ocho días y sus noches. El río creció durante la noche extraordinariamente, y sus aguas llegaron hasta el rancho. El bramido de las olas, que se precipitaban con vertiginosa rapidez, no nos dejó dormir. Al amanecer el día sábado 28 de diciembre, vimos que ya no podíamos pasar el río. Fué un descuido no haberlo pasado la víspera. S. S. I. mandó reunir los indios de Chirripó que nos acompañaban, para tratar del modo como podríamos pasar. Se resolvió batir un árbol allí mismo que estaba en la orilla, cerca del gran peñasco. Inmediatamente se puso mano á la obra. El árbol era muy duro y no había hacha. Después de una hora de trabajo en que los indios se releyeron mutuamente, dos indios de Chirripó se separaron de nosotros y caminando aguas arriba encontraron un lugar en donde el río se divide en dos brazos. Ellos pasaron con peligro de la vida, y batieron un árbol que estaba en la isla y otro al otro lado. Cuando vinieron á comunicarnos que ya tenían los puentes hechos, aun no había caído el primer árbol. Pasamos, pues, á horcajadas los dos árboles y llegamos al otro lado. El camino va por la orilla derecha del río de la Estrella en una distancia de una ó dos leguas de éste. En todo el día no hicimos otra cosa que saltar la cordillera; atravesamos como dieciocho quebradas y tres ríos grandes tributarios de la Estrella; finalmente, llegamos á un alto, como á las 4 p. m., en donde encontramos un camino bastante limpio que nos conducía por la cresta de la montaña, y á las cinco y media descubrimos un palenque de los indios de la Estrella. En todo el día llovió sin cesar. Al llegar al palenque, después de 8 horas de continuo andar á pie, sin descanso alguno, bajo un aguacero torrencial, nos sentíamos todos muy cansados. Los indios de la Estrella nos recibieron muy bien. Ya habían oído de S. S. 1. desde el año de 1884 y tenían deseo de conocernos. Nos facilitaron campo en el palenque y fuego para sacar la ropa, nos dieron plátanos y chicha, que era lo único que podrían ofrecernos.

Este lugar de la Estrella, en donde nos quedamos el să-
bado 28 de diciembre, se llama Biruna [cueva de los tigres]. En la noche del 28 al 29 siguió lloviendo. El domingo 29, hubo una hora de sol, que aprovechamos para secar la ropa; después siguió el aguacero por todo el día. Biruna es el lugar más retirado hacia la cordillera, habitado por indios. Los indios de la Estrella son muy pacíficos y viven muy retirados. Las mujeres tenían la cara pintada con líneas de ocre.

El lunes 30 de diciembre, salimos temprano; como a las 10 de la mañana llegamos a Parabada [alto del biscoyo], en donde vivía el curandero o shinh de los estrellas. Es un indio anciano, astuto y descubierto. Su mujer ya muy anciana, es muy hábil para cazar venados con la soga. Nos vendieron dos cuartos de venado y nos recibieron bien con plátanos y chacra. A las once comenzó a llover de nuevo; el camino se hizo casi intransitable, y nos perdíamos en platanillos infensos, de donde salimos con mucho trabajo. Al llegar al río Cuén, tributario de la Estrella, lo encontramos salido de su cauce. No era posible atravesarlo en el paso ordinario, y hubo que subir aguas arriba para encontrar un lugar en donde se pudiera bajar un árbol. Después de muchos tanteos, en que perdíamos horas y medias, encontramos finalmente un lugar favorable en donde el río se dividía en dos brazos. Los indios nos pusieron en hombros, formaron pilas de 8 y apoyándose en grandes bordones. Seguimos caminando hasta llegar a Moñoc [embocadura del Moín en la Estrella], en donde encontramos un palenque caído. Los habitantes se habían construido ranchos provisorios y estaban en una fiesta; tenían coronas de plumas en la cabeza y cadenas de dientes de tigre en el cuello. La chacra los había puesto muy alegres. Pero no íbamos en un rancho que se hizo a toda prisa, y por esto quedó muy mal hecho, de modo que se nos metió el agua durante la noche.

El martes, 31 de diciembre, declararon los guías que debíamos quedarnos en Moñoc, por cuanto era imposible pasar el río que debía cruzarse tres veces; que el río en verano ofrecía dificultades y mayormente ahora por la creciente tan grande. Esta noticia era muy desagradable porque en Moñoc, con los indios enfechados, no se podía hacer nada. Tenían todavía bastante chacra y de seguro acabaríamos con ella según sus reglas y costumbres. S. S. T. se hizo explicar los tres pasos y el curso del río y resolvió que debíamos subir la cordillera y pasar el río una sola vez más arriba. Los indios no querían entrar en esta explicación; se les dibujó el viaje en la arena, pero ellos permanecieron en su calma [no se puede]; finalmente el dueño de Moñoc, Simeón, dijo: Mej leh, [ya he
comprendido] voy á guiar rompiendo el camino por la cordillera, en donde hay un trillo para montear. El aguacero continuaba; nosotros nos pusimos en camino. Seguimos subiendo y bajando por entre breñas y carrizales; como á las once perdió el indio la dirección. El pobre se desesperó mucho y con él los demás. El aguacero nos azotaba sin dejarnos lugar á reflexionar mucho; como á las tres dimos con una quebrada que el guía reconoció, pudiéndose ya orientar de nuevo. A las cinco llegamos á un río que nos dió vado. Ya era tarde y tuvimos que quedarnos. Se buscó un lugar para el rancho en una distancia de cien varas del río. Los indios de la Estrella y de Chirripó declararon que el lugar era poco seguro, que en la noche podría bajar una cabeza de agua y arrollarían. Los indios de Térraba y Boruca persistieron en que el lugar era seguro. Los primeros se fueron á la montaña y nosotros nos quedamos con los tárabas y los boruca. A las siete de la noche ya estaba el agua como á una cuarta del rancho; entonces vimos que era peligroso quedarnos. Así tuvimos que buscar la montaña en la oscuridad, pasando por sobre un palo de guarumo una quebrada peligrosa. La noche las pasamos sentados sin dormir, llevando incesantemente. Esta noche se nos hizo interminable; pero no hay mal que dure cien años; por fin llegó el deseadó día: era el primero del año nuevo, que comienzo para nosotros está auspicioso poco halagüeño, porque el aguacero, ó mejor dicho, el temporal continuaba sin misericordia. Parecía que la montaña sudaba agua; por todas partes brotaban fuentes y fuentecitas; las quebradas más insignificantes se habían trocado en rápidos torrentes que bra- maban y tronaban en el silencio preocupado. Gruesas gotas de agua caían de las hojas mezclándose con las de la lluvia. Teníamos que marchar, porque en el monte no podíamos quedar. Salimos en profundó silencio y llegamos á las once al río Hobut, á un palenque en donde vivía un indio cristiano, casado. Nos recibió bien. En Hobut pasamos el resto del miércoles y el jueves secando la ropa, y alisamos nuevos bastimentos que ya escaseaban mucho. Se despacharon correos á los indios de las llanuras de la Estrella. El viernes 3 de enero continuamos la marcha y tuvimos que pasar el río Serer, tributario de la Estrella. Felizmente encontramos un paso, en donde el río se dividió en tres brazos formando dos isletas. Pasado el Serer, [periquito] llegamos á Mone [achiate], punto en donde el río de la Estrella forma una isla grande, antes habitada por el cacique Emetorio. El y toda su familia habían muerto. Ya muchos indíos habían muerto desde 1883, cuando S. S. I. llegó por primera vez hasta Mone. De Mone nos con-
dujo el camino por llanos que estaban inundados en toda su extensión. Del camino nada se veía; seguimos pisando agua durante dos horas, cayendo sobre ríos y arroyos y en hoyos que el agua ocultaba, hasta llegar a una altura. En el alto había un palenque, en donde encontramos al juez de paz y varios indios que venían a encontrarnos. Seguimos por la orilla de la Estrella, que parecía un pequeño mar, tanto había crecido el río, causando no pocos daños a los indios en sus ganados, criad de marranos, siembras y árboles en sus casas. A las cinco de la tarde llegamos a Kachiauc. En el camino escapó uno de los borregos de ser mordido por una toboiba grande. El indio venía casi el último; irritada la toboiba por el ruido que habían hecho los primeros transeúntes, saltó furiosa contra el indio, pero felizmente agarró la carga que llevaba en el hombro.

Los indios de la Estrella se van extinguendo. Hay ahora diez palenques con 46 habitantes. En la orilla derecha de la Estrella se encuentran Biti, Kachiauc [tres casas], Hokut, Moñac, Parabata y Dirvyac. En la orilla izquierda Meocing [jabajo] y Jorú [zapote] en frente de Moñac.

De Kachiauc salimos a una de la tarde y llegamos a Biti, que dista como 4 horas. Biti es un lugar muy malo. En 1883 había allí cuatro casas; cuyos habitantes murieron todos de fiebre; ahora hay una sola casa habitada por un indio recién venido de la cabecera del río.

El domingo 5 de enero, a las 9 salimos, con el fin de llegar en todo el día a la Talamanca y celebrar allí la fiesta de los Reyes; pero fué imposible. De las 9 a las 11 atravesamos los llanos que se extienden entre el río Biti y el Dhuí; a las 11 llegamos al Dhuí que estaba muy crecido. Subimos el valle del Dhuí, teniendo que cruzar el río con 17 veces con mucho peligro y bastante incomodidad. A la una de la tarde llegamos al pie de la cordillera que divide las aguas de la Estrella y sus tributarios de las aguas del Xiroes, tributario del Tarico. La subida duró como una hora; una vez en la cumbre seguimos por el filete de la montaña. A las seis de la tarde ya se oyó el ruido de las aguas del Xiroes, pero no pudimos llegar por la escarcha de la noche. Sin perder tiempo nos tendimos en el camino para descansar y pasar la noche, durante la cual felizmente no llovio. Este día se enfermaron varios indios durante la travesía del Dhuí; todos estábamos muy cansados; los tigres y los zahines nos asustaron también durante la noche.

El lunes 6 de enero, nos marchamos muy temprano; atravesamos el Xiroes y a las 8 y media estuvimos en casa de un
comerciante que en la orilla del río tiene una finca de ganado y una pequeña tienda, en donde se surten los indios de los alrededores. Este fue el primer día que nos hizo sol en todo el viaje; así pudimos secar la ropa mojada, que ya se deshacía.

El martes 7 de enero, llegamos a las 12 de la mañana a Sipario. El señor Comandante y su Secretario Mr. Lyon, vinieron a nuestro encuentro; nos hospedamos en casa del último. En Sipario, permanecimos hasta el lunes 13 de enero.

Cerca de Sipario, a 300 m., se encuentra la población de de San Bernardo, que se compone de un cuartel, unas cuatro casas vacías, que mandó el Gobierno construir para alojar colonos del interior, y unas cuatro ó cinco tiendas de equitación y nada más. Los pobladores son unos pocos blancos, algunos criollos y el resto negros ó indios. No hay ningún matrimonio; pero sí mucha immoralidad y corrupción. El mal ejemplo que dan las mujeres negras y criollas ejerce una influencia destructora sobre las indias.

El lunes 13 de enero salimos de Sipario, pasamos por Tünsura, en donde está la casa del cacique Antonio. El río Arari nos ofreció serias dificultades, pero al fin lo pasamos con el auxilio de los indios de Tünsura: Este día llegamos a Pégurchka [cañal] que se encuentra en la orilla del Coén. El señor Comandante nos acompañó hasta Pégurchka.

El martes 14 de enero, subimos por la orilla derecha del Coén. El aguacero comenzó de nuevo. Como a las cuatro de la tarde llegamos a Amóchka [el aguacate]. El miércoles 15 pasamos con gran peligro el río Sung huboi y llegamos a Sigua hu [casa del blanco], en donde teníamos que pasar el Coén. Fué imposible atravesar este río, cuyas caudalosas aguas no dieron paso. El jueves 16 nos quedamos en Sigua hu y perdímos todo el día en buscar un lugar aparente para pasar. En un sitio en donde éste se divide en dos brazos se descubrió un árbol de setacaballo, de grandes proporciones. Este nos sirvió para hacer un puente, pasando palos grandes de 8 m. desde la corona, al otro lado del río, en donde en una pequeña piedra que estaba algo apartada de la orilla, pero todavía en el agua, hicimos descansar los palos para que nos sirvieran de escalera para bajar desde la corona del setacaballo. En la noche quedó el puente hecho y amarrado con bejucos.

El viernes 17 de enero, pasamos el Coén y llegamos a Coén ó San José Cabecar, el antiguo asiento del uskara, quien había abandonado desde el año de 1883, su lugar y retirándose a las ribereñas del Thiére. Ahora viven en estos lugares los indios de Buenos Aires, que son en mayor parte cristianos. Pasamos la noche en el palenque de Solchata.
El sábado 18 pasamos á otro palenque en Suébata, en donde nos quedamos también el domingo 19 de enero. Los nuevos indios de Cabecar son bastante inteligentes, tienen suficiente ganado, y visten mejor que los indios de la baja Talamanca. Ahora están proyectando sembrar café. S. S. I. les dió consejos y les animó al trabajo. Como prueba de la buena disposición en que se encuentran, hice referir que el año pasado, sin aguardar la exhortación del Jefe Político de Súperio, han abierto un camino amplio, de 4 m. de ancho, desde Suébata hasta Amokcha, que son dos largas jornadas. Hicieron este camino para exportar con mayor comodidad su ganado, cosa que les era difícil por el camino antiguo de Acabata en que había que pasar tres veces el Coén.

El lunes 20 de enero salimos del último palenque de Suébata para comenzar la travesía de la gran cordillera madre. Bajamos al Coén, que pasamos por un puente hecho por los indios; al otro lado se nos ofreció una montaña alta y casi perpendicular, la subimos en 5 horas, desde las 7 hasta las 12 y media. En los despeñaderos más peligrosos tenían los indios estacas clavadas y palos amarrados con hejucos, en que uno se agarraba. Una vez en el alto, descansamos algo y seguimos la marcha por terreno accidentado hasta llegar á Hacpaná [sajinillo], en donde pernoctamos. Ya comenzó el frío á molestar mucho. El martes seguimos subiendo, y por ratos bajando, colinas pequeñas hasta llegar á la cabecera del Coén. El miércoles llegamos á la cabecera del Arari. Allí hace mucho frío.

El jueves 22 de enero, comenzamos muy de mañana la marcha. Como llovía continuamente y el frío era muy intenso nos enfermamos casi todos, los unos de catarro, los otros de calenturas. A las 10 estuvimos en el punto más alto de la cordillera llamado por los indios Cuesta. Soplaba un viento recreo que casi nos botó por tierra. De Cuesta se desciende continuamente hasta las llanuras de Ujarrás. A las 12 salimos de los bosques y entramos en la sabana de Ulaún. Allí el panorama es hermosísimo, se descubre toda la llanura de Buenos Aires, los parajes de Térraba y Boruca. La vista se pierde en las sabanas de Cañas Gordas en el camino Chiriquí, Bajamos por la sabana de Ulaún durante dos horas. Ya nos hacía verano, con el calor del sol se secaron los vestidos y se mitigó el catarro. A las 3 llegamos al río Cuaje que se junta con el Buguí formando el río Coén. Los habitantes de Buenos Aires nos enviaron provisiones hasta el alto de la sabana y ellos mismos nos estaban aguardando en el llano de Ujarrás. Este día probaron por primera vez la tortilla, después de 37
días, y montamos á caballo. En Ujarrás descansamos hasta las 4 de la tarde, en seguida nos fuimos á Buenos Aires, á donde llegamos á las 8 de la noche. El día siguiente fuimos á Térraba y el miércoles 29, á Boruca.

Los pueblos de Boruca y más aún el de Térraba están declinando rápidamente. El número de las defunciones excede al número de nacimientos. No se comprende bien el motivo de esta disminución porque el clima no es tan mal sano. En el año 1883 contaba cada pueblo cerca de quinientos habitantes; ahora llegan escasamente á 300. En Boruca pidió un negro de Jamaica ser incorporado al pueblo. Los ánimos estaban divididos, por fin pudo S. S. I. calmar á todos y fué incorporado el negro con gran solemnidad en reunión pública, poniéndole el juez de paz y cuantos comisarios había, la vara en la espalda y prometiendo el negro someterse á las costumbres antiguas del lugar.

El martes 4 de febrero, regresamos á Buenos Aires.

Este es un lugar que promete mucho. Actualmente viven allí algunas veinticinco familias venidas del interior de la República ó de Chiriquí. Tienen gran cantidad de ganado, sus trapiches, siembras de maíz, arroz, frijoles etc., y sirven por su laboriosidad y buena conducta, de ejemplo á los indios naturales del lugar. Una noticia que corre de que el Gobierno les quitaría sus terrenos, que había denunciado la compañía del ferrocarril de Cartago á Reventazón, les tenía muy afligidos y desanimados. Quedaron con los consejos nuestros nuevamente animados y dispuestos á seguir sus trabajos. El jueves 6 de febrero, nos fuimos al General. Llegamos en la tarde hasta la Piedra del Convento y el viernes 7 hasta la población del General, como á las 5 de la tarde.

El lunes salimos del General para la costa; pasamos por varios parajes, en donde antes había grandes pueblos de indios, y pernoctamos este día en la orilla del río Ríoare. El martes 11 de febrero llegamos á la isla de Úvita, en donde nos embarcamos á las 2 y media de la mañana, el miércoles, en un pequeño bote de los indios. Después de un viaje de 42 horas favorecidos de un buen viento y de las corrientes, llegamos á Golfo Dulce á las 7 y media de la noche del jueves 13 de febrero.

El martes 18 á las 4 de la tarde nos embarcamos para Puntarenas, á donde llegamos el domingo 23 de febrero á las cinco y media de la tarde, sin otra novedad que la de encontrarnos muy cansados, y algo enfadecidos por los trabajos y penalidades del camino.

Se gastaron en esta visita, desde Cartago hasta Puntare-
nas por todo el territorio del Sur á ambos lados de la cordillera, 70 días. El resultado del trabajo fue relativamente pequeño: se bautizaron 179 personas; se confesaron 1065, comulgaron 1013; fueron confirmados 414, y se casaron 36 parejas. De los 70 días pasamos en la mar 7 días, anduvimos á pie por la montaña 56 días, á caballo 5, y durante 22 días nos quedamos en los diferentes pueblos y palenques de los indios. Durante los 36 días que anduvimos á pie nos llovió casi siempre, atravesando 18 ríos grandes y unas 40 quebradas y ríos pequeños, 6 cordilleras laterales, que varían de 4 á 7000 pies de altura y la cordillera madre en una altura de 9500 pies sobre el nivel del mar.

V.
VISITA A LA PROVINCIA DE GUANACASTE, Y 5ª ENTRADA AL TERRITORIO DE LOS GUATUSOS

Febrero—Marzo de 1896

El señor Obispo salió de San José á fines de enero, con dirección á Puntarenas, visitando de paso las poblaciones del tránsito. El señor Presbítero don Daniel Carmona fue el cronista de la expedición, y reproducimos su narración, dejando á un lado las consideraciones de carácter clerical propias del objeto principal del viaje, y omitiendo también todo lo que no sea de interés para el conocimiento de la geografía, historia y naturaleza del país.

El primero de febrero, á las 9 a. m., llegaron S. S. I. y su comitiva á la ciudad de Esparza, cuya fundación data del año 1573, siendo una de las más antiguas de nuestra República. Fue fundada en tiempo del coloniaje, por Diego de Anguciana de Gamboa, rico personaje residente en Granada de Nicaragua, y que fue nombrado Gobernador de Costa Rica en el año citado.

La llamó ciudad del Espíritu Santo de Esparza, compuesta de los habitantes de Aranjuez á quienes obligó á formar la nueva población colocada en el valle de Coyocé.

Más tarde fue trasladada al lugar que actualmente ocupa, sin poderse averiguar á punto fijo la fecha de este traslado. Todavía en el año 1891 se veían á cien varas al Sur de la casa
cura los cimientos de las paredes de un convento de Franciscanos.

Por estar tan cerca del puerto de Caldera, Esparta fue víctima durante varios años del saqueo y pillaje de los piratas, quienes la incendiaron por segunda vez en el año 1686, y reedificada en 1693 por Bustamante y Vivero, Gobernador entonces de Costa Rica, quien reunió sus habitantes dispersos y errantes y les obligó a edificar nuevas casas.

En 1782 Esparta y sus barrios contaban con 855 habitantes entre españoles, mestizos, mulatos y negros, y al presente tiene 3295, comprendiendo los de la ciudad que son 1245 y los de sus diez barrios.

El 3 de enero, el señor Obispo hizo un paseo hasta Los Quemados, donde su intervención puso fin a la zizaña que dividía a los habitantes de dicho pueblo de los de El Tigre, con respecto al sitio de la futura iglesia. Por decisión última de S. S., ésta se edificará en el centro del nuevo cuadrante de la población de Los Quemados, en un punto en extremo pintoresco, de donde se admira la poética belleza del Golfo de Nicoya y de sus maravillosos contornos.

Los habitantes de Los Quemados ascienden a 1274, entre los cuales 704 hombres se dedican parte a los trabajos de las vecinas minas de oro de La Trinidad, situadas en la cabecera del río Ciruelitas, ó de La Unión en la margen del río Sebo, y parte al cultivo de la tierra muy fecunda en maíz, caña de azúcar, arroz, frijoles y plátanos. De paso tuvimos el placer de ver un hermoso cafetalito, lo que prueba que aquí como en Esparta debe fomentarse el cultivo de dicha semilla, cuya mata es un verdadero y positivo tesoro.

Conforme lo disponía el itinerario fijado de antemano, el viaje se continuó hasta Puntarenas en la mañana del día 5 de febrero.

La hermosa y simpática ciudad de Puntarenas tiene calles rectas y amplias, trazadas en tiempo de don Braulio Carrillo y adornadas con varios edificios públicos y privados, de madera casi todos. Al finar el proyecto del puerto de Caldera, entonces moririo y malsano, fue rehabilitada como puerto del Pacífico en febrero de 1835, y el 17 de setiembre de 1858 elevada al rango de ciudad.

Con sus 2538 habitantes ocupa una regular extensión de terreno arenoso, casi rodeada por las turbulentas aguas del mar y por las de un sereno y pacífico estero, refrescado por la brisa de ambos y la sombra del elevado y frondoso cocotero.
Su clima, aunque bastante cálido, es generalmente sano, como lo prueba el poco número de enfermos que en el hospital se encuentran y cuyas dolencias consistían en úlceras, anemia y calenturas de costa. Raras veces la fiebre amarilla ha aparecido en ese puerto. Es natural que deban morir allí aquellos que cometen abusos y imprudencias que acarrearían la muerte aún a aquellos que están aclimatados en esos lugares.

Después de terminados los asuntos referentes a la parroquia de Puntarenas el señor Obispo visitó todavía a los enfermos del hospital y dispuso en seguida la continuación de su viaje. El 8 de febrero se embarcó en el vapor cuenta que comunicaba el puerto con la provincia de Guanacaste, con destino al Huma, puerto de Niquoy.

Muy agradable fue el viaje.

El vapor cuenta cerría con velocidad mediana en momentos mismos en que los primeros rayos solares desaparecían las sombras de la noche, mostrándonos a uno y otro lado, las islas llenas de frescura y vegetación.

San Lucas, Chira, Venado, Cañada, Bejuco... y las costas de Canegel cubiertas, de eternas florestas, en un principio apenas perceptibles en el horizonte, pasan después ante nuestra vista.

En sus riberas se ven las blancas garzas entretendidas en buscar el sustento de la vida, y que miradas sin atención parecían grandes ejércitos formados en escuadrones.

Al fin del golfo se encuentra la desembocadura del río Temptípque, antigua división entre Costa Rica y la provincia de Niquoy, que nace al pie del volcán Oroté y recorre el Guanacaste de Norte a Sur. Sus aguas, aunque serenas y tranquilas, son profundas, y perfectamente navegables, por pequeños vapores que pueden remontarla hasta 20 kilómetros próximamente.

Este río, llamado antiguamente Zapandé, nombre de un cacique situado en sus cercanías, y más tarde, río Alvarado, se remonta en algunas horas, hasta El Huma, puerto fluvial de Niquoy.

A uno y otro lado se ven grandes lagunas pobladas de abundantes pastos e interrumpidas por espacios bosques. Los primeros son excelentes para el engorde del ganado y las selvas abundan en maderas de construcción, tales como el cedro amargo, el madera negra, el guachipeli, el caoba, etc.; en plantas textiles, como la pita, el soncillo, el pochote, la balsa, etc.; en plantas tintóreas y medicinales, como el nancete, el jiquelite, la sacatinta, la amapola, la higuerilla, la Juanilama, la verbena,
la cola de alacrán, el guarumo, etc.; en minas de oro, plomo y cobre que explotan ya algunas compañías inglesas, y en terrenos fértiles, regados por innumerables ríos que corren casi al nivel del suelo.

A las 11 y 30 a. m. llegaron S. S. I. y comitiva al Humo, en donde los esperaban algunos notables de Nicoya. Esta población situada como á siete leguas de su puerto, heredó su nombre de uno de los caciques de los tiempos de la conquista. Tiene 804 habitantes y está colocada en un precioso valle de frondosa vegetación, rodeada de altos y elevados cerros y regada por dos ríos de puras y corrientes aguas.

Con sus 15 barrios, tiene 4577 habitantes, dedicados los hombres, á la cría del ganado, á la siembra del cacao, del maíz, de los frijoles, del arroz, de los plátanos y de la caña de azúcar. Por sus productos y por su posición topográfica, Nicoya y todos los pueblos del Guanacaste, están llamados á tener un brillante porvenir una vez que los Gobiernos los estimen en lo que valen y las vías de comunicación sean mejoradas y cuidadas como merecen, para entablar íntimas y frecuentes relaciones con los de las provincias interiores.

Nicoya, antigua ciudad real, llena de recuerdos en las páginas de nuestra historia, centro animado del comercio, está muy lejos de demostrar hoy día aquella riqueza proverbial de que disfrutaba en tiempos de la conquista, cuando Gil González y demás españoles se llevaron de ella por valor de catorce mil pesos de oro en alhajas y seis estatuas, de oro también, de un palmo y atín más.

Sabido es de todos que los aborígenes de Nicoya, por su lengua, por sus costumbres y manera de vestir, por sus usos religiosos y especie de leyes civiles, y por el cultivo del algodón del cual hacían sus vestidos y tenían como en ninguna otra tribu de Costa Rica, ocupaban el primer grado de civilización, relativo á los demás pueblos. Sabido es también de todos, y no se puede recordar sin indignación, el tráfico frecuente de carne humana que sostuvieron Pedrarias Dávila, gobernador de Nicaragua, Francisco de Castañeda, alcalde mayor, y Contador y otros más, llevando á vender los indios de Nicoya y Nicaragua, como esclavos al Perú y Panamá.

La ambición desenfrenada no se llenaba con los tributos forzosos que arrancaban á aquellos desgraciados, ni la tiranía absoluta se satisfacía con el "castigo con azote" de aquellos tiempos de barbarie, sino que también se arrancaba á los infelices indios del seno de sus familias y de sus hogares para reducirlos á dinero en mercados extranjeros. Esta es la cau-
sa de la despoblación de estos lugares, "de donde llevan escuadrones de indios e indias naturales de esta provincia a embarcar en sus navíos, tan sin temor a Dios ni de la justicia real... como si de buena guerra fueran Moros ó Turcos. Y después que Pedrarias falleció, el Licenciado Castañeda dio tanta largura á todas las personas que quisieron irse á las provincias del Perú, que tan sin temor de la justicia real andaban por los pueblos e plazas de indios e por éstas ciudades, echando en cadenas e otras prisiones indios e indias naturales de esta tierra (para llevarlos) á las provincias del Perú, que no se halló quien resistiese á ninguna fuerza que los naturales recibían."

Hoy día, Nicoya, de clima agradable y sano, presenta el aspecto de una bonita población, siendo de lamentar que sus solares, grandes y espaciosos, no estén cercados y cultivados, al menos con árboles frutales que además de su utilidad, sirvieran de adorno y frescura á la población.

Conocidos son por su buen gusto, los mangos, los zapotes y sangapotles, las naranjas, las guanabas, las manzanas rosas, los zapotillos y marañones, los manzanos y nisperos y otras mil frutas más, que por su tamaño, color y sabor, excitan á saborearlas.

La iglesia de Nicoya, verdadera joya preciosa por su pintura interior y por la riqueza de sus vasos sagrados, la primera en todo el Guanacaste y digna de figurar en los pueblos interiores, no ha sido construida por los españoles, como equivocadamente lo asegura el señor Montero Barrantes. Este templo tendrá unos 55 años de construido, encontrándose todavía muchos de los habitantes que personalmente trabajaron en su construcción.

Un hermoso atril todo de plata con el escudo de los franciscanos es el centro, la grande lámpara del Santísimo, la caldereta, la cruz alta, el incensario con su naveta y otras cosas más, también de plata, sí que nos recuerdan los tiempos en que dos religiosos de San Francisco, doctrinero el uno y guardián el otro, miraban por la salvación de las almas en épocas en que un alcalde mayor, dos alcaldes ordinarios, dos alguaciles mayores, cuatro regidores y dos fiscales procuraban el bien y orden á sesenta familias, ahí donde el número de las casas se reducía á ciento veinte, entre las de los indios y ladinos.

El patrono y titular de esta iglesia es San Blas, colocado en el altar mayor, ricamente vestido, con un báculo, todo de plata, en la mano, y una rica mitra de oro sobre la cabeza.

Entre los libros del archivo parroquial, consta, firmado por el P. Muñoz, entonces cura, que el 23 de agosto de 1783
un rayo incendió la casa cural y la mayor parte de los documentos importantes del mismo archivo.

Ya antes, en 1634, un incendio había reducido a cenizas la iglesia y gran número de casas. No consta con seguridad el año en que Nicoya fué declarada parroquia, estando comprendido entre los años 1560 a 1570, pero sí sabemos con certeza que el 29 de noviembre de 1837 fué declarada Villa, premiando así a los leales y valientes nicoyanos por su constante adhesión al Estado, sobre todo, cuando en junio de 1836 fué invadido el Guanacaste por fuerzas nicaragüenses al mando de don Manuel Quijano, Pedro Aveñán y Manuel Dengo.

El 11 de febrero, S. S. I. pasó a San Cruz, cabecera del cantón del mismo nombre. Esta bonita villa, colocada en terreno plano y fértil, cuenta hoy día 732 habitantes. Sus alrededores están regados por dos ríos, el de En Medio, y el Diriá, que desembocan en el río del Bolsón, afluente del Tempisque. El Diriá tomó su nombre del cacique que habitaba en sus cercanías cuando Gil González recorría por primera vez aquella región, en donde bautizó 150 personas y sacó como tributo $ 133 oro.

Algunos meses antes de nuestra independencia, el 3 de abril de 1821, fué erigida esta iglesia en Parroquia, colocada en el centro de los terrenos que doña Bernabela Ramos reguló a la nueva villa con 33 varas cuadradas para cada colonio, en su mayoría, vecinos de Nicoya.

En el centro de la población se nota un progreso y una animación que hacen augurar un brillante y feliz porvenir para Santa Cruz, cuyas casas de comercio en buen número y bien surtidas, su casa municipal y demás edificios particulares le dan un aspecto preponderante sobre los demás pueblos del Guanacaste.

Sus calles son rectas, hermosas y planas, como casi todo el terreno de este cantón, cuyo comercio con Puntarenas, lo tiene por medio del puerto fluvial sobre el Bolsón, afluente del Tempisque, y al cual llegan pequeños vapores-correos y grandes bongos cargados de mercaderías.

El clima es caliente y bochornoso a medio día, pero fresco y agradable en la tarde y en la mañana. Grandes pastos rodean la población, sombreados por frondosos y elevados árboles de mango, de tamarindo, de ñababeles y de marañones, cuyas frutas son tan medicinales como exquisitas al paladar.

Los vecinos de los 11 barrios de que se compone este cantón, con los del centro, forman 5948 habitantes, habiendo algunos entre aquéllos, tales como el Tempate y Arenal, que
como éstos, tienen sus escuelas en donde sus hijos reciben una buena y provechosa instrucción.

La mayor parte de sus habitantes se dedican a la cría del ganado, que gordo y hermoso vaga por esas llanuras cubiertas de grama, gamalote, arrocillo, pará, pie de paloma y demás pastos naturales de las ciénagas. Otros dedicanse al cultivo de la tierra.

El Presbítero de Santa Cruz, señor don José Mª Velasco, ha logrado reunir, con mil dificultades y trabajos una muy importante colección de las antigüedades de la región, la que no tiene su pareja y debería á todo trance figurar entre las del Museo Nacional.

Hermosas piedras de moler, con patas de animales y cabezas de dragón; ollas de barro macizas con caracteres pintados, tan firmes que ni la humedad, ni la tierra han podido borrarlos; inefinidad de pitos de barro en figuras caprichosas de pájaros, sabandijas y demás reptiles; cuchillos de piedra de varios colores y finos como el mármo; gran número de muñecos, aves y animales grabados en piedras verdes y barro bien pulido; platillos y animales de oro, constituyen la variada y rica colección de objetos antiguos sacados de los túmulos de los aborígenes de estos lugares, traídos en su mayoría de los entierros de las antiguas poblaciones de Nicoya.

Lo que más nos llamó la atención fueron los grandes ídolos de piedra colocados en el patio de la casa, que representan un hombre en su estado natural y sobre los cuales los indios ofrecían sus nefandos sacrificios.

Sabido es de todos que nuestros aborígenes, tenían sus especies de casas de oración que llamaban archilotas, en los cuales sacrificaban sus víctimas en aras de la barbarie y del paganismo.

Tres fiestas principales tenían al año y en días señalados el cacique de Nicoya, con sus principales salían á danzar delante de su mezquita, con plumajes en la cabeza y pintados á su modo.

Después de algunas horas de baile, en que las mujeres asidas de las manos formaban corro y los hombres más afuera y de la misma manera, dejando el espacio suficiente para los que en medio andaban repartiendo sus bebidas; después de cantos y mencos de cuerpos y cabezas, colocaban sobre la piedra la mujer ó el hombre señalado de antemano para el sacrificio; le habrían costado, sacábanle el corazón, y la primera sangre que derramaba la ofrecían al Sol en señal de adoración. Cortábale después la cabeza como también á otros cuatro ó cinco indios más, con cuya sangre untaban sus ídolos particu-
lares de piedra, y comíanse las carnes de los cuerpos como manjar santo y consagrado.

Después, las mujeres entre alaridos y gritos de espanto huyan á los montes, en donde sus maridos les costaba encontrarlas y aún más convencerlas de volver á sus casas, empleando á veces las caricias del garrote, ante el cual no hay indio empedernido. Y aquellas que más lejos huían, eran tenidas, alabadas y preponderadas sobre las demás.

Como ya dije, la mayor parte de estas antigüedades son traídas de Nicoya, cuyo suelo está lleno de estos entierros, designados con el nombre de *huanas*, en donde á la par del esqueleto, se encuentran todos los utensilios de la vida indiana, grandes piedras de molar el maíz que cultivaban, grandes jarros de tierra colorada, y vasos hermosos con tipos etruscos y otras cosas más, entre ellas algunas de oro.

Estos entierros, que han llegado á tener un precio inestimable y un lugar preferente en las exposiciones nacionales, se encuentran, generalmente, cubiertos de piedras comunes, con que los indios señalaban sus sepulcros, á la manera que lo hacemos nosotros con bóvedas y tumbas, y en lugares cercanos á sus habitaciones, que por lo regular preferían los cerros y las lomas.

Por demás, curiosas eran las ceremonias que usaban en tales casos.

Llegado el momento de conducir el cadáver al sepulcro, reuníanse todos los miembros de la familia doliente, sus amigos y sus vecinos que con escrupulosidad procuraban cumplir aquel precepto natural grabado en sus corazones, de “enterrar á los muertos,” y con cantos tristes y gemidos profundos llamaban la alma del difunto para que viniera á presenciar aquella celebridad. (¿Eran espiritistas?) Cuando suponían gratuitamente que ésta ya había correspondido á su llamamiento, cuatro indios bien adornados con plumas de colores, colocaban el cadáver sobre sus hombros y se dirigían al lugar preparado al efecto, siguiendo dos indias que marchaban adelante amarrando hilos sobre los ríos, quebradas y pantanos para que como por puentes el alma del difunto pudiera seguir su cadáver. Llegados al sepulcro le colocaban allí y principiaban de nuevo los lamentos y gemidos con más fuerza que al principio; después al lado del cuerpo, ponían sus flechas, si era hombre, todos sus utensilios, y una guacamaya, cuyas plumas, decían, les serviría para adornarse en la otra vida.

De allí vienen que hoy día se encuentre en esos túmulos tanta variedad de objetos, preciosos por su antigüedad y su raro trabajo en épocas en que aquellos hombres desconocían
por completo el uso de instrumentos de que dispone la moderna civilización.

De Santa Cruz, el Prelado y su acompañamiento pasan a Belén, y en seguida, el 14 de febrero, a Filadelfia, el antiguo Siete Cucos. Nada más agradable, dice el cronista, nada más simpático que el aspecto que presenta aquella villa de Filadelfia compuesta de 778 habitantes, con sus bonitas casas de madera, cabecera del cantón Carrillo, erigido bajo la administración del Doctor don Vicente Herrera, y cuyo nombre recuerda al conocido jefe costarricense don Braulio Carrillo.

La gente de Filadelfia, lo mismo como la de todo el litoral del Pacífico, es muy adicta a las diversiones, en las que la famosa marimba desempeña casi siempre su papel. Es la marimba un instrumento musical compuesto de un teclado de madera que gradualmente disminuye, colocado sobre unas jicaritas de calabazo, en cuyo fondo se encuentra un pequeño agujero cerrado con cera y tela de araña, para dar sonoridad al golpe producido por un bolillo de caucho.

Sus notas son dulces y suaves, como las del piano, y sus bemoles son reemplazados por pequeñas cantidades de cera colocadas al extremo de las tablas que forman el teclado.

Acompañada con guitarra, la marimba forma la orquesta favorita de los guanacasteños en sus bailes populares, que se verifican del siguiente modo:

Convenid la hora y el día, dirígete les convidados al lugar preparado, que por lo general es la calle misma en donde largas bancas forman el recinto de las danzas, sin más bóveda que el tachonado firmamento. Generalmente estas fiestas tienen lugar en esas hermosas noches de verano, iluminadas por la dulce luz de una luna encantadora.

La marimba preludia la pieza y los danzantes se preparan; la polca comienza, y todos a la vez se lanzan al movimiento excitado y producido por el arrebato de la música. La pieza cambia, y el punto aparece con todas sus variaciones en que las parejas se separan, se miran con el cuello suavemente inclinado en un acompañado movimiento, se acercan hasta tocar hombro con hombro y majestuosos se retiran. De repente el zapateado aparece con toda su furia y aquello se vuelve un verdadero hervidero de cabezas, en donde los pies apenas tocan el duro suelo.

Y esto dura hasta altas horas de la noche, sin que el fuerte ruido ni el viento helado sean capaces de detenerlos.

De Filadelfia se visitó Palmira, una de las incipientes po-
blaciones del contorno, y a su continuación se siguió el viaje para Liberia, a donde nuestros viajeros llegaron a las 9 h. y 20 m. p. m.

La ciudad de Liberia tiene calles amplias y rectas, de sue-lo blanco y arenisco, de surtidas casas de comercio y buenos edificios particulares. La ciudad tiene 2266 habitantes, los que reunidos con los de sus barrios ascienden a 5883. Fue erigida en parroquia el 2 de junio de 1790, y en ciudad y capital de la provincia el 30 de mayo de 1854.

Está situada sobre una hermosa llanura, regada por las aguas del río del mismo nombre, de las que se proveen sus habitantes.

Liberia es la población más alegre de todo el Guanacaste y en las costumbres y maneras de sus vecinos, como también en su carácter franco, se nota el aire nicaragüense, que recuerda el origen de la mayor parte de sus habitantes.

En sus campos, se encuentran grandes y hermosas haciendas de ganado, tales como Santa Rosa, San Jerónimo, El Jobo, Santa María, El Pelón, etc., etc., virgenes bosques, abundantes en madera de construcción y ebanistería; grandes desmontes donde se cultiva el maíz, el arroz, los frijoles, la yuca y algunas matas de café que prometen para lo futuro.

Concluida la visita parroquial de la simpática capital liberiana, el señor Obispo salió de ella, en medio de las manifestaciones de agradecimiento de todo el pueblo, el día 19 de febrero a las 6 p. m. Los viajeros esperaban aprovechar la luna y la frescura de la noche, para caminar más agradablemente los 33 kilómetros que separan Liberia y Bagaces, la siguiente etapa del itinerario. Después de extraviarse en el camino, encontraron al señor cura del último lugar, extraviado también, y con muchas dificultades llegaron a la posada.

Bagaces, población de 419 habitantes, 92 casas y 15 calles, estrechas, disparejas y rodeada de terrenos estériles, presenta más bien el aspecto de una ciudad abandonada.

Triste contraste hace este cantón con el de Carrillo, cuyos barrios activos y laboriosos, se colocarán muy pronto en la cima del progreso y de la moralidad.

Y no es porque Bagaces sea una población incipiente, pues vemos que el 7 de diciembre de 1739 el señor Obispo Zatarán en su auto de visita mandaba al señor cura de Esparta, que también administraba este lugar, le pusiese un con-ductor. La ermita se encontraba en Villa Vieja, en donde se miran aún los cimientos del pretel del cementerio. De aquel
punto, situado como a 5 km. hacia el Sur, fue trasladada a su actual lugar en el año de 1793.

El clima de Bagaces es muy cálido, y de sus 1476 habitantes, los de los barrios se dedican al cultivo de cereales de que producen apenas la cantidad necesaria para el consumo local.

Las grandes haciendas de ganado que en su jurisdicción se encuentran, han hecho famosos en nuestros mercados, la sabrosa “carne salada de Bagaces” y sus apetecidos “quesos de mantequilla.”

Los caudalosos ríos de Villa Vieja, Montenegro, Blanco, Tenorio y Curibici, amenazan en el invierno con sus torrentosas aguas al viajero que hace su jornada de Bagaces a Las Cañas.

Esta última población, que fue erigida en parroquia el 26 de julio de 1820, consta hoy día de 401 habitantes y se halla situada en las márgenes del impetuoso río del mismo nombre, y en una llanura de magníficos y fértiles terrenos, limitados al Norte, por la hermosa cordillera de Tenorio; al Sur, por el Golfo de Nicoya; al Este, por el territorio Guatuso; y al Oeste, por el centro de Bagaces.

De aquí debía efectuarse la entrada al territorio de los guatusos, y, en consecuencia, se redujeron los equipos a lo más indispensable, en previsión de un largo viaje de a pie en medio de mil dificultades. Los indios, a quienes el señor Obispo había dado cita en Las Cañas y que debían desempeñar el oficio de mozos de cordel, no llegaban, no obstante lo cual se resolvió no demorar más la salida. Hechos los últimos preparativos, el personal de la expedición, reducido a su ilustre Jefe, á los Presbíteros Carmona y Lombardo, á don León, sirviente de S. S., y á cinco cargueros, se encaminó hacia el Este, el día 25 de febrero por la mañana.

Hasta la Laguna se puede ir á caballo, y así lo hicieron, acompañados parte del camino por el señor cura de Las Cañas y otros vecinos que voluntarios y respetuosos ofrecían sus cuidados á nuestro digno Prelado.

Subiendo por las fértiles vegas del río de Las Cañas, cruzando en seguida el torrentoso Santa Rosa, atravesamos llanuras fértiles, tomas cuya floresta es rica en maderas preciosas, y llegaron hacia las doce del día á la Flor de América, pequeña e incipiente finca de café, situada en las faldas de una montaña, á cuyos pies corren impetuosos y turbulentas las aguas del mismo Santa Rosa.

Aquí pernoctaron, y al día siguiente resolvieron visitar la
finca de café llamada Santa Rosa, en que han tomado acciones muchos activos comerciantes de nuestra capital y demás provincias. Esta plantación se encuentra á una distancia como de 6 km. hacia el Oeste y demuestra algún adelanto aunque partes de ella están muy abandonadas. Más halagüeñas son las promesas de la Flor de Américon, bien atendida por su amable dueño.

Febrero 26.—Un día ameno sucede a una noche lluviosa. A las 7 a. m. se encaminan los viajeros. Pronto se despiden de las aguas del Santa Rosa—las últimas que buscan al Pacífico—y entran en la otra vertiente donde atraviesan sucesivamente las quebradas de Las Lajas, Chon Pies, Ayote, Bolívares, Tronadora, Danta y Tronadora, antes de alcanzar las márgenes del río Arenal, á las 12 a. m. Aquí comenzaron las dificultades: la orilla es pantanosa, las aguas están muy hondas. El Padre Carmona se arriesga primero en una balsa vieja, y naufraga en media corriente; su compañero, el Padre Lombardo se contenta con bañarse hasta la cintura, pero don León se va con la corriente, y hubiera ido talvez hasta el Mar Caribe sin el pronto auxilio de un mozo nadador. Todos en fin lograron su percance, y hasta las 8 p. m., equipajes y gente estuvieron sanos y salvos en la margen izquierda del río, en donde aguantaron una noche fría y lluviosa.

Febrero 27.—Cesó la lluvia, por fin, y coloró el alba con una luz brillante el limbo de los cielos. Día fué acer sombrío y aguardo, pareciéndome aún verme sepultado en aquellas aguas profundas, cuyo sólo recuerdo causábame escalofríos. Presurosos nos levantamos á tomar una taza de confortante café, y poros momentos después las cargas estaban reparti das. Las bestias no podían servirnos más, por los precipicios y cuestas al través de carranías intransitables. Necesario era marchar á pie y, así, lo hicimos á las 8 a. m., atravesando los bosques llanos que siguen al río. Un carguero nos guía, cortando con su afilado cuchillo las espinas y ramas que impiden el paso. Subimos montañas al N. E. agarrándonos de las ramas y raíces de los árboles, poniendo nuestra planta allí donde sólo se atreven los huleros contrabandistas ó el indio incivilizado, y bajamos pendientes en cuyo fondo se oye el confuso rumor del torrente que se precipita.

Pasamos unas tras otra las bien denominadas quebradas del Barreal y de la Sanguijuela y un sin número de otros arroyos sin nombre; las cabeceras del río la Muerte con su empinada cuesta nos producen el cansancio y agonía, si no de la muerte, al menos de sus convulsiones; la del Venado, hospita-
laria, nos ofrece sus márgenes en donde á las 12 almorzamos, mientras que las otras cabeceeras del mismo Venado, ceñudas y lloronás nos rechazan.

Para subir el monte del Trompo y descender á la quebra-da del mismo nombre, damos más vueltas que un trompo bailado bajo el impulso de una vigorosa mano, y entre resbalones y bruscos balanceos del cuerpo que no quiere caer, atra-vemos la del Penol y vinimos á la del Salmón, en donde sentamos reales, es decir, levantamos un pobre rancho cubier-to con hojas de "cola de gallo."

El sol tocaba á su ocaso y aun no podíamos echarle las-tre al estómago por la rebeldia de la leña que ingrata se negaba á calentar nuestros frijoles.

Con el apetito no del todo satisfecho, nos acostamos so-bre el duro suelo, con la poca halagadora esperanza de que llovería durante la noche. Pero, por fortuna, ni una sola go-ta de agua cayó durante aquella noche tranquila, sólo pertur-bada por los rugidos de un tigre en acecho.

Febrero 28.—Con los escalfosfríos que produce en el cuer-po el uso de ropa mojada, con el atolondramiento de cabeza después de una mala noche, recostado sobre el suelo fangoso y hojas llenas de hormigas y gusanos, y con el convencimien-to de que aun nos faltaban grandes distancias por andar, em-prendimos viaje á las 8 a. m., después de haber tomado nues-tro pobre desayuno.

En este camino hecho al azar, al través del laberinto de espesas montañas en donde el gigantesco árbol caído nos obligaba á dar grandes vueltas, se nos presentaba un espectáculo arrebatador. El pitorreal con sus infinitos y variados gorjeos ahogaba en la garganta nuestras quejas, y todos los colores encantadores de aquel mundo volante y cantante nos llenaban de delicias. Algunos monos negros con la cara blanca, de rama en rama huían de nuestra presencia, mientras que el congo, perezoso animal, nos aturdía con sus mugidos que se repercu-tían en todos los ángulos de las montañas.

Nuevas cuestas que subir, nuevas pendientes que bajar y nuevas quebradas que pasar. Tres veces las del Caite, tan feas como el mismo nombre, y tres las del Catimure, en una de las cuales almorzamos á las 12 del día.

Aquí se sintió bastante indispuesto el Ilustrísimo señor Obispo, quien después de varios vahidos se vio obligado á reposar un rato sobre la dura tierra.

Y no era para menos: montañas altas que subir por un suelo cenagoso, con una alimentación poco fuerte para sufrir jornadas tan pesadas, tenían necesariamente que producir el
cansancio en una persona que acababa de pasar una penosa enfermedad.

Tres arroyos quejumbrosos se interponen en nuestra marcha, y a las 4 y 20 p. m. detiéndense los cargueros en la otra margen del río Cucharacha. Limpian el suelo, cortan horcones, hacen un rancho que cubren con hojas, y nuestro palacio nos abre sus puertas, dejando para ellos otro abandonado de hileros que allí había; y mientras buscan la leña, encienden el fuego y preparan la comida, lavamos nosotros nuestros zapatos y medias, nuestros pantalones y pañuelos, que llenos de barro estaban. Secámoslos después al humo, y unos encogieron y otros pusieronse amarillos y hiediendo.

Febrero 29.—El sueño nos había sorprendido bajo las ramas frondosas de aquellos árboles gigantescos, en donde el pitoreal y el jilguero es infinidad de alados cantores, entonan himnos arrebosadores al Supremo Hacedor ante los primeros rayos del sol naciente.

Cualquiera que viaje al través de esta región no puede hablar sino con admiración de la hermosura y exuberancia de aquel suelo, virgen como al siguiente día de la creación, que la dulzura del aire que se respira y el recurso extraordinario para toda clase de cultivos y explotaciones industriales transforman en un pequeño Edén.

Algunas leguas cuadradas de aquel suelo, cultivado de café, cacao, caña de azúcar, arroz, maíz, algodón y tabaco, aumentarían la riqueza nacional, y harían la felicidad de muchas familias, que en nuestro interior no tienen una choza en que abrigarse ni un palmo de tierra que cultivar.

En aquellas inmensas soledades ¡mas se ha oído el ruido del machete, ní el rocío del machete. Hermosas y variadas materias de ebanistería y de construcción; gomas y recinas, aceites y bálsamos, diversas materias tintóreas, aún desconocidas, toda clase de plantas textiles, he aquí la gran riqueza todavía sin explotar de aquella región, regada por el río Frío, cuyas aguas pueden dar acceso a pequeños vapores y grandes botes comerciales.

El cacao, cuyo grano fue el primer comercio que tuvo Costa Rica, es un ramo de futura riqueza para los cultivadores de aquellas feraces tierras, excelentes también para la yerba de las panzas, el hule y otros artículos más, de comercio y en enriquecimiento. Los 5,000 árboles de cacao, de este Alimento de los dioses, que el señor Juan Álvarez ha plantado sobre la vega del río Frío, nos prueban con su frondosidad y buenas cosechas que el terreno reúne las condiciones de calor y humedad que para su producción se requieren. Ciertamente
que, durante cuatro o cinco años, la cosecha se hace esperar, pero una vez que empieza, los gastos del maíz se reponen y los centavos aumentan el capital.

Las plantaciones de café, que han hecho la fortuna de nuestras poblaciones del interior, en donde los terrenos ya empiezan a agotarse, serían ahí un verdadero tesoro con el menor esfuerzo de la industria humana aplicada a estas culturas especiales. Las 2,000 matas de café, que el mismo señor Álvarez ha plantado, sirven de muestra y excitan al cultivador de aquel suelo privilegiado. Necesario es ver para convencerse de la pojarra y poder de las producciones de aquella tierra desconocida, que sin duda constituirá más tarde el foco de un comercio prodigioso, toda vez que aquella fuente de riqueza haya caído en manos industriosas.

Y en aquellas extensas praderas, abundantes en pastos naturales, regadas por puras y cristalinas aguas, podrían mantenerse y aumentarse grandes cantidades de ganado vacuno y caballar, que al par que mejorarían las razas, abastecerían el consumo interior, impidiendo así que nuestro dinero salga del país en busca de aquellos mismos que se puede obtener, si no con mejores, al menos con iguales condiciones.

¿Para qué hablar de las pieles preciosas de animales de toda clase y tamaño que habitan esos bosques solitarios, y cuyo valor es bien conocido entre nosotros y en los mercados extranjeros?

A pesar del cansancio experimentado en tantos días de rudo andar caminábamos admirando siempre la exuberancia de aquel suelo singular, que por sí solo formaría las deficiencias de un inteligente agricultor.

Una legua antes de llegar al primer palenque, encontramos ocho indios que capitaneados por Domingo Orozco, veían á saludar á S. S., y que prorrumpieron en manifestaciones de alegría y de lástima al verlo marchar á pie.

¡Zaca! ¡Pobrecito zaca! eran sus incansables exclamaciones, desando hablarle y contemplarlo todos á la vez.

Después vinieron las ceremonias de bienvenida, que consistieron en la oferta de un descomunal plátano maduro á cada uno, siendo preciso comerlos para satisfacer sus exigencias, á pesar de ser tan temprano y estar en ayunas.

Mientras seguíamos caminando, los indios no dejaban de rodear á S. S. manifestándole que un extranjero estaba en el palenque Margarita; que los huberes (chicle) les mortificaban mucho, y que las enfermedades les tenían muy afligidos.

¡Pobrecitos! ¡Con cuánta confianza y amor le hablaban como á su padre, exponiéndole sus necesidades!
Estos desgraciados no hablan del castellano sino una que otra palabra, entendiéndose en un dialecto muy difícil de aprender; y sólo nuestro Ilustrísimo señor Obispo ha logrado, después de un largo y penoso trabajo, el escribirlo, como también los de todas las tribus indígenas de nuestra República.

Domingo Orozco, que los capitaneaba, nos servía de intérprete; y ya que de él se trata, bueno es que nuestros lectores conozcan a este nuevo personaje que formará parte de nuestro acompañamiento.

Es un indio civilizado, de la edad de treinta años, de cuerpo alto y delgado, nariz aguileña, ojos negros y penetrantes, de fisonomía simpática y de conversación fácil y agradable.

Estando muy niño todavía y andando en el monte con sus padres, fueron sorprendidos por los huleños, quienes lo alcanzaron en su carrera, y se lo llevaron, vendiéndolo en Nicaragua a un rico comerciante que le enseñó á leer y escribir, dedicándose al comercio.

Pero como "la cabra siempre tira al monte," Domingo, después de 7 ó 8 años, se huyó al seno de los indios, en donde llevaba una vida en todo igual á la de los demás, sin tomarse la pena de enseñarles á cultivar la tierra, ni mucho menos á prepararse mejores sustancias nutritivas.

Como todos lleva una vida holgazana, contentándose con andar mal vestido y peor alimentado.

Su talento natural y los conocimientos adquiridos, no le sirven sino para entregarse con más libertinaje á los abusos y picardías.

Con todo, dócil y respetuoso, nos acompañó a todos los palenques indígenas, sirviéndome de Cicerón en todo lo que digno creía de explicación.

De ver era el empeño con que limpiaban el camino algunos indios que en él encontrábamos, arrojando el machete para ir á ver el ilustrísimo viajero y saludarlo á su modo, entre carcajadas de alegría y de contento.

Aquello seres desgraciados aman y quieren verdaderamente á nuestro Diocesano. Y con razón; porque él ha sido el primer en llevarles los consuelos, principios de la civilización que proporciona el cristianismo.

Durante muchos años, se ignoró que en el centro de aquellas montañas habitase un pueblo numeroso entregado al salvajismo, hasta que en 1750 el Padre Zepeda, después de recorrer los ranchos y chácaras de indios idólatras colocados en los llanuras, trajo la noticia de la existencia de los guatuses.

El origen de esta tribu en aquella región se atribuye á los
indios de Aranjuez y Garrotito, que huyeron ante la invasión de los piratas y las crueldades que cometían en Esparta, allá por los años 1685 y 87.

Esta razón no carece de fuerza desde luego que en aquella época de atraso todavía no había otra clase de defensa sino la fuga contra invasores dominados por la ambición e inhumanidad.

Hay, sin embargo, quien asegure que desde antes los guatosos ya habitaban sobre las márgenes del río Frío, aumentándose con los indios Votos, que según el Capitán Jerónimo Retes, en 1640 existían en las orillas del San Carlos.

Sabiendo en 1666 el Gobernador Juan López de la Flor que estos se unirían a los piratas para intentar una invasión por el Sarapiquí, los obligó a poblarse en otra parte, prefiriendo muchos de ellos internarse más bien en las montañas hasta unirse a los guatosos, antes de obedecer las órdenes del Gobernador.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que desde que se supo su existencia, se intentó su civilización por parte del clero, aunque sus trabajos y fatigas no hayan obtenido el objeto apetecido.

En 1756 el Padre Guardián del Convento de la ciudad de Esparta, acompañado de algunos vecinos, durante muchos días trabajó en las montañas por descubrirlos sin ser posible, errando perdido por aquellas cernadas, expuesto a las continuas lluvias, al hambre y a las mordeduras de las serpientes que allí abundan.

En 1761 Fray Pedro de Zamacois, presidente de las conquistas de Talamanca, en compañía de Fray Tomás López, y el Cura de Esparta, Presbítero Francisco Alvarado, con algunos vecinos de allí mismo y seis indios del pueblo de Garavito, recorrieron las montañas durante once días sin ningún resultado, siendoles imposible encontrar los palenques.

Entre más dificultades encontraban, más se convovían aquellos celosos sacerdotes por la desgracia de los indios infelices. Fray Tomás López se propuso buscarlos por todos lados, y así lo hizo en las cordilleras de Tilarán, subiendo por el volcán de Orosí y la Tortuga, en donde supo por los indios existentes allí, que los guatosos habitaban en las márgenes del río Frío, en número de cinco pueblos muy guerreros y temibles.

Entonces cambió de rumbo, y el 4 de mayo de 1778, en compañía de cuatro marineros, y de los señores Manuel Espinosa, Francisco Berrios y José A. Cheves, subió en una canoa las aguas del río Frío hasta encontrar las primeras baldas de
los indios. Ante su vista se horrorizaron tanto sus compañeros, que precipitadamente se devolvieron sin escuchar las súplicas del religioso misionero, que pedía lo dejasen en una de las riberas para entrar solo a la ranchería indígena.

De todo esto tuvo noticia el señor Obispo de Nicaragua y Costa Rica, don Lorenzo Tristán, quien en su visita a Cartago mandó a los mismos Padres Tomás López y José Francisco de Alvarado intentasen otra nueva entrada.

El 4 de abril de 1782 y en compañía de algunos indios prácticos en aquellas montañas, entraron estos celosos misioneros por entre los volcanes de Tenorio y Cucuclapa, subiendo cordilleras, atravesando llanuras, navegando en balsa algunos ríos, durante setenta y cinco días de muchísimos trabajos, sin que les fuera posible dar con los indios.

Inmediatamente dispuso S. S. otra entrada encabezada por el Padre Fray José Cabrera, práctico de veintiséis años de misionero, y don José Saborío de Villa Vieja, quienes subieron por el volcán Poás y tomando al Este anduvieron las montañas durante veinticinco días sin que hubieran sido más felices que las anteriores expediciones.

Igual éxito tuvieron otras que el mismo señor Obispo de Nicaragua intentó por medio de José Mejía, vecino de Villa Vieja, y Paulino Porras, vecino de Poás.

Habiendo venido en 1783 en visita canónica al fuerte de San Carlos, dispuso el mismo señor Obispo Tristán subir en persona las aguas del río Frío, tratando de llevar la civilización a los guatusos desgraciados, sin conseguir otra cosa que la lamentable pérdida de Fray Tomás López.

Había éste avanzado solo en una canoa con unos remeros para inspirar confianza a los indios, mientras que el señor Obispo y demás comitiva esperaban atrás.

De repente y como por encanto aparece en una y otra margen del río, una infinidad de indios que entre gritos y alaridos descargan nubes de flechas sobre la canoa, hiriendo a Manuel Hurtado, intérprete, que lleno de espanto se arroja al agua, mientras que el misionero, tendido en la canoa, les hace señas de paz.

No consiguiendo nada, ordenó a su criado Luis Bonilla que también se arrojase al agua, parándose sólo en el bote y con el Crucifijo en la mano, llamó a los indios, quienes suspendieron sus gritos y ataques; comprendiendo que un hombre solo y desarmado era incapaz de hacer mal alguno, se acercaron a la canoa, llevándose al Padre a uno de los pueblos, sin que después se volviera a saber nada de él, sin duda
porque le mataron ó no le permitieron salir, como es costum-
bre entre ellos.

Después de esperar algunos días, regresó el señor Obis-
po Tristán con el sentimiento profundo de haber perdido á
aquel caritativo sacerdote que más de tres veces expuso su
vida por el bien de aquellos infelices.

Desde entonces, vista la ferocidad de estos indios, nadie
más intentó su civilización, ni mucho menos el penetrar en
esas montañas, si se exceptúan los huleros nicaragüenses en
busca del hule.

Los indios, como es natural, defendían el árbol, de cuya
goma hacían su luz y de cuya corteza sus vestidos, sobrevi-
niendo ataques entre indios y huleros, que dieron por lógico
resultado la desorganización de aquellos pueblos, su huída al
interior de las montañas y el abandono completo de sus gra-
des plantaciones de cacao y de plátanos.

En un combate en que los huleros mataron al cacique é
hicieron grande mortandad, quedó decisiva la suerte del po-
bre indio que, atemorizado por el arma de fuego, huía ante su
adversario, persiguiéndole éste con perros, á guisa de caza pa-
ra venderlos en Nicaragua, ejerciendo durante muchos años
tan vergonzoso tráfico, á ciencia y paciencia de nuestros Go-
biernos y los de nuestra vecina república.

Aterrorizado el indio por aquella crueldad, huía ante cual-
quier extranjero que se presentaba en sus palenques, ó le ma-
taba si iba solo, siendo esto un grave impedimento para su
civilización, hasta que el 13 de abril de 1882 nuestro actual
y celoso Pastor, logró después de mil trabajos, infundirles cari-
ño y confianza á sus semejantes, probándoles que no son tan
cruels como ellos se lo imaginaron.

Desde entonces le aman y quieren como á su bienhechor,
viniendo á buscarle á su mismo palacio, dando á los demás
hombres el calificativo de saka, amigo.

Y lejos de huir, salen á nuestra capital y demás pobla-
ciones á pedir camisas, chopos y machetes.

El 29 de febrero á las 10 a. m., llegamos al primer pa-
lenque llamado Toyifo, y situado en la margen izquierda del
río del mismo nombre, que significa caño del sol.

Todos los indios que allí estaban, salieron al encuentro de
S. S., manifestándole el inmenso amor que le profesaban y
ofreciéndonos negros guacales llenos de chicha de plátano,
que aparentábamos beber por el modo como lo hacía, teme-
rosos de disgustarlos si no los aceptábamos.

Son muy generosos y ofrecen aquello que más les gusta,
como son las chichas de plátano, yuca y pejiballe, aunque también son molestos y pedigüenos.

No viven sino en grandes y espaciosos ranchos de paja (cúpula loca) separados entre sí por largas distancias, buscando siemnre las orillas de los ríos, y con grandes plantaciones de yuca, plátano y pejiballe al rededor.

Estos ranchos, altos en el centro, con techo de hojas de palma que viene en declive hacia ambos lados, sostenido por gruesos horcones, están abiertos a todo viento por los extremos y los lados.

En ellos habitan los indios sin ninguna división para las familias, que se posesionan de un lugar del rancho y colocan allí su fogón, su tapero y su hamaca, en que consiste su movilario.

En este palenque de Yúfio, que mide unos 14 metros en cuadrado, habitan unos 26 hombres, 12 mujeres y 9 niños; en el suelo no hay menos de 25 sepulturas recientes.

Estos indios, de color cobrizo, de complección débil, de estatura mediana y anchas espaldas, andan desnudos, cubriendo solamente las partes vergonzosas con una tela hecha de la corteza del mastate, prefiriendo ésta a los vestidos que se les dan en el interior.

Machacanla con una piedra hasta dejarla bien tendida, lavanla después y les queda como una especie de manta, de que los hombres aprovechan una tira para pasarla por entre las piernas y atarla al rededor de la cintura, formando así lo que vulgarmente se llama tapa rudo. Las mujeres se cubren con la misma corteza, de la cintura hasta media pantorrilla.

Algunos y muy pocos, hacen uso de la ropa que se les regala, pero son tan desaseados y perezosos que jamás la lavan ni la remiendan, sin duda por no saberlo ni tener jabón ni hilo.

¡Juzguen nuestros lectores cómo se verán aquellas camisas desechadas en jirones y llenas de tierra!

Como se ve, este modo de vestir está muy lejos de conservarles la salud, y mucho menos de preservarlos de pulmonías mortales. Unido esto a la mala alimentación, a la comida de carnes en putrefacción, a los baños de agua fría cada rato y en cualquier estado de salud, forma la verdadera causa de la mortalidad de aquellos indios, que al no ser pronto civilizados desaparecerán dentro de unos pocos años. Ni es necesario ser profeta para anunciarlo, si se atiende a que siendo el plátano y la yuca casi su único alimento, resulta necesariamente su decaimiento físico e impotencia para resistir a las enfermedades o sanar de sus heridas y llagas, allí donde es
absoluta la carencia de asistencia médica y de medidas higiénicas en las costumbres.

Los hombres no usan sombrero ni nada parecido que les resguarde la cabeza de los ardores del sol. Y tanto éstos como las mujeres, tienen el pelo en desorden sin que se preocupen por aprovechar los peines que S. S. les regala para limpiar y asear aquel criadero de piojos y liendres. Las mujeres no usan trenzas sino que traen el cabello redondo como los hombres, siendo muy raro que entre estos se encuentre alguno que no sea lampiño de barba y de poco vello en el cuerpo.

Pero, ya que hemos complacido a nuestros lectores describiendo aunque a la ligera, el modo de vestir de nuestros amados guatusos, permitánnos ocuparnos de otra cosa no menos importante para nosotros, quiero decir, para nuestro pobre estómago que ya se contrae hasta la espina dorsal, produciendo repetidos y prolongados bostezos.

Abrense los sacos, a cuyo lado se pone un centinela para velar contra la confianza de los indígenas, que en un abrir y cerrar de ojos nos habieran reducido á la dura esclavitud de la chicha y del plátano; sobre las llamas yace la negra olla con sus endurgcidos negritos; una media hora después estaba lista nuestra fugal comida, compuesta de los tradicionales frijoles y arroz acompañados de una galleta de soda.

Nuestros cholitos nos rodean, admirados de ver la preparación de nuestros alimentos y mucho más al saborear lo que nunca se imaginaron, y sin pensar que con el mal olor que de sí despiden junto con el de las sepulturas, molestaban nuestro olfato, nos dirigían su gerigonzía para mi ininteligible.

En esto estábamos, cuando una figura rara y por demás ridícula cautivó nuestras miradas, no sin causarnos un rato de distracción.

Un cholo de bigote despoblado, sin camisa y con una leva deshecha, con soló tapa rabo, un tisio sobre la cabeza y un bordón en la mano, se presentó ante nuestra presencia con el rostro, piernas, brazos, vientre y pecho pintados de rojo, haciendo piruetas de cortesía, diciéndonos que se iba á beber chicha al otro palenque.

Debo confesar que aquella leva no me era desconocida, olvidando por el momento el desconcierto debido de aquella joya preciosa. Por mí mente cruzaron los nombres de algunos abogados, magistrados, comerciantes, periodistas, diputados y escritores, que gastan semejante lujo, descifrando al fin su antiguo poseedor.

¡Oh triste y desgraciada leva, que cambio tan brusco has
sufrido en tu arrastra da carrera: A los blandos resortes palaciegos ha sucedido el duro suelo, y la hedionda putrefacción al aire perfumado de los salones alfombrados. Así pasan las glorias de las levas, que se ventilaban antes en las calles y plazas de nuestra capital, dejando ahora la vida a jirones en la punta de las espinas de estas espesas montañas.

El corazón más empedernido no puede menos que sentirse profundamente conmovido ante la indignencia en que vi ven aquellos infelices indios que, apuñados al rededor del señor Obispo, esperaban ansiosos sus regalos respectivos.

A las 12 de aquel día salimos para el próximo palenque de Margarita, atravesando los platanares y yucales que cultivan con esmero. Una parte de montaña entre las respectivas plantaciones sirve como de línea divisoria de los habitantes de cada palenque, que por turnos se convían a limpiar los chahines, sin más salario que el servicio mutuo en sus respectivos trabajos.

Entre ellos no se conoce ninguna clase de moneda ni cosa parecida para su comercio, que tampoco lo tienen, conteniéndose con los plátanos y la yuca, que nada les cuesta sino el cortarlo.

Por insinuación del Ilustrísimo señor Obispo empiezan ya a trazar a nuestro interior pocas cantidades de cacao, que el mayoromo de S. S. vende en el mercado, empleando su precio en machetes, fusiles y demás cosas.

Debemos manifestar la grande admiración que experimentamos al no encontrar en los palenques sino pocos machetes y pocas armas de fuego, debido al continuo robo de los huleros nicaragüenses que les quitan hasta los plátanos.

Meditando ibamos en la gran riqueza de aquel terreno y en el bien que haría a la nación el Gobierno que protegiera su colonización, cuando en una de las vueltas del camino dimos de narices con el cholo de la leva y del tirolo que poco antes se despidió de nosotros. Con una gran carga sobre los hombros apenas podía andar. Al vernos arrojó tolo y se metió entre nosotros diciendo: ¡chicete! ¡chicete! (hulero, hulero) señalando a un hulero que encontró llegando al palenque de Margarita y que le quería obligar a llevarle la carga hasta la Laguna. Pobre indio, tan contento que se había despedido a divertirse sin imaginar el susto que le esperaba!

Falta hacia ahí un resguardo, que al par que evitara el comercio y aniquilamiento del árbol de hule, favoreciese a los indios contra las injusticias y atropellos de esa gente sin piedad e inhumana, que vive del pillaje y del robo.
Obligan á los pobres guatusos á llevarles sus contrabandos de hule, les roban todo, hasta la ropa que éstos pueden conseguir, y llegan hasta cometer la felonía de violar a mujeres. Los indios son tan cobardes y miedosos que no intentan la defensa, no digamos de sus alimentos, pero ni siquiera la de sus consortes, huyendo éstas á los montes en donde á veces son también perseguidas.

Desde que los huleros, en número crecido les atacaron, matando su cacique, han quedado muy aterrorizados y por completo desorganizados.

Ningún jefe mira entre ellos por el bien público, ninguna ley reprime las pasiones, ni mucho menos hay una autoridad que vigile, ni ninguna forma de gobierno cuida del interés general.

Ahí todos los bienes son comunes, ni hay otra ley que la del más fuerte, ni más vara judicial que la del garrote, que todo lo compone rompiendo cabezas, sobre todo cuando el efecto de la chica está en su punto.

De esta desunión y cobardía se aprovechan los huleros para hostilizarlos y robarlos, violando la ley más sagrada de la libertad humana.

Hace ya algunos años, que el malogrado don León Fernández, caballero á quien la historia patria le es muy deudora, levantó su enérgica voz contra el vergonzoso comercio de esclavos; pues estos indios se vendían en Nicaragua por el valor de treinta á cincuenta pesos, contándose entonces unos trescientos indios vendidos en diversas poblaciones de Nicaragua.

¿Y qué han hecho, mientras tanto, nuestros Congresos y Gobiernos que pruebe en ellos esos sentimientos humanitarios, de amor patrio y compasión por el desgraciado? Nada que no sea su interés particular, con perjuicio de la nación y vendiendo de la bandera.

Veamos lo que el Licenciado don León Fernández respecto á esto dice en una nota del tomo III, página 307 de los Documentos inéditos de la historia de Costa Rica: "... se dedicaron (los huleros) á otro negocio más infame, pero no menos lucrativo, la caza y captura de mujeres y niños de los indios guatusos, para venderlos en las poblaciones de Nicaragua, con asesinato de los padres, maridos ó parientes, que se atrevían a defender á sus hijos, mujeres, hermanos ó parientes, y con robo y saqueo de sus habitaciones. Este tráfico existió durante algunos años á vista y paciencia de los Gobiernos de Costa Rica y Nicaragua y en pleno siglo XIX......

"Hoy día existen cerca de trescientos de estos indios vendidos en diversas poblaciones de Nicaragua; y aunque el año
pasado se presentó una reclamación al Gobierno de Costa Rica, acerca de esto, el Secretario de Relaciones Exteriores, Doctor don José María Castro, por razones que él y algunas personas de Nicaragua no ignoran, hizo poco caso de la reclamación; y el tráfico de esclavos habría continuado, á no ser por los esfuerzos y actividad de nuestro tan filantrópico como ilustrado actual Obispo de esta Diócesis, don Bernardo Augusto Thiel.

Plácenos sobremanera ver reconocidos por un hombre de Estado, los méritos y trabajos de nuestro celoso Pastor, que no ha descansado hasta hoy por el bien de aquellos infelices, logrando al fin del Gobierno actual un resguardo que los ponga al abrigo de los continuos saqueos y crueldades de los contrabandistas huleros.

A las 3½ p. m. llegamos al palenque Margarita, en donde los indios estaban de fiesta, reunidos alrededor de grandes ollas de chicha, que beben al mismo tiempo que bailan y cantan. Estas bebidas las tienen por turno en cada palenque, á donde acudían sucesivamente todos los indios.

A nuestra llegada, salieron á encontrar á S. S. todos ellos, con gran algazara de ¡saca! ¡saca! y manifestaciones de alegría y contento.

Ese es el palenque más grande y más concurrido de todos, considerándose como el punto principal de sus fiestas y reuniones. A unos cuarenta metros de distancia, del lado Norte, hicimos nuestro rancho para dormir y comer, pues sabido es de todos, que entre los guatusos no se puede vivir, debido al mal olor que se levanta de las sepulturas, que tienen en el mismo rancho y á poca profundidad.

En el palenque Margarita, que cuenta con 35 metros de largo por 16 de ancho, hay 24 hombres, 13 mujeres y 17 niños de ambos sexos. Las sepulturas recientes, que eran 60, nos confirmaron, que tanto en éste, como en el de Tojifo, la muerte hace grandes estragos. Creemos que en gran parte contribuye á la mortandad, el mal olor que se levanta al rededor de la casa, debido á que ahí arrojan los sobrantes de animales podridos, cáscaras de plátano y de yuca, que pronto se descomponen.

Después que tomamos nuestra pobre y frugal comida, nos fuimos á sentar á la orilla del río, que corre como á quince varas, donde no pudimos menos que admirarnos al ver llegar los indios á sentarse en el agua. Pregunté á mi intérprete, Domingo, que significaba aquello, y me contestó, que los indios hacen sus necesidades mayores en el agua y nunca en
tierra; que por esto y por bañarse, buscan siempre ríos para hacer sus ranchos.

A las 4 a. m., hora en que se levantan, se bañan; y lo siguen haciendo cada rato, durante todo el día, aunque estén calurosos, asoleados ó enfermos con pulmonía.

También las mujeres hacen uso del agua, en los momentos después del parto. Cuando se sienten con los dolores y síntomas, corren á la orilla del río, en donde, acompañadas de una que llamaremos comadrena, apenas dan á luz, se echan al agua y se lavan bien, creyendo purificarse con esto. Después bañan el recién nacido, sin que le pongan ningún nombre, sino hasta la edad de doce á catorce años.

No me fue posible averiguar, si escogen para ellos, los nombres de animales, plantas ó de aves, conociendo únicamente aquellos que se les han impuesto después, como Padre Chico, Domingo Oroz o, Juana, Francisco, etc.

Para llamarse mutuamente y en sus conversaciones, usan de la palabra aíre, que significa amigo, sía que empleen una palabra determinada para cada individuo. Los niños son generalmente obedientes y sumisos, acompañan á sus padres en los plataneros y en el monte. Las niñas se ocupan en traer el agua del río, en pequeños calabazos, permaneciendo después á la orilla del fogón para añadirlo y ayudar á la madre á preparar la chicha y asar los plátanos.

Demos una vuelta por el interior del palenque. En el centro de éste se ven las sepulturas rodeadas de una especie de baranda compuesta de baras redondas y delgadas, amarradas con bejucos, sin duda para impedir el paso sobre ellas, lo que juzgan como un gran crimen. En los lados están los fogones, sobre los cuales se levantan pequeños tapescos, en donde al humo colocan sus plátanos, pejiballes, pescados y yucas. Al lado del fogón cuelgan las hamacas de dos palos gruesos, que clavan expresamente para esto. Grandes ollas para fermentar la chicha, pequeñas piedras de dar segunda moldía á la yuca, y guacales, he aquí el gran mobiliario de estos desgraciados que comen y se sientan en el duro suelo, á excepción del hombre que duerme en la hamaca con los chicos, sí los hay, y la indígena en la tierra, sin más almohada que un pedazo de pato, y sin más cobija que un pedazo de mantas. Las hamacas las hacen muy buenas, de la corteza del mismo mastate y del tamaño de una persona. De noche las extienden para dormir, y de día las sueltan y levantan de una punta para que no les estorbe. Tanto sus hamacas como las redes que emplean para acarrear los plátanos, el cacao, etc., son muy finas y bien trabajadas y sin ninguna clase de pintura. Su alfare-
ría consiste en la fabricación de grandes y hermosas ollas para fermentar la chicha, y pequeñas de calentar el agua para hacer el chocolate. Las hacen las mujeres de un barro especial puliéndolo con la mano. Las ponen a secar a los rayos del sol y después las queman al aire libre en un fogón de leña amontonada sobre ellas. Las pulen de nuevo con la semilla del ojo de buey, dejándolas muy lustrosas y de color barniz.

Esas vajillas finas y pintadas con figuras caprichosas, que se encuentran en los entierros de otros indios, no se conocen entre ellos, ni mucho menos las otras preciosidades antiguas.

Su cristalería consiste únicamente de unos negros y ordinarios guaqueles que llaman pupa, fruta grande de un árbol del mismo nombre, que rajada por la mitad y sancochada en el agua caliente, horneando antes la semilla, les sirve para tomar sus bebidas. Cuando carecen de esos guaqueles, se valen de hojas grandes o de las palmas de las manos. Siempre llevan su carga de bastimentos en grandes redes, suspendidas en la cabeza por una faja de mastate ó cáscara de la mata de plátano y andando con un bordón en la mano.

Viajan muy poco, y cuando salen van siempre acompañados, medida muy prudente en lugares expuestos a las mordeduras de las culebras. Una vez al año y en gran número bajan en balsas las aguas del río Frío en busca de la tortuga, que consideran como un alimento exquisito.

Por comerse una iguana (toro isa) ó un mono (tiá) asados con todo y tripas sobre las brasas, son capaces de dar hasta un ojo de la cara.

Ya que en este palenque están de fiesta, bueno es que nos detengamos a contemplarlos.

Aquello es un infierno de conversaciones, carcajadas, gritos y cantos. La chicha sale de las ollas en grandes guaqueles, que los indios beben pasándola de mano en mano, mientras que las pobres indias en cucilllas preparan una nueva cantidad.

Los hombres se pintan la cara, brazos, piernas, pecho y vientre con una tinta colorada que extraen de la corteza de un árbol que llaman catarín, mascándola con los dientes y depositándola con mucho cuidado en un pedazo de caña brava. Usan también del achiote. Como se ve, la moda por los colores y lo ficticio no es solamente de nuestra culta sociedad, sino también del salvajismo, con la diferencia de que éste lo hace por ignorancia y aquél por malicia.

Embarunanse también todo el cuerpo con la grasa del cacao para prevenirse algún tanto contra los abrazadores ra-
y os solares y para defenderse de los zancudos y de los mosquitos que sin tregua le persiguen, sin fijarse que aquella grasa paraliza casi por completo la respiración cutánea. El humo de la leña les defiende también de los piquetes de los insectos. Por esto es que al acercarse la noche lo primero que hacen es alistar su fuego, que tienen buen cuidado de atizar durante la noche, sin cuidarse de iluminar el palenque con ninguna otra clase de luz.

El baile y canto consiste en esto: En un punto determinado se para el indio con un guacal de chicha en la mano, y levantándolo hasta el pecho, marcha en línea recta hacia adelante unos seis o siete pasos; se detiene un momento, respira, y cantando siempre se vuelve de reculada al punto de donde salió. Toma su chicha y entrega el guacal á otro danzante y cantor. A veces lo hacen en compañía de tres ó cuatro. El canto es seguido y abundoso, durando ese fastidio todo el día, en medio de sus borracheras. Aquellas melodías consisten en gritos fuertes que se van debilitando y prolongando hasta imitar el canto del gallo de Pasión. No tienen ahora ningún acompañamiento de instrumento, ha desaparecido entre ellos el uso del tambor que llaman tali. Lo hacen éste de la piel de la barriga de la iguana bien tendida sobre el hueco de una calabaza grande ó sobre un aró de madera, aumentando el ruido con la concha del armado que rascaban con hueso ó pedazo de madera de pejiballe.

Deseoso de saber lo que en sus cantos decían, llamé á nuestro intérprete Domingo, quien solo después de muchos ruegos y ofertas me dijo que trataban de amor, y que cada uno recuerda sus primeras pasiones y la belleza de sus mujeres, como también sus buenas cualidades, y las cosas bonitas que en nuestra capital ocurren y ven cuando á ella vienen. Estos cantos, gritos y bailes duran hasta las 8 p. m., hora en que todos se acuestan guardando en toda la noche un profundo silencio, interrumpido únicamente por los lamentos de los enfermos y la tos de los tísicos.

A las 4 a. m. acostados aún, empiezan de nuevo á cantar y gritar. Se levantan, se van á bañar y vuelven á tomar su chocolate (caju), sentados en familia al rededor del fogón, pasado el guacal de mano en mano y acompañando la bebida con su cantijo eterno en que cada uno promulga su valor y sus proezas. Cada cual mueve el líquido con la mano y lo pasa á vecino.

He aquí cómo preparan el chocolate. La indita sentada en el suelo, pone á asar los granos en el fuego, hecho lo cual con todo y cáscara, lo mazca con los dientes durante algún
tiempo, hasta dejarlo como un panecillo grande impregnado
de saliva, tan fino y tan lustroso que molido en la mejor pie-
дра no quedaría mejor. De la boca lo echan al guacal de
agua tibia, en donde lo mueven con la mano. Mientras lo
mueven, aprovechan la manteca para untarse en los senos,
en el pecho y en los brazos, bebiéndose después aquello
sin el menor asco y sin dudar, porque no lo conocen, como
tampoco el uso de la sal en sus alimentos.

A pesar de que estiman y les gusta mucho el cacao, no
reclaman haber visto un solo árbol plantado por ellos, atenién-
dose á las plantaciones de sus antepasados, á donde viajan
para proveerse del grano.

A las 8 a. m. almuerzan para irse los hombres á limpiar
sus chagüites, lo único en que trabajan, ó para ir á cazar, ó para
acostarse todo el día en sus hamacas, permaneciendo las in-
dias en los palenques haciendo la chicha. Comen toda clase
de animales, menos el venado, cuya vida respetan porque
creen reencarnados en ellos las almas de los difuntos.

A las 2 p. m. vuelven á comer. Su alimentación ordina-
ria consiste en las chichas de plátano maduro, de pejiballe y
de yuca, de cuya preparación trataremos más tarde. El plá-
tano maduro ó asado desecho en agua constituye su bocado
favorito durante todo el día.

La carne de monte y el pescado lo comen cuando buena-
mente los pueden conseguir.

Son muy perezosos para trabajar, y aunque cómoda y fá-
cilmente podrían cultivar el arroz y los frijoles, se contentan
con los alimentos ya dichos.

No tienen ninguna clase de ave doméstica, ni mucho me-
nos las gallinas, que ya podían haber introducido de nuestros
pueblos.

El cariblanco (rejute) lo comen asado, una vez que el ani-
mal con cuero y tripas ha empezado á corromperse. No sa-
lan ninguna clase de carne; ésta se descompone al siguiente
da, sin que este detalle les impida el comerla. Lo más que
hacen es ponerla al humo sobre sus tazones, siendo esto ins-
suficiente para preservarla de la putrefacción y del mal olor
que de lejos se siente.

Los indios, en los palenques llevan una vida holgazana,
mientras que las pobre indias no descansan. Ellas cuidan de
la cocina, traen la leña y los plátanos para sus alimentos; ha-
cen la chicha, y durante el día llevan sobre sus espaldas las
grandes redes con carga, y más arriba sus niñitos; mientras
que el indio camina adelante sin nada que le moleste.

Cuando están en el rancho las madres traen á sus hijos
desnuditos sobre sus espaldas ó en los cuadríles. Aquellos pequeños micos se pegan tan bien de las manos y de los pies metiéndolos en la pampanilla, que es muy difícil arrancarlos. ¡Buenas noches, señores! fué el saludo y despedida con que cada uno se acostó á dormir.

¡Qué noche, Dios mío! Nuestra cama, que era la dura tierra, estaba dispuesta. Los pies más altos que la cabeza, las hormigas pululaban en nuestro colchón de hojas verdes; los troncos mortíferos de nuestras costillas, y los zancudos con su espeluznante '¡i i i! ¡i i! nos arremetían con todo furor.

Marcha 1º—La orden de marcha se ha dado y cada uno lista tenía su maleta.

Los indios nos rodean y piden más regalos. Contentos con sus pañuelos, anzuelos, espejos, peines, gargantillas y demás cosas, piden repetición. Los hombres tratan de peinar sus melenas desgrenadas; las mujeres se ponen sus pañuelos colorados en el cuello y sus cintas del mismo color sobre la cabeza, si así llamarse puede aquel laberinto de cabellos.

Todos contentos y agradecidos rodean y hablan en su gerogonza al Ilustrísimo señor Obispo, á quien también dan el nombre de zaca cóboco, amigo que tiene collar (cadena de la cruz pectoral).

Antes de irnos recorrimos el palenque con S. S., dando consuelo y medicinas á los enfermos, entre ellos á un picado de culebra que poco á poco se le iba secando el cuerpo.

Estos indios son tan desgraciados que ni siquiera acuden en sus enfermedades al uso de ciertas yerbas medicinales que abundan en aquellos lugares.

Puede decirse que no tienen ningún remedio, á excepción de los baños de agua fría, que mal aplicada más bien les perjudica, y de las hojas de ortiga con que se flagelan el cuerpo cuando están cansados ó se sienten resfriados. No sé si habrá algo de cierto, pero ellos aseguran que cuando comienzan en ayunas la manteca del cacao, no tiene ningún efecto en su cuerpo la mordedura de la serpiente por venenosa que ésta sea.

Sus enfermedades principales son: la tisis, las úlceras, las calenturas y la anemia, debida esta última á la carencia de alimentos nutritivos.

A las 7½ a. m. salimos para el palenque José Joaquín, que dista muy poco y al N. W. del de Margarita, colocando sobre las márgenes del mismo río Tijfía.

Son tres ranchos en muy mal estado y que amenazan ruina los que sirven de albergue á aquellos infelices. El prime-
Bien pronto oyese el zumbido; el indio mueve la cabeza de un lado a otro como el que escucha alguna cosa importante y de vez en cuando pronuncia la palabra sabardí, y otras enrocaturas é ininteligibles.

Por último el sabardí dejó de gritar, guardólo el indio, y por medio del intérprete nos endilga la siguiente relación: “Dijo (quién?) que el señor Obispo nos quiere mucho; que es muy bueno y generoso haciéndonos en su casa muy buenos regalos; que aquí nos da cosa poca por lo largo del camino y la incomodidad y trabajo para traerlos.”

Esta revelación fué recibida con una carcajada estrepitosa y universal de todos los indios que alegres rodearon á S. S. pidiendo sus regalos.

Propiamente hablando, los guatusos no tienen ninguna creencia religiosa, sino ideas vagas y extravagantes.

Reconocen como Dios al Sol (tojí), autor de todo el bien que reciben. En una montaña y en un lugar separado le tienen un ídolo de piedra sobre el cual vienen todos, una vez al año, á ofrecer un sacrificio, ó mejor dicho, una ofrenda de chocolate, en testimonio de gratitud y de agradecimiento.

Creen que el alma (latec coca) una vez separada del cuerpo, ó divaga por los espacios, alimentándose con frutas silvestres y chocolate, que ellos le ponen sobre las sepulturas, ó se reencarna en los venados, cuya carne no comen porque creen comersel á su abuela, parientes ó amigos difuntos; ó se van á las montañas espesas y oscuras, donde á menudo las visitan. Reconocen la existencia de un espíritu malo y nocivo, causa de todas sus desgracias, á quien temen, y danle el nombre de oronca ó macharo (diablo), con autoridad y poder para hacerles mal, pero siempre con dependencia y permiso de su dios. No sé si le rinden algún culto especial, aunque es probable que lo hagan, para tenerlo siempre propicio y contento, juzgándolo como causa de sus desgracias y enfermedades.

Si usan de encantamientos y prácticas supersticiosas, no me fué posible averiguarlo. Lo cierto es que estos indios llevan una vida enteramente brutal y sensual, sin que se preocupen nada por lo espiritual, poniendo toda su dicha y su gloria en la chicha (machaña).

Como á dos millas y media y al Oeste del palenque Sabardí se encuentra el palenque Culolo, sobre la orilla del mismo río Tojísí ó Caño del Sol, con 27 varas de largo por 18 de ancho.

Siendo los indios perezosos, abandonados y sucios, nos admiramos sobre manera de encontrar barrido y aseado el pa-
lenque, siendo éste la excepción del dicho verídico que dice: “el indio no sacude donde se acuesta.”

A nuestra llegada pocos eran los indios que estaban en el rancho, quienes nos recibieron con muestras del mayor regocijo y placer. Inmediatamente uno de ellos tomó una concha que sonó con mucha fuerza, llamando sin duda a sus compañeros, que no tardaron en llegar. Son 9 hombres, 8 mujeres y 4 niños los que forman la comunidad, sin contar las 13 sepulturas de los que están bajo tierra.

Una india se ocupaba en hacer cordeles para una red con mucha delicadeza y prontitud. Las redes son de dos clases: grandes y ordinarias para llevar sus cargas de plátanos sobre los hombros, y pequeñas y finas para pescar.

Son muy amantes de la pesca y tienen cuatro métodos para proporcionarse tan exquisito bocado.

El primero consiste en el ataque personal que el indio hace al pez en su propia morada, que tienen en los huecos de los paredones del río. Consúmese el indio en el agua; mete la mano en la cueva, coge lo que toca y sale con su presa, no siendo raro que saque una culebra en lugar del apetecido pez.

El segundo consiste en flechar el pez desde la orilla del río, arrojándose al agua á sacarlo junto con la flecha. Son éstas muy largas y livianas, hechos del tallo de la flor de la caña silvestre, con la punta del corazón de pejiballe. No les ponen pluma ni ninguna clase de veneno en la punta. Los arcos los usan de pejiballe con una cuerda bien tirante, siendo muy diestros en esta clase de puntería.

Las que usan para cazar cuadrúpedos son más pequeñas y tan fuertes que pueden traspasar un animal de una parte á otra, sin que se rompan.

Nos cuentan que una vez encontraron un huérfano clavado y muerto con una de estas flechas, en el árbol del que sacaba la goma. Algún indio, sin duda, lo sorprendió coronando lo que ellos tanto utilizan, y se vengó con su flecha mortífera.

El tercer método consiste en el uso de la red, en cuyo fondo ponen un pedazo de plátano madero, sacándola bruscamente una vez que haya adentro un número suficiente de peces.

El cuarto consiste en el uso del anzuelo, cuya utilidad no conocieron sino hasta que nuestro originario Pastor empezó á civilizarles.

Antes de conocer el anzuelo amarraban en el extremo de una cuerda una varita pequeña y delgada; sobre ésta colocaban un pedazo de madero que envolvían en cuerdas muy finas de mastate. Arrojabanlo al río, el pez mordía, y sin darle
tiempo de soltarse, tiraban con fuerza de la cuerda botándolo en tierra con sólo el impulso.

La pólvora reemplazó a los *hojos de casa* que hacían en el suelo y tapaban con hojas con tanto cuidado que era difícil distinguirlos y fácil caer en ellos. Durante el camino del río *Cucharacha* al palenque *Tojí* encontramos ocho abandonados y colocados en la orilla del trillo ó bajo los árboles *ojoché*, cuya fruta buscaban los cariblanco y otros animales montaraces. A veces colocaban dos á la par y casi unidos, midiendo por lo general cuatro varas de profundidad, de donde no podia salir el animal que en ellos caía.

En el fondo clavan unas estacas para asegurar más al animal, que herido tenía menos fuerzas para saltar. De esta manera lograban cojer al tigre y al león.

A pesar de que tienen cuchillos y conocen el empleo y grande utilidad, las mujeres los desprecian en el uso de la cocina. Con los dientes pelan los plátanos que han de comer y la yuca que en chicha han de beber.

El palenque *Napoleón* es un rancho de 35 metros de largo por 16 de ancho, en tan mal estado, que los indios han puesto puntales al caballet para que no se caiga. Lo habitan 8 hombres, 5 mujeres y 3 niños; y en medio se ven 36 sepulturas.

Aquí usan los indios, como adorno en el cuello, unas gargantillas de colmillos de animales caninos y uñas de tigres, pisotes y aridillas, que les dan un aspecto más salvaje. No tienen nada de oro, y todo su lujo consiste en los mencionados collares y las plumas de aves que se ponen sobre la cabeza, prefiriendo siempre las coloradas del guacamayo.

Este palenque está sobre la margen del mismo río *Tojí*, cuyas aguas, dicho sea de paso, tenemos asco de beber, pues pasando por todos los palenques mencionados, en donde los indios bucan su corriente para sus necesidades mayores, claro está que aquélla no es muy potable.

Bastante sed tuvimos que soportar, sin poder tampoco refrescarnos con la *chicha* que cada rato nos ofrecían, debido al modo asqueroso como la preparan.

Hacen ésta de maíz (*ai qui lico*), de plátano maduro (*anti ororo lica*), de yuca (*ya qui lica*) y de pejiballe (*zuma lica*).

La chicha de maíz y de pejiballe no la gustan sino en tiempo de la cosecha, mientras que la de yuca y plátano forma su bebida acostumbrada en todos los días del año.

Asan el plátano en grandes cantidades y lo ponen en los tapescos que tienen sobre los fogones, en donde á los pocos
días se convierten en albergue de millares de cucarachas. Listas las ollas de fermentar y con el agua suficiente, echan en ellas los plátanos, inclusive los asquerosos y repugnantes animales, que forman la parte principal y sustanciosa de aquella bebida que en manera alguna pude probar. Déjala fermentar durante cuatro ó cinco días, teniendo cuidado de moverla con un palo. Cuando está en su punto, convidan a los indios de todos los palenques, que vienen á beber, cantar y bailar durante todo el día, entregándose á los borracheras y hasta á las riñas y los pleitos, en que funciona el garrote (cara una rir coroje) como único agente de policía.

No es raro ver entre ellos las cabezas rotas, las caras remendadas y los brazos cicatrizados. Y qué quiere U? Nuestros Gobiernos liberales les han dejado en libertad de que se maten mutuamente, ó que los huleños nicaragüenses los traten con tiranía, sin que su desgracia les moviera á ponerles una autoridad que respetar.

Nos cuentan que un día uno de éstos obligaba á un indio á que le llevara su carga. El indio salió huyendo, pero la bala disparada del fusil le alcanzó dejándole tendido sin vida. ¿Y á quien acudían entonces aquellos infelices, pidiendo justicia y amparo? Sin valor para defenderse, prefirieron entregarse á los caprichos de sus tiranos, como viles esclavos.

Pero...... ya esto está remediado; sigamos con la chicha de yuca; éstas se dan ahí muy grandes y hermosas. Pétanlas con los dientes las indias, sentadas de cucilllas, y las echan á cocinar en las ollas. Cuando están sancochadas las sacan por partes, y arrojadas en el suelo empiezan aquella asquerosa operación que consiste en llevarse á la boca mascándola á dos carrillos durante algún tiempo, y aquella masa impregnada de saliva pónela sobre una hoja de plátano para darle una segunda pasada en una piedra de moler, pequeña y ordinaria, echándola, por último, en la olla grande de fermentar.

Debo decir que aquella preparación producía en mis tripas una revolución tal, que indómitas y rebeldes asaltaban mi pobre y angustiado tragadero.

En las reuniones de fiestas y bailes que tienen en los palenques, es donde los hombres buscan y cortejan sus novias. Una vez que éstas han dado el sí, se presentan á sus padres pidiendo su consentimiento para unir su suerte á la de su hija. Por lo general, los padres no niegan su voluntad, siendo ésta el único obstáculo para presentarse el indio ante su novia con una red llena de cacao ó de plátanos. Ella la recibe como arras en señal de matrimonio, y los dos dichosos palomitos siguen viviendo juntos, sin ninguna otra fórmula, ni ceremonia
algunas. Antes de los veinte años de edad no pueden con-
trar matrimonio, y una vez celebrado éste, el marido se pasa
a vivir al palenque de sus suegros, si vivía en otro.

La pluralidad de mujeres no es costumbre entre ellos, al
menos que yo supiera, teniendo cada hombre casado sólo una
esposa, que le acompaña en sus viajes y le prepara su comida.
La mujer mira con muy poco escrúpulo la fidelidad á su ma-
rido, y éste se venga con repudiarla ó garrotearla cuando ave-
rigua sus correrías. No sé cómo es que cuentan los grados de
parentesco, ni si los observan en sus matrimonios, y si pueden
contrar éste en cualquier época del año. Éste lo dividen en
meses ó lunas (sife) que es lo mismo para ellos, sin que em-
pleen una palabra que distinga unos de otros, ni fechas, ni se-
manas. El día es simplemente día (tópico) sin tener lunes, ni
martes, ni cosa que los signifique, y la noche es noche.

El año lo cuentan de una estación seca á la otra, llamán-
do al verano zijí rico, y al invierno ó sea tiempo lluvioso tu-
ja lica.

No tienen numeración sino hasta 20, y cuando se les ofre-
ce contar hasta 20, por ejemplo, unen y señalan todos los de-
dos de las manos y de los pies, denotando con esto que los
diez dedos de las manos y los diez de los pies forman veinte.

La industria, que atestigua la inteligencia del hombre y
por la cual se levanta y domina al mundo, se reduce entre
ellos á la fabricación de arcos y flechas, de redes y hamacas;
á la pesca, al cultivo de la yuca, del plátano, y del tabaco en
mu2 pequeña cantidad, aunque más les gusta fumar nuestros
cigarros y cigarrillos que nos pedían á cada momento.

Sus alimentos son los plátanos asados sobre las brasas, ó
dechos en agua, y la yuca, que podríamos llamar alimentos
diarios.

Después vienen las chichas y carnes ya mencionadas.

Debemos decir que estos indios son muy perezosos, des-
cuidando por completo el cultivo de granos nutritivos que han
visto en nuestros pueblos civilizados. Casi todo el día lo pa-
san sin trabajar, bebiendo sus asquerosas chichas en los pa-
lenques, ó si salen al campo, trabajan dos horas y descansan
luego otras dos.

No tienen juegos de azar ó de habilidad, y si los tienen,
no quisieron decírmelos, contentándose para distraerse, con
las danzas y cantos ya descritos.

Repartimos los regalos á los indíos del palenque Napo-
leon y por entre barriales y cienegas emprendimos viaje para
ríó frío con dirección a la finca donde vive el señor Juan Álvarez.

En efecto, a las 12 del día llegamos a su casa, situada sobre la vega izquierda del río, en una posesión lindísima, rodeada de un frondoso cacaotal y pequeño cafetal por un lado, y de repastos exuberantes y montañas espesas de eterno verdor por el otro.

El señor don Juan Álvarez, salía que llegábamos y nos esperaba, prodigándonos toda clase de atenciones durante los dos días que con él permanecimos.

Nueve años hace que este señor vive ahí con toda su familia, compuesta de su esposa, tres hijos varones y cuatro mujeres.

Es un militar retirado del servicio, que cansado de las intrigas políticas y de los sinasores de la milicia se internó en aquel lugar delicioso, aunque separado de los mortales.

Ahi se ha concretado a labrarse un porvenir halagüeño que no tardará mucho en realizar, vista la fertilidad de aquellos terrenos, y la afluencia de nuevos brazos.

Y en ese pequeño condado del señor Álvarez se experimentan los goces que ofrece una naturaleza presentada con las sonrisas de un Edén.

Su morada es una casa aislada, velada al Norte por los troncos de gigantescos árboles que ocultan su acceso a los ojos de los curiosos, y al mediodía circundada por campos en donde abunda el para y el guineo. Forman sus paredes unas varas de árboles sin labrar, tales cuales han sido cortados, amarrados con bejucos; y estas varas igualadas por el filo del cuchillo, están todavía cubiertas de su musgo nativo y de sus pequeñas parásitas que la lluvia reverdece. Dos puertas abiertas; una al levante, y al poniente la otra, dan entrada a los felices moradores de aquellos encantadores lugares. El tejado levantado sobre las paredes que dan paso libre a los primeros y últimos rayos del sol, tienen por tejas las hojas de las palmas por donde se deslizan los temporales y se detienen los huracanes y los vientos.

Los sargentos, pajarillos vestidos de tinto y negro aterciopelado revolotean a su alrededor, mientras que las chorchas desde las encumbradas ramas lanzan a chorros las oleadas de su voz y sus embelesadores cantos mezclados con vivos aírebatos.

La finca formada por el Coronel Álvarez en nueve años, y que cuenta 5000 pies de cacao, 2000 de café y 500 árboles de hule, es una prueba de lo productivo de aquella tierra y las ventajas para el país dedicando estos lugares a la agricultura.
El estado de su robusta familia promulga su salubridad y buen clima.

Pero lo que el clima no hace, lo duplican los huleros maltratando los pobres indios, robándoles sus cosas y violando sus mujeres. En el palenque de San Juan y de La Muerte encontramos dos macheteados por ellos.

Por falta de policía se han quedado impunes dos homicidios; uno en el 91 y otro el 18 de enero del presente año.

Una autoridad permanente y un resguardo son de suma necesidad para hacer guardar el orden y perseguir á los huleros que abundan en aquellas montañas, como también una vía que salga al camino real del Zarcero con sus buenos cables sobre los ríos caudalosos, que son muchos.

Possesionados y acomodados en nuestra nueva morada, temblaba al solo pensamiento de las jornadas que aun nos faltaban por hacer nuestro regreso por San Carlos.

Acaílados los gritos de nuestro estómago con una modesta y sazonada comida que la señora de Álvarez nos preparaba, tendíamos nuestra ropa mojada para que se secara.

En la misma tarde se presentaron dos de los americanos afinados hace poco en la vega del río, pidiendo consejos al señor Álvarez del modo de encontrar á un compañero perdido en aquellas montañas desde el día anterior.

Antes de que nosotros llegaramos al palenque Margarita, en donde tenía su rancho, quiso retirarse al campamento de sus compañeros, pasando antes embarcado en un bote las aguas del río Frío y deteniéndose en casa del señor Álvarez, de donde siguió por tierra por el camino de la suya.

Distráído, sin duda, se extravió, internándose, sin notarlo, en la montaña, donde temíamos hubiese sido devorado por el tigre ó matado por alguna culebra venenosa de las que por ahí abundan.

Inmediatamente el señor Álvarez dió á esos señores un conocedor práctico de la topografía de aquellos lugares, con quien los recorrieron disparando tiros, sin encontrar su compañero.

Al siguiente día varios indios guatúsos se dispersaron en varias direcciones con atronadoras conchás, sin que siquiera se viera la menor esperanza de hallarlo.

De la casa en que estábamos, también se disparaban tiros, y otra cohíba con su sonido que se repitió en todos los ángulos de las montañas, le indicaba durante la noche, el rumbo que debía tomar para orientarse.

¡Nada! ¡No! una sola huella; ni un solo grito de angustia! De vez en cuando nos parecía oír una voz pidiendo socorro.
Escuchábamos con más atención, y un profundo silencio reinaba en todas partes, siendo aquellas voces que nos parecía oír, el efecto de nuestra imaginación exaltada ante la idea de un hombre expuesto a la muerte por el hambre ó por los dientes de las fieras.

Más tarde supimos que el desgraciado se había por fin encontrado, más muerto que vivo, pero sano aunque con pocos deseos de tantejar otro experimento de esta clase.

Marzo 3.—A las 5 p. m. llegó el Padre Salomón Valencia con nueve compañeros más, que á encontrarnos venían desde el Zarcero; habían dejado las bestias en San Carlos y seguido á pie lo restante del camino. Mal endilgados, perdieron la vereda más recta, dando por esto una gran vuelta.

Nos hablaron de suampus muy hondos, de cuestas muy empinadas, de precipicios y de tantos trabajos más, que sentí el corazón arrugado como un acordeón, al sólo recuerdo de la jornada que de las Cañas á río Frío habíamos sufrido.

Ambrosio Barahona, Ramón Salas, Crisógono, Manuel Molina y otros nicaragüenses más tuvieron la dicha de recibir en sus pobres moradas á nuestro Diocesano que con todos se mostraba jovial y placentero, y que tampoco quiso dejar de ver la nueva hacienda de los americanos.

Nuestra visita la hicimos embarcados. El campamento de los colonos del Norte dista de donde don Juan Álvarez siente vueltas aguas arriba, ó una hora á pie.

¡Allons! fué la voz de partida de nuestra ligera embarcación que serena cortaba las cristalinas aguas, mientras que dos remeros la empujaban con sus remos.

No sin pensar y recordar al principio en el baño hidroterápico que en el río Arenal recibimos, entreteníame después en seguir la carrera de los peces que en el fondo del agua se escapaban asustados de nuestra sombra, y en contemplar la hermosura de una y otra ribera del río.

El río Frío puede ser considerado como un camino fluvial abierto por la Providencia para el engrandecimiento y riqueza de aquella región.

¡Qué hermosa y fresca navegación presenta aquella corriente majestuosa y solitaria!

Arboles rectos y gigantescos en cuyas ramas grita la oropéndola ó se mete en su colgante nido, reflejan sus sombras sobre las ondas en donde el viento es fresco y agradable.

Aquellas verdes florestas sólo han sido violadas por el machete de unos pocos civilizados que viven en sus cercanías. Cañas salvajes crecen y se extienden en su orilla, mientras que
grandes zacatales bordan el río cuyas aguas se deslizan tranquilas y serenas como una corriente de aceite entre dos murallas de verdes bosques.

El curso del río Frio es muy sinuoso y cambia de perspectiva a cada vuelta. A veces, playas en donde rumia el ganado, ó árboles cubiertos de yerbas trepadoras. Aquí un tronco que sobresale de las aguas nos obliga á rodearlo y allá un isabel atravesado nos pone en peligro de naufragar.

Al cabo de algún tiempo llegamos á la desembocadura del río Venado en el río Frio, tan grande ahí y tan navegable como éste.

Aunque no vimos ninguno, nos dicen que en ambos ríos abunda el lagarto de cuerpo largo y de patas cortas, como también el tiburón hambriento y atrevido. Aquí un martinetpeña de golpe saca su presa en el pico, y allá en un tronco caído se sumerge un perro que llaman de agua. Entre más avanzábamos, la vegetación se presentaba más vigorosa, y los habitantes de los ranchos que bendecíamos me hacían pensar en la vida fresca, barata, sin enfermedades y sin decepciones que llevan ahí, lejos del bullicio del mundo.

Por fin, en una de las vueltas, se nos presentó el rancho de los americanos, donde desembarcamos.

Mr. William Arthur, escocés, que viene siendo como el jefe de la colonia americana, estaba acostado en una tijereta, pareciéndome muy enfermo de los pulmones.

Habitan al lado izquierdo del río y en un rancho sin paredes. Han hecho un buen desmonte, y empezado el trabajo de una casa de dos pisos, en donde siete hombres y una señora esperaban ver aumentado su número más tarde, con nuevos colonos de los Estados Unidos.

Marzo 4.—Pero ya sonó la hora del regreso, que al menos se efectuó con más compañeros, ya que los valientes jóvenes del Zarcero andarán con nosotros y participarán de nuestros trabajos y sufrimientos.

A las 9 a. m, el bote nos pasaba á la otra margen del río Frio, mientras que la familia del señor Álvarez, silenciosa y talvez con envitía mezclada de pesar, nos veía alejarnos de sus soledades.

Un hermoso y valiente caballo estaba preparado para S. S., quien con mil trabajos por los suelmos, palos caídos, cerranías y precipicios, vino montado hasta al río Arenal, por el lado de San Carlos.

Volvíamos por el mismo camino, atravesando de nuevo
los palenques, hasta llegar al de Margarita, de donde tomamos al Este.

El abandonó completo de este palenque, el más poblado de todos, nos llamó la atención. Una maleta vieja yacía a un lado, y bien pronto supimos que era de un huérfano que andaba en el monte persiguiendo a los indios. La indignación que produce una acción tan villana, se dibujó en el semblante de todos, y fue inútil el tiempo que gastaron en buscar á dicho huérfano los guapos y bravos jóvenes del Zarcero, para amarrarlo y llevarlo á San Carlos. Esto no lo supo S. S. porque venía atrás con los otros compañeros; y todo fué inútil, siendo preciso marchar adelante hasta llegar al palenque Juana situado sobre el río Cucharacha y al lado izquierdo. Juana es el nombre de una indita civilizada que vive allí, habiendo sido bautizada en Nicaragua. Vive con otro indio también civilizado, sin que esto les impida llevar la misma vida brutal y sensual de todos los demás.

Son tres ranchos en ruinas los que sirven de vivienda á 8 hombres, 5 mujeres y 4 niños, que duermen, comen y beben al lado de 26 sepulturas.

Juana es la primera que ha introducido las pocas gallinas que ahí vimos, sin que los demás se envidien de criarlas y aumentarlas en sus palenques. La pereza del indio es descomunal, llegando al extremo de pasar con solo chica y plátanos por no salir á montear. Y esta pereza que á muchos causa indignación y cólera contra ellos, producióme la más grande compasión y lástima.

Atravesamos por dentro el Cucharacha, penetramos bosques espesos y exuberantes en vegetación, bajamos cuestas y subimos cordilleras; brincamos arroyos, y por último, pasamos el ancho y hermoso río de la Muerte, en cuya margen derecha está el palenque Congo habitado por 10 hombres, 3 mujeres y 3 niños. Nueve sepulturas recientes forman el cementerio de los muertos revueltos con los vivos.

Los indios de este palenque están muy flacos y muy enfermos, dibujándose en sus rostros el abatimiento, la tristeza y el sufrimiento.

Estaban de luto por una indita que murió hacía unos quince días, y se abstenían por completo de sus bailes, chichas y cantos, por no perturbar al difunto enterrado á su lado. Sólo cuando alguno muere picado de culebra, lo sepultan fuera del rancho. No me ha sido posible averiguar el motivo de esto, para quebrantar su tradicional costumbre.

Abatidos y aterrorizados los guatusos vivían en esas mon-
tañas, sin más consuelo que su desgracia, ni más amparo que su debilidad.

Su número hado disminuyendo de una manera espantosa por los motivos ya dichos, y sin exageración podemos afirmar que dentro de pocos años esa raza habrá desaparecido por completo, si nuestros gobiernos no toman interés por su conservación.

Poco más de cien años hace que los guatusos se contaban en número de cinco pueblos numerosos y guerreros, rechazando con flecha en mano a cuantos los atacaban ó a ellos se acercaban. Todavía hace poco tiempo su número ascendía a más de mil, dispersos y desorganizados en los varios palenques, en donde, en vez de aumentarse, han venido a reducirse al siguiente censo que en nuestra visita hicimos:

<table>
<thead>
<tr>
<th></th>
<th>Hombres</th>
<th>Mujeres</th>
<th>Niños</th>
<th>Total</th>
<th>Sepulturas</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Sobre el río Tojifó</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Tojifó</td>
<td>26</td>
<td>12</td>
<td>9</td>
<td>47</td>
<td>25</td>
</tr>
<tr>
<td>Margarita</td>
<td>24</td>
<td>13</td>
<td>17</td>
<td>54</td>
<td>60</td>
</tr>
<tr>
<td>Pedro Joaquín</td>
<td>15</td>
<td>11</td>
<td>13</td>
<td>39</td>
<td>101</td>
</tr>
<tr>
<td>Sabara</td>
<td>8</td>
<td>5</td>
<td>7</td>
<td>20</td>
<td>18</td>
</tr>
<tr>
<td>Culolo</td>
<td>9</td>
<td>8</td>
<td>4</td>
<td>21</td>
<td>23</td>
</tr>
<tr>
<td>Napoleón</td>
<td>8</td>
<td>5</td>
<td>3</td>
<td>16</td>
<td>36</td>
</tr>
<tr>
<td>Sobre el río Cuaracha</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Juana</td>
<td>8</td>
<td>5</td>
<td>4</td>
<td>17</td>
<td>26</td>
</tr>
<tr>
<td>Sobre el río La Muerte</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Congo</td>
<td>10</td>
<td>3</td>
<td>3</td>
<td>16</td>
<td>9</td>
</tr>
<tr>
<td>La Muerte</td>
<td>8</td>
<td>3</td>
<td>1</td>
<td>12</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Sobre el río Patante</td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>San Juan</td>
<td>5</td>
<td>1</td>
<td>1</td>
<td>8</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Grecia</td>
<td>11</td>
<td>4</td>
<td>2</td>
<td>17</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Total</td>
<td>133</td>
<td>70</td>
<td>64</td>
<td>267</td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>

En los ocho primeros palenques hay 298 sepulturas. Y es de advertir la gran desproporción que existe entre hom-
bres y mujeres, y el pequeño número de niños, la mayor parte pertenecientes al sexo masculino.

Juzguen nuestros lectores por el cuadro anterior, si tenemos razón en decir y asegurar la pronta desaparición de esta raza, si nuestros Gobiernos no introducen entre ellos, al menos, medidas higiénicas para la prolongación de sus días.